

ISSN 0120-0216



aleph



julio/septiembre, 2026. Año LX

Nº 218



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Pilar González-Gómez

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo (α)
Valentina Marulanda (α)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Jairo Ruiz-Mejía
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57 3127313583
<http://www.revistaaleph.com.co>
e-mail: carlosaleph@gmail.com
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:
Andrea Betancourt G.
Impresión:
Xpress - Estudio Gráfico y Digital

julio/septiembre 2026

aleph

Año LX

Para Aleph

Sin tiempo suficiente
a Jaime Barrera, i.m.

Sin tiempo suficiente para la contrición
Sin un solo minuto para pedir perdón
Sin un siglo completo para reivindicar victorias
Sin la eternidad para entender la derrota,

Un sabor antiguo
Bebido en los cantares de Akihira
Nos deja perplejos al frente
De la sentencia de existir:
Ignorantes del cuándo
Tenemos la certeza
De que si no fue hoy, será mañana.

Fernando Barbosa
Tabio, junio de 2026

Fernando Barbosa

Por la senda

Lo que la poesía dice el poeta nunca lo sabrá.

Simulan ir por la misma senda. Pero no.

El poeta responde la pregunta de los otros.

La poesía habla para sí. Es su propio espejo.

El poeta celebra la vida cada mañana,

Quiere sujetar al mundo con un puño.

La poesía va desnuda,

en ella el hoy es para siempre.

El poeta vislumbra el rumbo de la pasión,
la sangre derramada en cada batalla.

La poesía no lastima.

El poeta abre los ojos de la conciencia.

La poesía ve más allá, eterniza la belleza

para Aleph

César Bisso

Juan Hurtado Henao: Itinerario de formación, creación y legado

Juan-Gabriel Ocampo H.



Al cumplir seis décadas de existencia, la *Revista Aleph* se alza como baluarte de razón y sabiduría en un mundo donde la inmediatez y la fragilidad del juicio amenazan con deshilar el tejido mismo del devenir social. En 1966, mientras Carlos-Enrique Ruiz desplegaba una labor férrea —casi de esgrimista intelectual— para fundar la revista en la Sede Manizales de la Universidad Nacional de Colombia, Juan Hurtado Henao, decano fundador de esa misma sede, residía en Medellín, consagrado al proyecto final de su vida: el Instituto Antioquia.

Este artículo se propone reconstruir, con rigor documental y sensibilidad narrativa, la trayectoria vital e intelectual de Juan Hurtado Henao, figura cardinal en los orígenes de la Sede Manizales y en la gestación de un pensamiento educativo con raíces éticas y proyección regional.

La reconstrucción cronológica de su trayectoria se cimentó en fuentes primarias y secundarias, validadas mediante triangulación y cruce de datos. Se dio prioridad a documentos oficiales, archivos familiares, testimonios orales y literatura especializada. El rigor metodológico se garantizó a través de un sistema de recolección que fortaleció tanto la interpretación crítica como la contextualización histórica.

Durante el proceso documental, se otorgó prelación a las fuentes primarias —en especial sus propias palabras, escritas y habladas—, complementadas con literatura secundaria y documentos públicos. Entre los materiales consultados se destacan:

Informe de Juan Hurtado Henao (1931): Redactado durante su gestión como Director de Educación Pública del Departamento de Caldas. Este documento no solo describe la situación educativa de 1930, sino que expone su visión pedagógica, abordando temas como la formación integral, el rol docente y la responsabilidad estatal.

Carta de jubilación (1953): Oficio dirigido al Dr. José Restrepo Restrepo, Gobernador de Caldas, en el que Hurtado solicita su retiro. En ella, con papería oficial de la rectoría de la Universidad de Caldas, recorre su trayectoria desde 1919 hasta 1953.

Archivo del Departamento de Caldas: Se verificó su participación en la administración educativa mediante registros oficiales.

Archivos universitarios: Se documentó su papel en la fundación de la Universidad de Caldas y en la consolidación de la Sede Manizales de la Universidad Nacional de Colombia, a través de correspondencia y actas institucionales (Valencia Llano & Gómez Giraldo, 1994).

Otros documentos históricos: Incluyen decretos gubernamentales, publicaciones periódicas de época del diario “La Patria” o “El Colombiano” y el archivo familiar de Hurtado Henao, conservado por su nieto, Juan Gabriel Ocampo Hurtado.

También se incorporaron valiosos testimonios orales:

Grabación de la voz de Juan Hurtado (1970): Entrevista realizada por el Dr. Gabriel Ocampo Londoño en Medellín, con presencia de su nieto como testigo. Las palabras de Hurtado permitieron precisar datos biográficos clave.

Entrevista con Elizabeth Palomino de Saavedra (2024): Semiestructurada, realizada con la sucesora de Hurtado en el Instituto Antioquia. Debido a su estado de salud, se contó con el consentimiento y apoyo de su hija, María del Pilar Saavedra Palomino.

Aportes de Beatriz y Esperanza Hurtado: Hijas de Juan Hurtado, quienes corroboraron y complementaron información biográfica.

La narración de la vida y obra de Juan Hurtado se ha estructurado en seis momentos, cada uno marcado por una impronta vital y pedagógica:

Primera fase: Su formación inicial

Segunda parte: Una etapa de preparación profunda

Tercera parte: Dirección de Educación Pública de Caldas —época de construcción ideológica

Cuarta parte: Decantación, docencia y vida familiar

Quinta parte: La época de las universidades —materialización ideológica

Sexta parte: El último proyecto académico —el Instituto Antioquia (1959–1980)

Juan Hurtado Henao, educador con una profunda vocación republicana, vivió las complejidades de Colombia durante la primera mitad del siglo XX, periodo en el que se configuró el sistema educativo nacional. Lo que sigue es la historia de su vida y de su obra.

Primera fase: Su formación inicial

Juan Hurtado: entre la educación republicana y la arquitectura del porvenir

La historia de Juan Hurtado Henao se origina en Sonsón, uno de los núcleos fundacionales de la colonización antioqueña, desde donde se derramó la población hacia Salamina, Aguadas, Pácora, Santa Rosa de Cabal y hacia otros municipios. Según consta en los registros de la Catedral de Sonsón, Juan de Jesús Hurtado Henao nació el 9 de febrero de 1901, hijo de José Marcelino Hurtado Naranjo (1861–¿?) y de María Filomena de Jesús Henao (1866–1937). A partir de esta fecha, solía decir con tono evocador: “Nací con el siglo”. Sin embargo, una entrevista concedida en 1970 a su yerno, Gabriel Ocampo Londoño —registrada en audiocasete— revela otra versión: Hurtado afirmaba haber nacido el 8 de febrero de 1902. Esta ambigüedad entre el registro oficial y la memoria es prueba de la precariedad de los sistemas de archivo de esa época.

En los albores del siglo XX, la educación primaria en Sonsón se erigía como instrumento de consolidación republicana. No se trataba únicamente de

alfabetizar, sino de formar ciudadanos conscientes de su papel en la construcción de la Nación. Los maestros, en medio del fervor colonizador, asumían el rol de guías morales y promotores del progreso. Como lo señala Roger Pita Pico, “estos establecimientos fueron concebidos no solo como un nivel de formación básica para el desarrollo cultural e intelectual de los ciudadanos, sino también como un espacio propicio para entronizar en la sociedad los principios liberales y republicanos” (Pita Pico, 2015).

Durante la niñez de Hurtado, la colonización agraria se vivía con intensidad. La administración pública fomentaba el aprovechamiento de terrenos baldíos, ofreciendo incentivos como asesoría técnica, exenciones tributarias y derechos de propiedad. Este modelo de desarrollo atrajo a migrantes que, como la familia Hurtado, buscaban prosperar en las agrestes tierras caldenses.

La educación secundaria en Sonsón también respondía al ideario republicano. El Colegio Santo Tomás, fundado en 1846 y aún activo en las primeras décadas del siglo XX, ofrecía una formación centrada en las humanidades, la historia patria, la moral cristiana y el latín. Su propósito era formar jóvenes capaces de asumir responsabilidades públicas y ejercer liderazgo en sus comunidades. Julio César García lo resume con claridad: “La instrucción pública en Antioquia fue concebida como medio para formar ciudadanos útiles, virtuosos y patriotas, capaces de sostener la República con sus talentos y su conducta” (García, 1934).

Juan Hurtado culminó sus estudios primarios en Sonsón a los once años e inició la secundaria en la misma población. Sin embargo, una enfermedad lo obligó a marginarse de las aulas durante dos años (Ocampo Londoño, 1970). En ese lapso, su familia se desplazó hacia Salamina y luego a Manizales, enfrentando las dificultades propias de establecerse en una región en desarrollo con una familia numerosa. Hurtado retomó sus estudios en el Instituto Universitario de Caldas, donde recibió una formación clásica y técnica. No obstante, las circunstancias sociales lo llevaron a retirarse nuevamente para apoyar a su familia.

Este proceso de intermitencia sembró en Hurtado una reflexión profunda sobre el papel de la educación en el desarrollo personal y colectivo. La educación no era solo un medio de ascenso individual, sino un instrumento para estructurar el progreso de la Nación.

Tras este período, ingresó a la Normal Nacional de Varones, bajo la rectoría de Francisco Marulanda. Allí inició su carrera profesional en el campo

educativo. Se graduó como institutor con grado elemental y aceptó el cargo de maestro de escuela en Manizales. Al mismo tiempo, continuó sus estudios secundarios y, al finalizar el primer año de ejercicio magisterial, obtuvo el título de maestro superior (Ocampo Londoño, 1970).

La Normal Nacional de Varones se inscribía en la tradición pestalozziana, introducida en Colombia por pedagogos alemanes contratados por el Estado. El método activo, la observación y el desarrollo moral del educando eran pilares de la formación docente (Báez Osorio, 2004). En este contexto, Hurtado finalizó su bachillerato en 1921, descubriendo su afinidad con las letras, la química y la docencia. Su experiencia en la actividad agrícola, combinada con el aprendizaje teórico y práctico recibido en la Normal, le permitió comprender que la educación era un medio para construir sociedad.

Desde sus primeros años, Hurtado fue formado en el pensamiento pedagógico republicano. En medio de la colonización antioqueña, Sonsón se convirtió en un laboratorio de ciudadanía, donde se preparaba a las futuras generaciones para edificar una Nación. Como lo señala William Orozco-Gómez, “la institución ha consolidado una tradición pedagógica, fundamentada desde perspectivas epistemológicas e incluso filosóficas, las cuales han orientado los procesos de formación, y de manera especial, la formación de maestros” (Orozco-Gómez, 2021). Esta continuidad histórica evidencia que la misión educativa republicana no fue un ideal abstracto, sino una práctica encarnada en vidas como la de Juan Hurtado.

Luego de presentar los exámenes de bachillerato, Hurtado viajó a Bogotá con el propósito de continuar su formación y, en paralelo, buscar su inserción en el campo laboral. Así comenzaba una nueva etapa, donde la vocación pedagógica se entrelazaría con el compromiso ético de formar ciudadanos para la República.

Segunda parte: Una fase de preparación profunda

En enero de 1923, Juan Hurtado emprendió viaje a Bogotá, donde se desempeñó como maestro en escuelas nocturnas oficiales para obreros, organizadas por el padre Campoamor. Paralelamente, colaboró como cronista en la redacción del periódico *El Espectador*, que ya entonces se consolidaba como un referente nacional en los ámbitos literario y cultural. En mayo de ese mis-

mo año, recibió una invitación del Ministerio de Educación para continuar sus estudios en Chile, específicamente en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Santiago (Hurtado, 1953).

Ese mismo mes, Hurtado partió hacia Santiago de Chile, ciudad en la que residiría hasta 1927. Durante ese período obtuvo el título de Profesor de Estado en las ramas de Ciencias Biológicas y Química por la Universidad de Chile, un título especial en Filosofía, un certificado en Psicología Experimental y una acreditación como normalista de la República de Chile (Hurtado, 1953).

Su actividad académica y política fue intensa: presidió el Centro de Biología y el Centro de Pedagogía, y en esa doble investidura, también la Federación de Estudiantes. Fue rector del Liceo Federico Hanssen, donde dictaba la cátedra de Filosofía; profesor de Biología en el Seminario Conciliar de Santiago; miembro de número de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes; y representante de Colombia, junto al poeta Aurelio Martínez Mutis, en el Congreso Internacional del Niño celebrado en Santiago. Martínez Mutis, descendiente de José Celestino Mutis, también cursó estudios de Pedagogía en Santiago, lo que sitúa a ambos en un mismo escenario académico y generacional.

El Instituto Pedagógico de la Universidad de Santiago estaba profundamente influido por el pensamiento liberal, laico y positivista de Valentín Letelier, así como por la tradición alemana introducida por Federico Hanssen, fundador en 1916 del instituto que lleva su nombre. Hanssen orientó su labor hacia la educación nocturna de obreros y empleados, una propuesta que tenía eco con las inquietudes sociales de la época. Como señala Luis Riveros, “Valentín Letelier fue un verdadero paradigma de la Universidad de Chile. Hombre de acción reflexiva, coherente con sus ideas liberales y con profunda convicción sobre el rol del Estado en la educación”¹.

Puede inferirse que Hurtado recibió una doble influencia: por un lado, la estructuración pedagógica de Letelier, rector de la Universidad de Chile entre 1906 y 1913; por otro, el pensamiento filosófico y lingüístico de Hanssen. Ambos contribuyeron a la reforma educativa chilena y, en el caso de Hurtado, le prepararon para trasladar esos planteamientos a Colombia, enriqueciendo así el proceso de transformación educativa nacional. El hecho de que Hurtado haya sido rector del Liceo Federico Hanssen y profesor de Filosofía en dicha institución confirma la profundidad de esta influencia. Como documenta el Programa de Archivos Escolares de la PUC, “el Liceo Nocturno Federico

Hanssen surgió en 1916 como una iniciativa dirigida a los trabajadores, siendo el primer proyecto educativo nocturno para obreros en Chile y Sudamérica”.

El Instituto Pedagógico de la Universidad de Santiago, debido a las tensiones políticas del país, se transformó con el tiempo en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), cuyo lema *Veritas Lux Humanitatis* (“La verdad es la luz de la humanidad”) guarda una curiosa relación con el de la Universidad de Caldas, oficializado en 1950 por el padre rector Francisco Giraldo González: *Quoquoque Lumina Spargo* (“Por doquier esparciendo luz”), lema que permanece vivo en la memoria fundacional de dicha universidad. Este lema ya era utilizado desde la fundación de la Universidad.

Al regresar a Colombia en junio de 1927, Hurtado asumió la cátedra de Historia en la Escuela Normal de Señoritas de Manizales. En octubre del mismo año fue nombrado rector de la Escuela Normal de Popayán, cargo que desempeñó hasta 1928 (Hurtado, 1953).

Las palabras de Pilar Juliana, Vargas Santamaría y Llano Fabián (2012) describen con agudeza el complejo momento que vivían las escuelas normales en Colombia:

“En un contexto de transición intelectual, donde se plantearon diferentes deberes en cuanto a la situación de la población colombiana frente a países europeos, el problema de la degeneración de la raza liderado por Luis López de Mesa, las pedagogías activas introducidas por Nieto Caballero, la formación docente y las diferentes reformas educativas, reclamaban un nuevo tipo de intelectual que pensara la educación y con ello el desarrollo del país.”

En medio de esta estructuración educativa, Juan Hurtado fue invitado a regresar a Manizales para incorporarse a la Secretaría de Educación Departamental, invitación que aceptó con convicción. Inició como jefe de sección, ascendió a la subdirección y finalmente ocupó la Dirección, cargo que desempeñó entre 1930 y 1932. Como lo resume Carlos Enrique Ruiz, “lo más importante de Don Juan Hurtado fue su aplicación a las pedagogías activas, introducidas en Latinoamérica por Agustín Nieto Caballero, de tal modo que los alumnos fueran partícipes entusiastas en los procesos del conocimiento”²³.

Sin abandonar la docencia, Hurtado se preparaba para un escenario en el que pudiera convertir en políticas y en hechos concretos aquello que había recibido en su proceso formativo: una pedagogía crítica, humanista y transformadora.

Tercera parte: La Dirección de Educación Pública de Caldas

Época de construcción ideológica

En los albores de la República Liberal, bajo la presidencia de Enrique Olaya Herrera, Juan Hurtado Henao fue invitado a incorporarse a la Dirección de Educación de Caldas. Ingresó como jefe de sección, ascendió a la subdirección y, finalmente, asumió la Dirección entre 1930 y 1932. Durante ese periodo, el gobernador del departamento era don Emilio Latorre Arango, uno de los fundadores de la Federación Nacional de Cafeteros, figura clave en la articulación entre educación y desarrollo regional.

Hurtado, marcado por una sensibilidad profunda hacia el papel de la educación en el progreso socioeconómico del país —una convicción nacida de su experiencia como hijo de la migración antioqueña y de una formación férrea en la pedagogía republicana— encontró en la Dirección un espacio para materializar la ideología que venía decantando. Influido por el pensamiento de Letelier y Hanssen, pilares filosóficos del Instituto Pedagógico de la Universidad de Santiago, convirtió su gestión en una plataforma de transformación. Acompañó su labor administrativa con la docencia en el Instituto Universitario de Caldas y en la Escuela Normal de Señoritas, consolidando una praxis educativa que unía teoría, acción y compromiso ético.

Pero en Hurtado, la administración y la docencia no podían disociarse de la escritura. Como editor de *La Cátedra* —órgano de difusión desde el cual su oficina irradiaba orientación pedagógica a todo el departamento— y autor de circulares de formato ágil y alcance amplio, convirtió la palabra escrita en vehículo de pensamiento y acción. Su informe de 1931, donde plasmó con claridad sus ideas sobre la educación, no fue solo un documento técnico: fue el esbozo de una estructura ideológica que habitaba en su interior y que, con el tiempo, se traduciría en políticas concretas y gestos transformadores. Para él, escribir era ya gobernar.

La trayectoria de Juan Hurtado Henao, condensada especialmente en ese informe, revela una visión educativa centrada en la formación integral del ciudadano y en el fortalecimiento ético de la Nación. Su pensamiento pedagógico se inscribe en el marco del republicanismo latinoamericano, entendido como el impulso de la educación pública para cimentar una sociedad participativa, crítica y equitativa (Muñoz Gaviria, 2011).

Para Hurtado, el maestro era “la primera escala de elevación en la sociedad”, y debía asumir su labor como una vocación transformadora, basada en la dignidad profesional, la reflexión pedagógica y el compromiso social (Hurtado, 1931, p. 10). Este ideal republicano se manifiesta en su constante invitación a los docentes a perfeccionarse mediante el estudio de los grandes educadores, el análisis de los problemas pedagógicos contemporáneos y la lectura crítica de revistas especializadas. Su exigencia intelectual tenía como finalidad dignificar el magisterio y convertirlo en motor del cambio social.

Su enfoque pedagógico, lejos de reducirse al instruccionismo enciclopedista, promovía una educación que articulara lo intelectual, lo moral, lo físico, lo estético y lo social. Esta concepción integradora anticipa debates actuales sobre la educación como instrumento para la democracia y la cohesión social (Nussbaum, 2010; Villalobos-López, 2022). Hurtado afirmaba que “la función instruccionista que limita su acción a la aglomeración maquinal de conocimientos [...] es insuficiente para la formación del hombre completo” (Hurtado, 1931, p. 6). En su lugar, abogaba por una práctica educativa que fomentara hábitos para la participación nacional, promoviendo ciudadanía activa y conciencia histórica.

El uso de pedagogías activas era clave en su propuesta. En la Circular N.º 38 de 1930, interpeló al docente: “¿Hace observar y pensar a sus alumnos, o se limita a hacerlos repetir?” (Hurtado, 1931, p. 15). Esta pregunta resume su invitación a superar la enseñanza memorística y a cultivar el pensamiento crítico. Insistía en el diseño de lecciones útiles y atractivas, en la utilización adecuada del material didáctico y en la creación de un ambiente de confianza entre docente y estudiante. Este énfasis en la participación, la observación y la reflexión se vincula con enfoques contemporáneos de aprendizaje significativo y contextualizado (Prensky, 2001; Calle Álvarez, 2024).

Hurtado concebía la educación pública como un derecho fundamental y un deber estatal ineludible. Su defensa de la ampliación de cobertura, la mejora de la calidad y la formación continua del magisterio prefigura marcos normativos actuales, como la Ley 115 de 1994 y los principios de la UNESCO sobre la educación como bien común (UNESCO, 2021). Como lo señaló Arroyave Palacio (2018): “Garantizar el acceso a una educación de calidad es la piedra angular de una nación justa y equitativa”.

En síntesis, Juan Hurtado Henao dejó una propuesta educativa que, más allá de su contexto, continúa iluminando el debate pedagógico actual. Su vi-

sión republicana, humanista y activa proyecta la educación como camino para formar ciudadanos capaces de transformar la sociedad.

Hurtado y la pedagogía republicana

Durante su gestión al frente de la Dirección de Educación Pública de Caldas, Juan Hurtado dejó una impronta concreta y significativa: impulsó la Legión del Alfabeto, fortaleció el Instituto Universitario de Caldas, promovió la educación femenina y estimuló la lectura mediante la instauración del Día del Libro, entre otras iniciativas de hondo calado (Hurtado, 1931).

Sin embargo, fue en el ámbito de las ideas donde su legado alcanzó un valor mayor. No se limitó a delinear el papel del docente, del estudiante o la relación entre Estado y educación; su empeño fue más profundo: procuró, por todos los medios a su alcance, irradiar el enfoque pedagógico republicano y las pedagogías activas a lo largo y ancho de la región de Caldas, así como en cada institución en la que ejerció su labor (Hurtado, 1931).

La propuesta educativa de Juan Hurtado Henao se inscribe en una tradición republicana que concibe la educación como base de la vida democrática, de la ética pública y de la formación de ciudadanía activa¹. Influido por corrientes transnacionales como las de A. Caswell Ellis, y por referentes nacionales como Agustín Nieto Caballero y Martín Restrepo Mejía, Hurtado articuló una visión pedagógica centrada en el servicio comunitario, la participación social y la dignidad del sujeto.

La Legión del Alfabeto, como expresión concreta de esta pedagogía republicana, promovía la alfabetización no solo como acceso al conocimiento, sino como acto de emancipación ética. La figura del *Maestro Honorario* —ciudadano que enseña por vocación, sin retribución económica y guiado por el compromiso con el bien común— encarnaba el ideal del educador republicano. Esta noción de voluntariado pedagógico se distanciaba de los modelos profesionalizantes y tecnocráticos, aproximándose a una ética del cuidado, de la solidaridad y de la reciprocidad educativa.

1. Revista Aleph – Apartado “Desde Aleph” (2025): “Juan Hurtado, un educador emblemático” <https://www.revistaaleph.com.co/juan-hurtado-un-educador-emblematico/>

En el contexto colombiano de los años treinta, marcado por tensiones partidistas, desigualdad territorial y precariedad institucional, Hurtado propuso una estructura educativa descentralizada, comunitaria y territorial. Aunque alineado con los principios de la República Liberal —que promovía la modernización por medio de la educación— su enfoque se construyó desde los márgenes, articulando saberes populares, redes locales y normatividades flexibles.

La pedagogía republicana de Hurtado se caracteriza por:

- La formación de ciudadanos autónomos, éticos y solidarios.
- La articulación entre educación, desarrollo regional y justicia social.
- La valorización del saber como herramienta de transformación colectiva.
- La inclusión de actores no escolares en procesos formativos.
- La resignificación del maestro como agente político, cultural y ético.

Este enfoque, aunque escasamente abordado en la historiografía oficial, representa una contribución sustantiva al pensamiento educativo colombiano. Al recuperar la experiencia de la Legión del Alfabeto, se reivindica una pedagogía comprometida con la justicia epistémica, la equidad territorial y la reconstrucción del lazo comunitario como base de la educación democrática.

Cuarta parte: Una época de decantación, docencia y familia

Tras su intensa y profunda experiencia como Director de Educación Pública de Caldas, Juan Hurtado Henao vivió un período de maduración intelectual, marcado por la docencia, la vida familiar y la decantación de ideas que buscaban su forma definitiva. Fue una etapa rica y fecunda, en la que la enseñanza se convirtió en laboratorio de pensamiento, y la escritura, en ejercicio de introspección.

En julio de 1932 fue nombrado rector del Liceo Celedón de Santa Marta, institución fundada en 1906 y considerada uno de los bastiones educativos del Caribe colombiano. Allí impartió cátedras de química, física, cívica y otras disciplinas hasta 1934 (Hurtado, 1953). Su paso por esta institución coincidió con un momento de efervescencia educativa nacional, en el que el Estado co-

menzaba a asumir un papel más activo en la formación ciudadana, impulsado por los ideales de la República Liberal.

Durante los años siguientes, Hurtado ejerció como profesor en diversos centros educativos del país:

- Colegio Departamental de La Merced, Bogotá (1935)
- Escuela Normal Nacional de Medellín (1935)
- Rector del Instituto Salamina (1936), fundado en 1854.
- Colegio de Nuestra Señora de Manizales (1937).
- Instituto Universitario de Caldas (1937–1953).

En todos estos espacios, Hurtado enseñó química, disciplina que abordaba no solo como ciencia exacta, sino como puerta de entrada al pensamiento riguroso y a la observación crítica del mundo.

Este itinerario docente se inscribe en un contexto nacional de transformación educativa. Entre 1930 y 1946, Colombia vivió una modernización pedagógica impulsada por los gobiernos liberales, que promovieron la educación como instrumento de integración nacional y justicia social (Herrera, 1993; Tirado Mejía, 2024).

A pesar de sus múltiples desplazamientos, el retorno constante a las tierras caldenses revela su sentido de pertenencia. Salamina y Manizales no eran solo lugares de residencia: eran territorios afectivos, espacios de memoria y de arraigo. Allí se estableció y contrajo matrimonio con Elena Giraldo (1913–1974) para formar una familia con sus hijas Beatriz, Esperanza, Cira y Stella. La vida doméstica, lejos de ser un paréntesis, fue para Hurtado el escenario necesario para el fortalecimiento cognitivo personal.

Quinta parte: La época de las universidades

Materialización ideológica

En septiembre de 1946, el Consejo Directivo del Instituto Politécnico–Universidad Popular eligió como rector a Juan Hurtado Henao (Hurtado, 1953).

A finales de ese mismo año, inició gestiones para que la Universidad Nacional organizara una facultad de ingeniería en la ciudad. La propuesta, res-

paldada por sectores sociales, económicos y gubernamentales, fue formalizada en un memorando dirigido al rector Gerardo Molina. En él se planteaba la creación de la Facultad de Ingeniería como dependencia de la Universidad Nacional, con el compromiso local de ofrecer instalaciones, sostenimiento inicial y acompañamiento institucional. Se proponían especializaciones en minas, petróleo, electricidad, mecánica, química e industria.

La respuesta de Molina, fechada en marzo de 1947, fue afirmativa: se enviaría una comisión académica para evaluar las condiciones de implementación. Ese mismo año, se adaptó el Palacio de Bellas Artes como sede provisional, se aumentó el presupuesto del Instituto y se inició el proceso de matrícula. En febrero de 1948, comenzó oficialmente la Facultad de Ingeniería Mecánica de la Universidad Nacional en Manizales, con Hurtado como decano. Posteriormente, la facultad evolucionó hacia Ingeniería Civil y se trasladó a Palogrande, consolidando su presencia en la zona universitaria.

En paralelo, en 1948, el gobernador Carlos Arturo Jaramillo encargó a Hurtado y a Julio Zuluaga el estudio para fundar una escuela de medicina, que iniciaría actividades en 1952.

Hurtado fue nombrado nuevamente rector de la Universidad Popular-Instituto Politécnico en 1950. Entre 1952 y 1954, asumió la rectoría de la Universidad de Caldas, impulsando proyectos como las residencias estudiantiles. En 1954, con la universidad ya consolidada, se retiró para continuar su labor docente en Medellín.

Este período representa la cristalización de su ideología pedagógica: la educación como estructura institucional, como tejido social y como proyecto de Nación.

Sexta parte: El último proyecto académico

El Instituto Antioquia (1959–1980)

El último proyecto educativo liderado por Juan Hurtado Henao fue el Instituto Antioquia, fundado en 1959, del cual fue rector hasta el cierre de su trayectoria académica en Medellín, en 1980.

Según Elizabeth Palomino de Saavedra, quien asumió la dirección del Instituto tras el retiro de Hurtado, esta institución se convirtió en un referente de

innovación pedagógica, gracias a los métodos de enseñanza que él instauró. Dichos métodos se fundamentaban en el respeto, el trabajo colaborativo, la creatividad, la responsabilidad y la búsqueda constante del conocimiento. Su enfoque situaba al estudiante como eje central del proceso educativo.

La filosofía institucional del Instituto Antioquia, redactada bajo su influencia, expresa con claridad su visión humanista:

“El proceso educativo debe partir de acciones concretas que promuevan un cambio integral a través de la interacción profesor–alumno–padre de familia, tanto en contenidos como en metodologías, para alcanzar una verdadera praxis educativa; es decir, una educación integradora, innovadora y transformadora: en síntesis, una relación teórico–práctica dentro del sistema educativo.

Se debe fomentar el desarrollo de actitudes y valores positivos vinculados con Dios, la Patria, la familia y la comunidad.

Es esencial cultivar aptitudes frente al estudio, la estabilidad en las relaciones humanas, la capacidad de pensamiento objetivo, el trabajo, y la formación de una actitud social que permita examinar y comprender los problemas de la sociedad, así como colaborar en su solución.

La selección de recursos didácticos debe responder a cada caso específico, considerando el desarrollo mental y la madurez de los alumnos, así como el contexto en el que se lleva a cabo la labor educativa. El uso adecuado de recursos didácticos contribuye significativamente a la motivación, facilita la adquisición de experiencias significativas de aprendizaje, y ofrece múltiples oportunidades para descubrir intereses y aptitudes, estimulando el pensamiento reflexivo.

La educación no es solo tarea del educador: es un encuentro vivencial y existencial entre profesor, alumno y padre de familia, mediado por el mundo.

Se reconoce, ante todo, al alumno como centro y sujeto activo del proceso educativo.”

Este ideario, lejos de ser una declaración formal, encarnó la praxis cotidiana de Hurtado: una pedagogía viva, situada, profundamente ética. El Instituto Antioquia fue su último gesto educativo, pero también su testamento intelectual.

A modo de cierre

Juan Hurtado Henao Tuvo los siguientes reconocimientos:

Miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, España.

Condecoración: Medalla Francisco José de Caldas.

Condecoración: Medalla del Centenario de Manizales.

Condecoración: Gran Cruz de la Universidad de Caldas.

Condecoración: Medalla Camilo Torres, Ministerio de Educación.

Condecoración: Medalla del Mérito, Sociedad de Mejoras Públicas de Manizales.

Juan Hurtado murió en Medellín el 11 de enero de 1981. Dedicó los últimos años de su vida a compartirlos con su familia. Disfrutaba la literatura, el cine, la televisión y las caminatas en compañía de sus nietos.

La narración anterior da cuenta del aporte que, desde las ideas y desde la práctica, hizo Juan Hurtado Henao a la educación nacional. Su participación institucional — como docente, director de Educación Pública de Caldas, rector de diversas instituciones, y gestor de proyectos universitarios como la Universidad de Caldas y la Sede Manizales de la Universidad Nacional de Colombia— revela una vida consagrada a la educación.



Pero más allá de los cargos y las fundaciones, su contribución más profunda se dio en el mundo de las ideas: su empeño por irradiar los principios de la pedagogía republicana allí donde le fue posible, y por promover las pedagogías activas como medio de aprendizaje y enseñanza, sirvió para llevar la luz de la educación a múltiples rincones del país.

Esta reconstrucción biográfica culmina con las palabras que Hurtado escribió al final de su carta de solicitud de jubilación, dirigida el 14 de febrero de 1953 al Dr. José Restrepo Restrepo, Gobernador de Caldas. En ellas no solo se percibe su lucidez intelectual, sino su calidad humana:

“Pido perdón a usted, doctor Restrepo, por lo extensa de esta comunicación, que se hizo así contrariando mi afecto por la síntesis, por virtud de una información necesaria. Pero se trata del reconocimiento de un derecho que ya pertenece a mis hijas. Ud. sabe que no solicito la jubilación para dedicarme a una vida contemplativa y de molicie incompatible con mi temperamento. Al contrario, necesito el retiro a fin de entregar mis últimos años a la tarea de construir un patrimonio para los míos; a terminar unos cuantos libros de carácter científico y social, que tengo iniciados hace más de cinco años, y a incorporarme como soldado en todos aquellos movimientos modernos que propugnan un mejor-estar de las clases menos favorecidas de la sociedad.

Por este servicio mi familia y yo guardaremos eterno agradecimiento.

Soy su devoto servidor y amigo,

JUAN HURTADO H.

Juan Hurtado recibió múltiples galardones y reconocimientos. Uno de ellos corresponde a la Resolución C de S 08 de 1998, “Por la cual se hace un reconocimiento al Primer Decano de esta sede de la Universidad Nacional de Colombia”. El documento, fechado el 26 de febrero de 1998, fue firmado por el Presidente del Consejo de Sede, Carlos-Enrique Ruiz, en el marco de los 50 años de fundación de la Sede Manizales.

No hay mejor escenario que esta edición conmemorativa de los sesenta años de la *Revista Aleph* para honrar el legado de vidas consagradas a la educación, como las de Carlos-Enrique Ruiz y Juan Hurtado Henao: dos forjadores del pensamiento, dos sembradores de luz en los surcos de la palabra.

La Universidad Nacional de Colombia tiene una deuda profunda con *Aleph*—no solo por haber sido espacio fértil para el cultivo de la historiografía pedagógica nacional, sino por su incesante aporte al pensamiento crítico y a la dignificación de la palabra como manifestación esencial de lo humano.

Referencias bibliográficas

- Arroyave Palacio, M. (2018). *Educación como compromiso ético del Estado*. Universidad Nacional de Colombia.
- Báez Osorio, M. (2004). Las Escuelas Normales de Varones del siglo XIX en Colombia. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 6(6), 179–208. <https://www.redalyc.org/pdf/869/86900611.pdf>
- Calle Álvarez, L. (2024). Transformaciones educativas postpandemia. *Revista Latinoamericana de Educación*.
- Cisternas, L., et al. (2020). ¿Los estudiantes nocturnos también se organizan? Auto-representación del estudiante nocturno chileno en el Boletín del Centro de Alumnos del Liceo F. Hanssen (1937). *Programa de Archivos Escolares, Pontificia Universidad Católica de Chile*. <https://archivosescolares.cl/wp-content/uploads/2020/12/Artículo-Grupo-3-1.pdf>
- García, J. C. (1934). *Historia de la instrucción pública en Antioquia*. Medellín: Imprenta Departamental.
- Helg, A. (2001). *La educación en Colombia: 1880–1950*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Herrera, R. (1993). *Educación y modernización en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Hurtado, J. (1931). *Informe sobre educación pública*. Archivo Histórico de Caldas.
- Hurtado, J. (1953). *Carta de solicitud de jubilación*. Archivo Gobernación de Caldas.
- Molina, F. (1985). Entrevista. *Educación y Región*, (12).
- Muñoz Gaviria, J. (2011). *El pensamiento pedagógico republicano en Colombia*. Universidad de Antioquia.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores.
- Orozco-Gómez, W. (2021). La resignificación participativa de la fundamentación pedagógica como escenario vital para la construcción del Proyecto Educativo Institucional. *Agora U.S.B.*, 21(1). http://scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1657-80312021000100270

- Pita Pico, R. (2015). Fundar escuelas para consolidar la República y formar ciudadanos. Una aproximación para el caso colombiano, 1819–1825. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 17(25). http://scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-72382015000200006
- Prensky, M. (2001). Digital Natives, Digital Immigrants. *On the Horizon*, 9(5).
- Riveros Cornejo, L. (2025). Charla sobre Valentín Letelier. *Universidad de Chile*. <https://uchile.cl/presentacion/rectoria/luis-riveros-cornejo/discursos/charla-sobre-valentin-letelier>
- Ruiz, C. E. (2025). Juan Hurtado, un educador emblemático. *Revista Aleph*. <https://www.revistaaleph.com.co/juan-hurtado-un-educador-emblematico/>
- Tirado Mejía, A. (2024). *Educación y ciudadanía en la República Liberal*. Universidad Nacional de Colombia.
- UNESCO. (2021). *Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación*. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379707>
- Valencia Llano, A., & Gómez Giraldo, A. (1994). *Evolución histórica de la Universidad de Caldas*. Universidad de Caldas, Sección de Publicaciones. https://albeirovalencia.com/recursos/Universidad_de_Caldas.pdf
- Villalobos-López, D. (2022). Pedagogía crítica y formación integral. *Revista Educación y Cultura*.

Antonio Gaudí y la poesía

*La creación es un misterio que sólo la
contemplación puede iluminar.*

Antoine de Saint Exupéry

Claudia De Greiff



A propósito de cumplirse 100 años del fallecimiento de *Antonio Gaudí*, vuelvo a escuchar la voz de mi amigo arquitecto Hernandito, quien siempre decía que no hay que festejar las muertes, “porque al final, lo único que merece celebrarse es aquello que persiste y que continúa latiendo entre nosotros”.

Y tenía razón, la muerte no es un acontecimiento para ponderar, sino un silencioso umbral que nos recuerda que lo verdaderamente valioso es lo que permanece vivo más allá de lo tangible. Por eso, al pensar en *Gaudí*, no me detengo en el día en que su transcurrir por este mundo se detuvo, sino en la luz que aún respira en sus obras, en esa eternidad que él mismo edificó sin pretensión, porque desafiando al tiempo, nos recuerda que la vida —cuando es creación— nunca muere.

El final de sus días, llegó como llegan las tragedias que parecen escritas por el azar: sin anuncio, sin ceremonia, sin la solemnidad digna de los visionarios. Fue una de esas tardes en que Barcelona respiraba lento y pausado. El arquitecto —ya anciano, ya encorvado por la devoción a su obra— cruzó la calle como quien atraviesa un pensamiento. Y el tranvía, indiferente como solo lo son las máquinas y el destino, lo golpeó con la brusquedad de lo inevitable.

Cuentan que cayó despacio, como si incluso en ese derrumbe se dibujara una curva gaudiniana, una torsión suave del cuerpo hacia la tierra. Pero la muerte no lo arrastró de inmediato. Lo sostuvo unas horas más, como si dudara, como si quisiera contemplar por última vez a ese hombre que le había enseñado a la piedra a pulirse, a la luz a brillar, al espacio a expandirse. Y cuando finalmente lo acogió, Barcelona pareció inclinarse apenas un poco, como un templo que se estremece cuando una de sus columnas invisibles cede.

Sin embargo, sus torres siguen creciendo como oraciones detenidas en el aire. Sus curvas siguen demostrándonos que la naturaleza juega con la línea recta. Sus colores siguen vibrando, tercos, encendidos, como si él aún caminara entre ellos y eso... es *poesía*.

La conexión entre la obra de *Gaudí* y la poesía no es una comparación, es una complicidad. Ambas nacen del mismo impulso profundo de revelar, de traducir el misterio, de convertir la emoción en un andamio invisible e inexplicable.

La piedra, en sus manos, recordó que también sabía levantarse del suelo. Con el trencadís, la luz aprendió a romperse para renacer en mil destellos nuevos. El hierro se volvió un trazo suspendido, una caligrafía inolvidable para el viento. Y la madera supo guardar ese rumor íntimo de bosque. La invasión de un temblor trasparente se desnudó en el vidrio y el hormigón se rindió a lo imposible, obedeciendo a la geometría secreta del sueño. Humilde y rítmico, el ladrillo se unió al pulso acompasado y fuerte en cada muro.

La poesía convive con el ritmo, con la respiración, con la música secreta de las palabras. *Gaudí* hizo lo mismo con la luz, con las curvas, con la geometría. Sus columnas son versos verticales; sus fachadas, estrofas que se despliegan como un canto; sus vitrales, metáforas de colores que cambian con la hora del día.

Tal como el poeta conversa con la esencia del lenguaje, *Gaudí* conversaba con el latido de la naturaleza. El poeta al observar una hoja caer encuentra en ella un símbolo. *Gaudí* observaba una hoja y encontraba un diseño oculto. Ambos han transformado lo cotidiano en un testamento otorgado a la humanidad.

La poesía busca transmitir la hondura de lo bello, despojarse de la prisa para sumergirse en esa comunión con lo secreto hasta alcanzar un centro, un punto

de fuga que se dispara como una revelación: allí el poema aparece como un relicto sagrado, un bálsamo que alivia, un aliento que sostiene, un ancla que abraza el fondo.

La obra de *Gaudí* nace de ese mismo impulso: una arquitectura que también se despoja de lo obvio para escuchar lo que murmura detrás de la forma. Sus curvas, como versos, buscan un centro invisible; sus materiales, como palabras, encarnan un misterio que recupera, que alivia, que transforma. En Gaudí, la piedra sueña, la luz se arrodilla, el color respira: su arquitectura es un poema que asciende, una plegaria hecha de materia viva, un puente inexplicable donde lo humano se reconoce y se eleva: curvas puras, líneas que fluyen, formas que parecen olas. Su obra no es un exceso sino una depuración.

El poeta crea mundos donde al lector le es posible habitar. *Gaudí* creó espacios donde el visitante se estremece. En sus obras uno no entra, uno se entrega. La arquitectura se vuelve experiencia, igual que el poema que nos toma de la mano y nos lleva a un lugar que no sabíamos que existía.

Creía que la piedra guardaba una fuerza ancestral heredada de linajes errantes, que la luz podía convertirse en plegaria, que la geometría podía ser un puente hacia lo sagrado. Su obra es un poema místico, un salmo trazado con arcos parabólicos y columnas arborescentes.

Y así como la poesía trasciende al poeta, la obra de *Gaudí* trasciende al arquitecto. Ambas sobreviven al tiempo porque no hablan de una época sino del alma humana. Ambas conmueven porque no buscan impresionar, sino inspirar. Ambas permanecen porque nacen de una sensibilidad que no se agota.

La obra de *Gaudí* y la poesía no buscan ser descifrados, sino pre-sentidas; no se imponen, sino que se entregan. Y en esa generosidad silenciosa se abre un resquicio hacia lo eterno, un lugar donde la forma se vuelve latido y el color encuentra su libertad y deja de ser pigmento para volverse respiración. En sus mosaicos, juega a carreras y relevos; en sus curvas, esconde sus promesas. En su arquitectura, encuentra un hogar donde resguardarse y preservar la memoria al mismo tiempo. Allí, el verso escondido aprende a tener cuerpo y la materia a tener alma; allí, lo que apenas se sugiere, se convierte en brújula.

Consideraciones sobre la poesía en *La Vorágine*

Omar Ardila

*¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, dónde están las mariposas que parecen flores traslúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!*¹

José-Eustasio Rivera – *La Vorágine*



Pese a que las investigaciones sobre *La Vorágine* son abundantes y diversas en sus perspectivas, son pocas las que se han concentrado en analizar la presencia de la poesía en esta obra cumbre de la narrativa colombiana, pues en muchos casos se asume como algo sencillo de identificar al adentrarse en la lectura de la novela, especialmente, si consideramos que el autor proviene de un pasado literario que lo ubicó en primer lugar como creador poético, con su libro *Tierra de promisión*, de 1921, tres años antes de la publicación de *La Vorágine*. Sin embargo, considero que ese lugar común de atribuirle rasgos poéticos a la narración, no siempre ha estado bien esclarecido, sino que hace

1. Rivera, José Eustasio (2024). *La Vorágine: primera edición 1924* / preparada por la Facultad de Ciencias Humanas; editores, Carlos Guillermo Páramo, Carmen Elisa Acosta, Ángela Zárate y Jineth Ardila. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro Editorial. Pág. 167

parte de una mirada conservadora de la poesía, que deja por fuera ciertos elementos renovadores en la exploración literaria de Rivera.

En efecto, las primeras críticas – cercanas a la publicación de la obra – consideraban que el carácter poético estaba dado únicamente por la musicalidad, por los fragmentos sonoros, por el ritmo exaltado que por momentos tomaba la narración; incluso, hubo quienes se ocuparon en fragmentar la narración con tal de armar versos para justificar que se trataba de poesía trasladada a la narrativa de manera forzada, motivo por el cual otros críticos atacaron la obra, al considerar que se excedía en lirismo y además era caótica.² Pero esta manera de entender la poesía estaba vinculada con una idea tradicional y formal, que la consideraba como “el arte de hacer versos”, idea que ya para ese momento había entrado en crisis frente a los postulados modernistas y vanguardistas hacia donde Rivera estaba haciendo el tránsito. Además, permanecía muy distante del concepto de *poiesis*, que no alude a verso, ni tampoco a ritmo, sino que está vinculado con creación, con el carácter ficcional de la imagen, tal como lo argumentó Aristóteles durante la formación del pensamiento clásico griego.

Al detenernos ante la poesía, es necesario considerar que ella se adentra en la imagen íntima que habita detrás de las palabras y que trabaja con estructuras verbales que le apuestan a la constitución de una imagen potente, para lo cual es preciso desprenderse de la búsqueda de ese mundo absoluto que nos ha fijado una idea clásica de belleza, detenida más en la armonía de ciertas formas, según determinados cánones. El poderío y diversidad de la creación verbal, nos invita a sobrepasar la supuesta realidad lírica que está presente en una obra narrativa, para centrarnos en la relación de las formas con la imagen y la subjetividad, y desde ahí vislumbrar la creación que podríamos llamar poética, la que genera, además, un deleite artístico especial en quien lo lee, antes de someterlo a análisis centrados en lo puramente estructural.

No olvidemos que Rivera provenía de una tradición clásica, afianzada tras sus lecturas de textos greco-latinos e hispanos, y que al momento de escribir *La Vorágine* vislumbraba un tránsito hacia el modernismo y la vanguardia, por lo tanto, la puesta en duda de la estructura literaria canónica se puede evidenciar a lo largo de ciertos fragmentos de prosa poética que fluyen en la

2. Algunos de esos textos críticos se encuentran en Ordóñez, M. (1987). *La vorágine: Textos Críticos*. Bogotá: Alianza. Entre ellos se puede aludir a: *José Esutasio Rivera, novelista y poeta* (Luis Trigueros) y *La Vorágine* (Luis Eduardo Nieto Caballero).

novela, a través de los cuales se cuestiona a sí mismo y busca desprenderse de esa “poesía de los retiros”, de esas “soledades domesticadas”.

¡Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales! Aquí, los responsos de sapos hidropónicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí, la parásita afrodisiaca que llena el suelo de abejas muertas; la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitaciones y su olor pegajoso emborracha como una droga; la liana maligna cuya pelusa enceguece los animales; la *pringamosa* que inflama la piel, la pepa del *curujú* que parece irisado globo y sólo contiene ceniza cáustica, la uva purgante, el coroso amargo³

Es a través de su narrativa que Rivera va definiendo un estilo poético que no había logrado consolidar en su poesía anterior, pues en *Tierra de Promisión* todavía estaba apegado a ese entorno de quietud espiritual, medido, de actitud impasible, sin mayor interés por la trasgresión de las estructuras sociales de la época. En cambio, el ejercicio creador de *La Vorágine*, le permite explorar elementos realistas, románticos y modernistas, a la vez que lo confronta con su ambigüedad como escritor o como funcionario, ante la cual, el artista moderno se planteaba una respuesta histórica y estética. De ahí surge una nueva imagen poética, abierta a los Llanos y la Selva, con sus misterios, con su densidad y con la desgarradura que deja el comprobar las dinámicas de explotación, de abandono y de maltrato extremo en los procesos extractivos del caucho. Esa mirada hacia las culturas de los lugares periféricos y desconocidos, ajenos al control y al orden, le permite al autor explorar una nueva libertad creativa en tanto se va construyendo como sujeto social y político, que cuenta con el arma de la escritura.

El Modernismo, como movimiento literario, buscó una manera de integrar el mundo hacia nuevas sensibilidades más apegadas a la fuerza de un territorio, latinoamericano en este caso, que es preciso volver a nombrar, a narrar, a vincular con nuevas exploraciones de la imagen. Rivera lo evidencia en alusiones plásticas de la imagen: las garzas como cirios inmaculados, el vuelo de las aves como un desfile de remos cándidos. O también en figuras como la “lontananza de ópalo”, el “celaje de incendio”, el “coágulo de rubí”.

3. Rivera, José Eustasio. Ibidem. Pág. 167

Arturo Cova, el personaje poeta que logra traslucir la ambigüedad en la búsqueda creadora de Rivera, se distancia de los conservadurismos de las ciudades de inicios del siglo XX para adentrarse en los territorios del caos y la incertidumbre, y así tratar de integrar una Colombia escindida, fragmentada, al tiempo que busca encontrar su auténtica voz poética. De nuevo, es conveniente recordar que Rivera fue un consagrado estudioso de la lengua castellana, de su gramática y su sintaxis – bastaría mirar sus sonetos –, pero como creador, anhelaba ir más allá, adentrarse en el abigarrado entorno tropical, explorar nuevas densidades, que las ciudades como entornos propicios para las tertulias y la bohemia literaria, ya no le brindaban.

¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice al peñón la onda que se despidе, el arbol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios.⁴

En la primera parte de *La Vorágine* se define una imagen poética central, asociada con el Llano, el cielo y la pureza de su azul. Fácilmente se puede adivinar que detrás del narrador hay un poeta que quiere dar cuenta de la exuberancia del paisaje, y para ello crea un personaje cuyo lenguaje se adecúa a las sensaciones que experimenta en su búsqueda de la “naturaleza humana”, del nuevo espacio interior sobrecargado de emociones. La descripción realista del medio natural es aderezada con imágenes exaltadas y un profuso uso de adjetivos. Óscar Torres Duque sostiene que Cova es un escritor barroco y que la novela es barroca “en cuanto diario de Arturo Cova”.⁵ Por otra parte, un buen número de críticas reconocen el legado modernista con que el narrador describe el paisaje, pero esto requiere deslindar algunos elementos, pues el modernismo del momento, de origen lírico y con una tradición aún en construcción, no le era suficiente a Rivera para enfrentarse a ese mundo de la selva, ajeno todavía a ciertos modelos descriptivos del paisaje americano desde una perspectiva modernista. Rivera se ve ante la necesidad de encontrar nuevas formas para expresar ese abigarrado y novedoso universo de los Llanos y la Selva. Quizás sean el caos, la fragmentación y el delirio los elementos que

4. Rivera, José Eustasio. Ibidem. Pág. 80

5- Duque T., Óscar (2004). *Barroco y lectura dual en La Vorágine de José Eustasio Rivera*. *Universitas Humanística*, 28(28). Consultado en: <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/10099>

le dan soporte a esta nueva estructura narrativa, vanguardista si se quiere, que se va distanciando de la representación (*mimesis*) y se abre hacia la poética (*poiesis*). Esto lo corrobora José Emilio Pacheco al decir: “En la alucinación, el hombre (Rivera o Cova) deja de expresar a la naturaleza para que la naturaleza exprese al hombre”⁶.

En la segunda parte, nombrada como “La oda a la selva”, la espesura del espacio físico se proyecta sobre la interioridad del poeta e invade con la fuerza primitiva sus sentimientos y emociones, en cierta forma, lo “selvatiza”. A diferencia de lo que sucedía en el Llano, cuando el despliegue de la narración se hacía desde el sujeto hacia el territorio, ahora va en sentido contrario, desde la vorágine de la selva hacia la voz del poeta.

Bendita sea la difícil landa que nos condujo a la región de los revuelos
y de la albura!⁷

[...]

Selva profética, selva enemiga! Cuándo habrá de cumplirse tu predicción?⁸

El tono melancólico, de ausencia, se cambia por uno de vitalidad, de poderío, que, sin embargo, apresa, aferra, en contraposición con las imágenes del Llano, que evocan lo abierto, lo ilimitado y conducen a cierta expresión de libertad. En esta segunda parte aparece lo telúrico, la fuerza de lo sombrío, lo escondido que no se quiere confrontar. De cierta manera, lo maléfico encarnado. Y es desde ahí, donde surge una expresión renovada de Arturo Cova como poeta de los abismos, para quien el silencio también pesa.

Nadie! nadie! El silencio, la inmensidad...⁹

[...]

Pero yo era la muerte y estaba en marcha!...¹⁰

En la tercera parte, reconocida como “El lamento del cauchero”, se establece una vinculación con el hombre que sufre, con el despojo y la expo-

6. Pacheco, José E. (1964) *¿Quién es Arturo Cova?*, Revista Universidad de México, vol. XVIII, núm. 7. Pág. 22.

7. Rivera, José Eustasio. Ibidem. Pág. 104

8. Rivera, José Eustasio. Ibidem. Pág. 111

9. Rivera, José Eustasio. Ibidem. Pág. 112

10. Rivera, José Eustasio. Ibidem. Pág. 117

liación, con el destino sufriente de un pueblo y la frustración, en este caso, debido al abandono y descuido estatal. Hay un fondo dantesco que alarga el sufrimiento. En algunas partes, surge una especie de realismo lírico que se junta con el subjetivismo – que es abundante en la obra –. La lectura de la realidad lleva a esa interiorización de la naturaleza circundante para hacerla naturaleza humana.

Quién estableció el desequilibrio entre la realidad y el alma incolmable? Para qué nos dieron alas en el vacío? Nuestra madrastra fue la pobreza, nuestro tirano la aspiración! Por mirar la altura tropezábamos en la tierra; para atender al vientre misérrimo fracasamos en el espíritu. La medianía nos brindó su angustia. Sólo fuimos los héroes de lo mediocre!¹¹

Rivera era consciente del paso que estaba dando hacia una prosa punzante y poética, que sabía desnudar los problemas sociales sin despojar la escritura del componente literario. Quería confrontar esa “poesía de los retiros”, abandonada en el encantamiento bucólico, con la expresión desgarrada de la vida misma, en la que los poderes derivados de intereses económicos definían maneras de pensar y de sentir, ajenas a las dimensiones sociales y políticas.

El que intentó elevarse, cayó vencido, ante los magnates indiferentes, tan impasibles como estos árboles que nos miran languidecer de fiebres y de hambre entre las sanguijuelas y las hormigas!¹²

[...]

Ved en lo que ha parado este soñador: en herir al árbol inerme para enriquecer a los que no sueñan.¹³

En entrevista concedida en 1926, Rivera sostenía: “creo que entre nosotros la prosa no ha tenido el mismo ambiente que el verso. Triunfan más pronto y más ruidosamente los poetas que los prosistas”.¹⁴ Detrás de esta tajante argumentación, se adivina un autor que no solo tiene conflictos con la tradición literaria del momento, sino con su mismo lugar como poeta, que había gozado

11. Rivera, José Eustasio. *Ibidem*. Pág. 161

12. Rivera, José Eustasio. *Ibidem*.

13. Rivera, José Eustasio. *Ibidem*.

14. “Una hora con José Eustasio Rivera”. En *La vorágine: textos críticos*. Compilación de Montserrat Ordóñez, Alianza Editorial, 1987, págs. 21-25.

del beneplácito de la crítica. Reitero que es por medio de la escritura de *La Vorágine* como se va abriendo a nuevas exploraciones poéticas, desde lo específicamente formal hasta las intensidades temáticas. Todavía no cuenta con certezas, pero sí intuye que está adentrándose en nuevos territorios donde la poesía y la prosa pueden juntarse para hacerse más potentes. De lo que sí está seguro – y por eso a menudo se interroga – es de querer apartarse de cierta poesía estéril, que les da la espalda a los buscadores de nuevos espacios para la creación y de esta manera, le hace el juego a los poderes ocultos que defienden el sistema cultural establecido.

La mirada de los críticos

En esta segunda parte, destaco algunos ensayos críticos sobre la novela de Rivera, que permiten orientar la mirada hacia la búsqueda creativa del autor, en la que se evidencia una lucha por apropiarse de una expresión poética renovada.

Por una parte, Luis Carlos Herrera Molina¹⁵ considera que al narrador de la novela le interesa ser reconocido por el lector como poeta y que, en su apuesta por el realismo, recurre a dos elementos simbólicos muy destacados (el sol y la noche) que interfieren profusamente en el accionar de los personajes. El sol se encarna, en un primer momento, como un hecho cósmico que despierta sentimientos de expectativa, de esperanza, de alegría, pero luego va tomando un matiz nostálgico que logra presagiar la muerte; de esta manera, le confiere el carácter de un ideal inalcanzable. Asimismo, la observación de la naturaleza externa, lo conduce a indagar en su naturaleza interior para cotejar sus ideales, que poco a poco van experimentando la impotencia, cuando se enfrenta a la selva oscura, indescifrable, vencedora. Luego de esa experiencia solar surge la noche, tras reconocer la oscuridad que envuelve su interior y la desilusión ante su ideal de trascendencia. Con la noche llega el dolor y el fracaso. El anhelo inicial de su búsqueda estética se convierte en algo inalcanzable, y, además, esa nueva vivencia ya no tiene reverso.

15. Herrera Molina, Luis Carlos, S.J. “Arquitectura del drama riveriano”. En *La vorágine: Textos críticos*. Compilación de Montserrat Ordóñez, Alianza Editorial, 1987. Págs. 279-288.

Desde otra perspectiva, Edmundo De Chasca¹⁶ destaca la obra como un “barroquismo tropical” escrita en “forma lírica por su estilo y asunto” y vinculada con características modernistas. Concibe las tres partes como cantos que juntan elementos épicos, populares, románticos y patéticos. Épicos, al describir la odisea del hombre enfrentado a la naturaleza; populares, en la descripción que hace de los lugareños, especialmente de los llaneros, de quienes destaca la tradición oral y su vida aunada con el espacio en expresión de libertad; románticos, por el papel que juega la fuerza del destino, el ideal amoroso y la inestabilidad afectiva, la decadencia y el hastío, así como la subjetivación de la naturaleza; y patéticos, por la manera como describe una realidad social de despojo, extracción de los recursos naturales y el sometimiento de los trabajadores. Dichos elementos los exalta De Chasca como un acierto de Rivera, a la vez que los resume en dos características con un tinte teórico: *la grandeza de la sencillez* y el *trascendentalismo de lo insólito*. Esto, según De Chasca, como resultado del estilo hiperbólico de la novela, en el que se destaca el aspecto de la sublimidad.

También habla de un estilo poético presente en *La Vorágine*, cuyo elemento principal “es el uso de las metáforas que tanto abundan en sus páginas y cuya originalidad da la talla medida del mérito poético de Rivera.” Y su emotivo acercamiento avanza hacia comentarios aún más elogiosos: “Las mejores páginas de *La Vorágine* comprenden la visión poética más poderosa de la naturaleza tropical que se haya escrito en español o acaso en cualquier idioma”.

Por su parte, Rafael Gutiérrez Girardot¹⁷ exalta, entre otros aspectos de *La Vorágine*, la capacidad de apropiarse del modernismo que surge en Latinoamérica a partir de la asimilación de la tradición europea, expresada en rasgos como la literatura de viajes, el costumbrismo hispanoamericano, el exotismo europeo, la elegía de la poesía amorosa y la prosa artística. A esto se suma la incorporación de la violencia, un elemento trágico y moderno que aparece en sus connotaciones metafísica (el destino) y social (el momento histórico que remite a un problema filosófico específico). Los personajes no son héroes, sino sujetos del común sometidos a una realidad sobre la que no pueden decidir. La existencia es su propia tragedia y el coro de esa tragedia es la selva.

16. De Chasca, Edmundo. “El lirismo de La vorágine”. En *La vorágine: Textos críticos*. Compilación de Montserrat Ordóñez, Alianza Editorial, 1987. Págs. 239-257.

17. Gutiérrez Girardot, Rafael (1994). “La vorágine de José Eustasio Rivera: su significación para las letras de lengua española del presente siglo”. En *Cuestiones*. México: Fondo de Cultura Económica.

Desde la mirada de Gutiérrez Girardot, la selva es una metáfora de un problema universal que Rivera supo utilizar debido al conocimiento que había tenido de la tradición literaria; por eso, la selva surge como una vía de los personajes hacia la conciencia de estar atrapados y al mismo tiempo, como la constatación de que la vida es la selva misma. El nihilismo, como problema esencial del modernismo, se expresa al utilizar la selva como elemento estético desconocido e insondable. Estas características permiten ubicar a la novela de Rivera como una obra próxima a la épica clásica de la tradición griega, en la que la tragedia está determinada por los dioses, el destino y la violencia.

En estudios más recientes y extensos, puesto que corresponden a trabajos de grado, se dedican algunas reflexiones a pensar la lírica dentro de *La Vorágine*. Por un lado, Norma Donato en su trabajo *La Vorágine: una experiencia de la secularización*, advierte que en la novela hay una marcada tensión entre la lírica y la prosa, y, además, que es evidente el lirismo, manifestado en el ritmo, la musicalidad y la expresión de subjetividad. Sobre esta última característica anota que en ciertos momentos se trasluce el “alma de Cova y sus paradojas, específicamente el problema que Hugo Friedrich señala como fundamento de la poesía moderna: la búsqueda de un sentido trascendente en el mundo y la presencia de su vacío.”¹⁸ Esta mirada coincide con las reflexiones que han suscitado la escritura de este texto, las cuales he venido señalando a lo largo del mismo.

De otra manera, Yoanny Sanabria en su tesis de maestría *Cronotopia, contagios y rupturas. Una visión política, histórica y cultural del tiempo y los espacios en La Vorágine*, plantea un tema importante desde una lectura cultural de la novela. Parte de la consideración de la poesía y el poeta “como factores de consolidación de la identidad nacional”,¹⁹ los cuales habían estado presentes desde la conformación de los discursos que le dieron vida a la nueva nación, luego del proceso de Independencia. El poeta Arturo Cova se aparta de esos lineamientos fundacionales y huye hacia un terreno abierto donde su vocación creativa no esté sujeta a formalidades y miradas limitadas, que desconocen la realidad de otros espacios en los que la vida también fluye con

18. Donato R., Norma (2012). *La vorágine: una experiencia de la secularización*. Tesis de grado. Departamento de Literatura. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Pág. 56. Consultado en: <https://repositorio.unal.edu.co/items/5d828dc9-8b83-4a29-a9d2-16c6ab97616e>

19. Sanabria V., Yoanny (2015). *Cronotopia, contagios y rupturas. Una visión política, histórica y cultural del tiempo y los espacios en La Vorágine*. Tesis de Maestría. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. Pág. 104. Consultado en: <https://bibliotecadigital.caroycuervo.gov.co/id/eprint/1260/>

intensidad y se plantea las mismas dudas existenciales, ante situaciones de expoliación, barbarie y abandono estatal. Es, desde ese nuevo lugar, que el poeta avanza en la búsqueda de otras posibilidades para la escritura.

Finalmente, quiero destacar el artículo *La deuda de La Vorágine con la poesía*, de Alejandro Palma, en el que asegura que hay en la novela de Rivera un “impulso poético que la dinamiza y le ha llevado a ocupar un lugar preponderante en la apreciación estética.”²⁰ Esta enunciación inicial la va desarrollando para mostrar cómo en el transcurso de la novela, se pasa del estatuto de la imitación del exterior al de la interiorización de un personaje que resulta ser un poeta. Dicho tránsito de la *mimesis* a la *poiesis* podría estar definiendo un paso en la obra de Rivera, del modernismo a la vanguardia.

Cierro estas breves consideraciones, reiterando que, aunque el poeta formal – según la tradición canónica de su momento – de *Tierra de promisión* ya vislumbraba la ruta de su complejidad literaria, es en su trabajo narrativo donde encuentra la fortaleza de su más intensa voz poética.



Pilar González-Gómez

20. Palma C., Alejandro (2025). *La deuda de La Vorágine con la poesía*. Seminario Nuevos acercamientos a La Vorágine. Banco de la República. Consultado en: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll23/id/2148/>

Novecento. Una película del director Bernardo Bertolucci

Mario Yepes-Londoño

Terminada la exhibición de los créditos iniciales de “1900” o *NOVECENTO* como se dice en Italia, avanza por un camino entre las sombras un jorobado caracterizado como Rigoletto; cubriéndose con la capa, levanta un grito lastimero: “¡Ha muerto Verdi, ha muerto Verdi!”. En tanto y luego, suena la trágica llamada de la trompeta en la obertura de *Rigoletto*¹ de Giuseppe Verdi. Es 1900 y efectivamente acaba de morir el más importante compositor italiano del *Ottocento*. Pero ¿han muerto también, tardíamente como Verdi, la época, el “estilo de vida”, el heroico gesto operático, la Italia de la Bella Época? Bernardo Bertolucci no deja lugar a dudas: se propone mostrarnos durante buena parte de la película que no fue así, que a la hora de 1901 la Italia que se asomaba al siglo XX seguía siendo en buena medida, en muchos usos y costumbres, ya no digamos la fementida Bella Época sino la Italia feudal del Duque de Mantua, el *padrone* de Rigoletto: poderosos terratenientes y siervos, aristócratas y pequeños burgueses; una nación que apenas se recuperaba de las grandes luchas de la reunificación del *Risorgimento*, de la expulsión de los austriacos que sólo se completará tras la Primera Guerra Mundial, y que ofrecía marcados contrastes entre las re-



1. Ópera de Giuseppe Verdi con libreto de Francesco María Piave, con base en “Le Roi s’amuse” de Victor Hugo.

giones. Mientras el norte y el centro se afanaban por el avance de la industrialización, todavía muy rezagada respecto de otros países europeos, el resto, especialmente el sur y territorios de los grandes latifundios se debatían en el atraso, la alienación religiosa y la miseria. En la gran tradición de las luchas carbonarias del siglo XVIII y del XIX, en un continente sacudido por el anarquismo, acaba de morir asesinado el rey Umberto I. Pero aún no ha muerto la monarquía.

Casi un año después muere Verdi, pero Rigoletto sigue vivo y no sólo en La Scala o en la Ópera de Roma; ese personaje que abre la película con su lamento no es usado por Bertolucci como otro prólogo operático a la manera del verismo; no, ese jorobado con jubón y calzas del siglo XV aparece en seguida como el tarado bufón del terrateniente en pleno 1900 y durará así vestido treinta años más, por lo menos, en el tiempo de la historia que allí se narra.

Bertolucci es impío ante la Ópera: como de partida y con la intención de que no nos engañemos acerca de su propósito iconoclasta, el director arranca su película disparando contra uno de los más preciosos legados italianos: dispara con la Ópera contra la Ópera. Más adelante, en la segunda parte, hay una escena en la que Attila (¡!) el emergente líder fascista de la región, invita a sus recién reclutados seguidores a liquidar, camisa negra encima, a los comunistas del pueblo; asume la pose heroica, estira el brazo y no grita, canta: “¡All’armi! (¡a las armas!) y todo el “coro” le contesta: “¡All’armi!”. Escena de *El Trovador* de Verdi. Las cosas del cine: Bertolucci sabe que la escena ya había sido puesta en *Senso* por Visconti en el escenario y en la sala de una representación, pero en un contexto (la época de la dominación austríaca) y con otro propósito, el de la Unidad Italiana, para inflamar el espíritu patriótico del *Risorgimento* y echar al invasor. Pero es que “1900” es también la ópera de Bertolucci; verismo con dimensiones wagnerianas: 5 horas y media.

Bertolucci nos sitúa en la región rural de Reggio Emilia en la etapa de la transición a la agricultura mecanizada, proceso que va a afectar de modos bien diferentes a los protagonistas y a todos los comprometidos en esta historia. A partir de aquí nos presenta las vidas paralelas de dos familias: la terrateniente, verdadero señorío feudal, y los campesinos que laboran en la enorme hacienda. En el comienzo de la historia (se manejan en la película varios tiempos con fluidez), el mismo día nacen dos niños en la hacienda; el uno es el nieto del viejo latifundista: con padre y madre conocidos, nace con todos los derechos, con herencia asegurada; su llegada a este mundo es motivo de brindis

y gritos de alegría. El otro es el hijo bastardo de una de tantas mujeres de la tribu campesina; su nacimiento no es bienvenido por todos (“¡una boca más para alimentar!”); su herencia es la miseria, su futuro el trabajo servil. Si el primero será siempre un lujoso parásito, el segundo tendrá que afrontar todas las contingencias propias, las de su familia y las del país: será explotado y será carne de cañón en dos guerras mundiales. Estos dos niños y sus familias serán los protagonistas mediante los cuales veremos la Italia del novecientos hasta nuestros días.

En la tradición del teatro, de la novela y del cine, este es un recurso conocido; pero pocas veces es tan bien logrado como en “1900”. La dificultad enorme de mostrar, mediante sólo dos familias y tal cual personaje ajeno, la tremenda complejidad de la vida de una nación durante 70 años, aún más si esa nación es como Italia en el siglo XX, es aquí superada con creces: porque no es sólo la Italia rural, la región Emiliana, la que se nos ofrece a la observación. Es que Bertolucci les traza a estas familias las rutas que los violentos procesos económicos y sociales del siglo van abriendo en esa nación. Veremos a miembros de esas familias como actores o como testigos, como relatores o como oyentes de cuanto suceso importante ocurre en Italia: las grandes huelgas industriales y campesinas, la Primera Guerra Mundial, el surgimiento y ascenso del Fascismo, la Segunda Guerra Mundial, la actividad del Partido Comunista Italiano, la Resistencia, el día de la Liberación cuando todos quieren ajustarse las cuentas. Tremenda secuencia esa del día de la Liberación, que es como uno de los ejes de la narración, el día desde el cual se mira hacia el pasado y se juzga el presente en el epílogo. Liquidados los fascistas, cuando todavía caen bombas, después de la escena de la evocación de los muertos en el cementerio donde se da cumplida vendetta, Olmo Dalcó, el hijo campesino comunista congrega al pueblo para juzgar al patrón, Berlinghieri, a ese mismo que tiene su propia edad y con quien le ha unido una relación de amor-odio, la relación que parecía ser la última posible antes de la liquidación de una clase por la otra si se miraba la larga lucha y la sangre derramada. Pero no; imprevisiblemente (¿?) Dalcó, el que ha convocado al juicio, quiere vetar la sentencia de muerte que profieren los campesinos; uno de los partisanos que, como él ha luchado contra Mussolini, lo apoya: “el patrón debe vivir para que sea la prueba viva de que el patrón ha muerto”, tremenda frase que impresiona a todos y que Dalcó rubrica lanzando su ametralladora en el camión que ha enviado el gobierno provisional para recoger las armas de los partisanos en nombre del orden. Tras un segundo de indecisión, todos lo imitan. Hasta un momento

antes, esos campesinos que se han quedado sin techo por los bombardeos, han cantado “Bandiera Rossa” el himno comunista y se han cobijado con ella. Ahora marchan en desfile tras el camión que se ha llevado sus armas en el día decisivo. Quedan solos en la plaza el patrón, el niño que lo capturó y Dalcó. El patrón comenta: “el patrón está vivo”. Dalcó se trenza con él en una fingida lucha, en un juego de manos que se prolonga en el epílogo; mientras corre el tiempo aceleradísimo, se nos va mostrando el progresivo deterioro de los dos hombres con la vejez, en tanto surgen instantáneos insertos de *flash-backs* de la infancia compartida, pero sobre todo de las pruebas de fuerza y de valor a las que siempre se retaron. La película muere sin que haya terminado el incansable e inútil manoseo, la lucha que nunca se resuelve. Ellos dos miman la incesante lucha electoral que duró décadas entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista Italiano en la posguerra desde 1945.

Veamos un poco el tratamiento de la familia terrateniente, sus gestos y actitudes. Profundamente italianos y decididamente actores. Hay una actuación dentro de la actuación, los personajes “actúan” los sucesos como quien está ante La Historia, se sienten en el escenario, parece que, a cada gesto, a cada actitud tuvieran que seguir un aplauso y un “bravo”. ¿Y los fascistas? Brecht habló de “la teatralidad del fascismo” y aquí también se cumple. El cine nos ha mostrado casi siempre el esquema de esa teatralidad, los grandes desfiles con antorchas, el horror, y el grotesco a la manera de Chaplin en *El Gran Dictador*. Bertolucci logra vencer el esquema, superarlo. El fascista no es aquí Mussolini en el balcón de Hitler coreado por millones en 1936; aquí es Attila, el bruto capataz que crece a la sombra del terrateniente, bajo su amparo y tolerancia y seduciendo a la hermana del heredero; que ve en el *fascio* la oportunidad de convertirse en capo. El fascismo es mostrado en su gesticulación, pero sobre todo en su eficacia terrible en el nivel de una familia, de una región, en el espanto de un solo hombre, en la masacre de un niño o de un gato. Pero la garantía que se da y que nos da Bertolucci para ofrecer una rotunda imagen de contraste con esa falsa teatralidad de los fascistas y de los burgueses de su película, reside en que la familia campesina (excepto algunas “figuras”) y sus proletarios no son actores. Ya lo había ensayado el neorrealismo de posguerra. ¡Qué contraste con los primeros! Sí, sabemos que la medida de la obra de arte es elaboración. Pero estos campesinos de “1900” no comportan más elaboración que aquella impuesta por la selección de quien filma, dirige y edita. Sus gestos no han sido elaborados por el arte; aquí la cámara y el montaje elaboran la aproximación a la vida. No se trata de decir o repetir aquella mañosa expre-

sión “el arte que refleja la vida tal cual es”. No. Sabemos que esto no es posible porque el arte no refleja la vida, sino que la representa. Se trata de decir que en “1900” el artista se acercó, armado de todos los medios y posibilidades de su práctica artística a los gestos del actuar la vida, los gestos “aprendidos” durante siglos según la clase, el contexto y la circunstancia.

“1900” de Bertolucci es ficción y es documento. Y es una obra de arte.



Pilar González-Gómez

POLEKA-KASUE

Relicto de glaciar Nevado Santa Isabel, Parque Nacional Natural los Nevados (Colombia)

Natalia Castañeda-Arbeláez



Stills de video, *Entre el volcán y la vertiente*. Dos canales, video proyección.

Natalia Castañeda-Arbeláez. 42 min. 2022.

<https://vimeo.com/859971134>

Los glaciares son masas de hielo en movimiento. Son aguas compactadas de antiguas glaciaciones expuestas a las dinámicas del tiempo: acumulan hielo y sueltan agua, reciben y entregan. Son la congelación de un tiempo puesto en rotación. Son las fluctuaciones del hielo, de los detritos rocosos y de los velos de ceniza, que ruedan paulatinamente por las pendientes más altas. Son los futuros ríos contenidos. Son aguas adheridas a la cumbre en el cúmulo de la vertiente, son nubes acumuladas detrás de la cima. Los glaciares son cambiantes y dinámicos, dependen directamente de las extremas condiciones atmosféricas de la alta montaña. Los blancos copos de nieve se transforman al azul del hielo glaciar, que en el lento descenso compactan el agua, extrayendo las burbujas de aire que difractan

la luz para llegar hasta la profundidad del índigo glaciar, rudo y ancestral. Su rigidez con el tiempo se quiebra y se agrieta, como signo de estabilidad. Pero el agua se filtra por debajo de la masa sólida, al abrigo con la tierra, sin compensar la pérdida. Entre las fisuras, los rayos UV debilitan el hielo, se escurren por la cuenca del glaciar, la zona de ablación o línea de retirada.

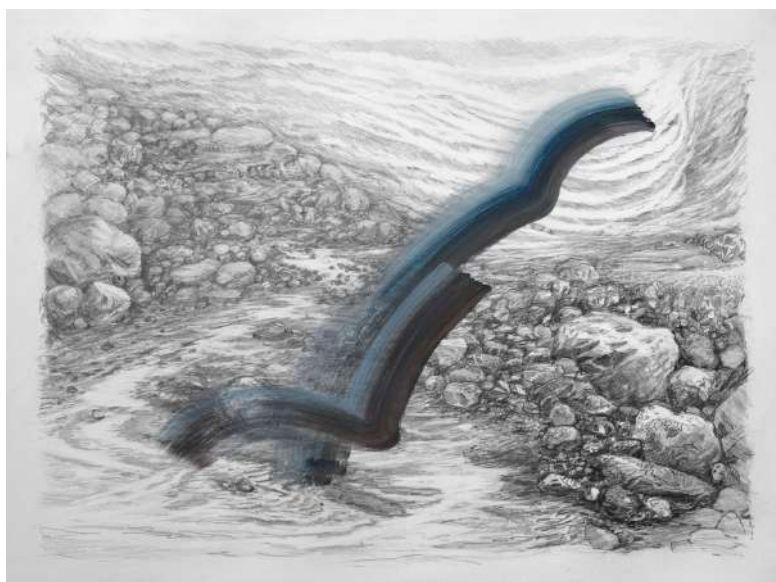
¿Cómo asumir el cambio y entregarnos a él? ¿Cómo extender filamentos sensoriales que abonen la empatía en diversas existencias y cooperaciones? ¿Cómo habitar en un paisaje invertido? ¿Cómo entender mi cuerpo como extensión de la montaña? ¿Cómo relacionarnos con un paisaje en deshielo y hacer memoria de un glaciar en extinción: Poleka Kasue?

Al borde de los 5.000 msnm. los últimos **glaciares** del trópico agonizan, masas de agua congelada y en desequilibrio, son una rareza gracias a su latitud ecuatorial y la elevación altitudinal. En Colombia solo subsisten seis glaciares, de los cuales tres están en el centro de la cordillera central en el Parque Nacional Natural los Nevados (PNNN): el Nevado del Ruiz, el Nevado de Santa Isabel y el Nevado del Tolima. Estos glaciares tienen tendencia al retroceso, siendo el Nevado de Santa Isabel el próximo en desaparecer, según prevé el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam, 2020). Los registros anuales dejados por mediciones del glaciar ha-



cen del ascenso a Poleka Kasue el sendero del cambio climático, como lo han denominado los expertos, dando constancia de su reciente transformación. El Ideam ha ido marcando con aerosol rojo grandes piedras en el recorrido, referencias anuales que evidencian el área perdida del glaciar. No hay que ser experto para notar la cuenca descubierta e inestable frente al reciente despojo. Según el Ideam, el aumento de la temperatura y del CO2 en la atmósfera desplazan cada ecosistema de los Andes Colombianos con sus límites superiores; se da un ascenso altitudinal montano con más del 50% para cada zona, desde el bosque andino, subpáramo, páramo, superpáramos y cinturón nival.

Van a ser diez años que conozco este lugar, y a cada ascenso, su masa ha retrocedido varios cientos de metros. Este proceso de seguimiento se ha dado a través del viaje y de un trabajo de archivo. Una recopilación tanto de experiencias y percepciones como de imágenes, información científica y mapas. Una reflexión que se estructura gracias a la cartografía, al extender un espacio para estudiar el terreno, crear conexiones y proponer vías para el recorrido. Desde el inicio de esta investigación en 2016 he ido constituyendo un archivo de imágenes que —como los estratos en geología o pintura— se mezclan, se permean y conectan. Son una suerte de atlas, que agrupan un imaginario visual y estructuran mis recorridos por medio de una constelación de imágenes que nos hablan de la montaña.



Vertiente, Dibujo intervenido, 2018

La translocación altitudinal de los ecosistemas colombianos de alta montaña puede ocasionar posiblemente la desaparición total de algunos biomas (Ideam, 2012). Entre “la oferta y la demanda” de los recursos naturales, estos ecosistemas son significativos y juegan un papel estratégico global. Además, son rotulados como “Hotspot” en el *Global Climatic Tensor* que se confiere por la doble condición de biodiversidad y amenaza. No se trata solamente de la pérdida de biodiversidad y la transformación de los ecosistemas, sino también de un problema relacionado con la pérdida de buena parte de los bienes y servicios ambientales, en particular: el agua, correspondiente con la interrelación de los biomas Glaciar-Páramo-Bosque de Niebla afectados por las variaciones y modificaciones del cambio climático global.



Dibujo in situ, glaciar Conejeras, 2020

Este ascenso térmico en la alta montaña se hace mayoritariamente evidente en el retroceso de los glaciares. En la segunda mitad del siglo XIX después de la pequeña edad de hielo alrededor de 1850, la Comisión Corográfica hizo un inventario de 17 nevados en Colombia; ahora solo quedan seis glaciares en el país. Hasta 1960 se reportaron glaciares en los Paramillos del Cisne y del Quindío, los cuales eran llamados en la época “nevados.” Ahora son denominados “paramillos,” pues sus domos volcánicos de arena y roca están siendo conquistados por la vegetación paramuna de pajonales y líquenes. Los últimos nevados colombianos continúan una tendencia al derretimiento acelerado. Esto como respuesta a su especial sensibilidad tanto a las con-

diciones climáticas mundiales como regionales, a particularidades locales como microclimas, diferencias en la altitud de los nevados, su topografía o por estar ubicados en zonas volcánicas activas (Ideam, 2018).

De ascenso y descenso

Como todo recorrido que se hace sobre la montaña, el camino es de ascenso y descenso. Empieza con el amplio espectro luminoso, la variación cromática dada por la altitud, donde el cambiante verde de la biomasa nos introduce las características de cada ecosistema, desde la abundancia del bosque andino, la resistencia del páramo, la austeridad del desierto lunar hasta llegar a la cumbre junto a los valiosos glaciares en extinción, el Poleka Kasue. El descenso sigue el agua a través de sus cursos, desde las nubes, los nevados hasta convertirse en ríos y finalmente entrar en los estratos geológicos que nos revelan la historia reciente de la montaña y el retroceso glaciar.

Inicio el recorrido a Poleka Kasue por *Alfombrales*, un estrecho valle donde reposa el vestigio de una laguna colmatada entre la ladera sur del Ruiz y el paramillo del Cisne, un humedal de páramo, un jardín que parece de otro mundo, cuya altitud lo hace endémico. Aquí la vertiente se abre a dos cuencas diferentes, del río Magdalena (oriente) y del río Cauca (occidente), el agua se bifurca en sutil equilibrio, dos charcos conjuntos dirigen sus aguas a vertientes contrarias. Todo es agua y la vegetación se reproduce de manera fractal en redondos colchones verdes que crecen entre aguas tornasoladas. Y entre ellos, se alzan los lupinos, falos de flores azules y aterciopeladas entre hojas en forma de estrellas. Esta vegetación acoge musgos, algas, líquenes. Los colchones de agua son esponjas de tejidos orgánicos, retenedores y reguladores hídricos. “Turberas” es su nombre técnico, humedales que retienen el carbono y transforman lentamente la materia orgánica.

Después de *Alfombrales*, se sigue el paramillo del *Cisne*, que en los años 1960 perdió su glaciar. Desde el ascenso del Poleka Kasue, en el punto 1960, es clarísimo ver su forma de ave de cuello alargado, cuyo lomo alojaría tiempo atrás aquel desaparecido glaciar. Este cono volcánico abraza la *Laguna Verde Encantada*, un lugar sublime, una laguna inaccesible de aguas envenenadas por el exceso de sulfatos. En el mirador de la *Laguna* se vivencia la fuerza del viento que asciende por la vertiente oriental.

En el camino la vegetación varía rápidamente; al principio descubro unas pequeñas lagunas que se esconden entre el bosque de frailejones. El último gran árbol es un sietecueros, el portal del camino; pudo mantenerse a esa altura gracias a la estrechez del recoveco que habita y lo protege de las inclemencias del clima. Después de la antigua zona de camping, la pendiente se agudiza, las hierbas se reducen, el gris carbón de la roca hace áspero el escenario. Las piedras descubiertas y desmembradas ruedan sueltas, dan cuenta de la gravedad que juega contra ellas, rocas huérfanas por el abandono del manto glaciar que las cubría. El ascenso se hace entre un valle en forma de U, bordeado por dos cordones de lava y cuyo lecho está labrado por la fuerza del glaciar. La vertiente remonta hasta la arista que conecta la cumbre norte, la cúpula glaciar del Hongo y la cumbre Centro, rodeada por el glaciar Conejeras recientemente fracturado. Esta cuenca deja ver el movimiento de fusiones de antiguas lavas que descendieron como derramamiento de material piroclástico.

La inscripción “1960” sobre una gran piedra, señala el viraje hacia la cuenca glaciar, y marca el año donde antiguamente llegaban sus límites a 4.600 msnm., ahora se ha retirado más de 800 metros. Aquí la datación se vuelve vertiginosa. También es un punto de observación, se distingue al norte todo el volcán Nevado Kumanday (Ruiz) y se observa la forma de cisne que da nombre a este paramillo. Al oriente se observa el glaciar Conejeras en medio de las paredes de roca inestable. En el lecho de la cuenca se deja ver la tracción del glaciar en relación a la pendiente y al occidente “un mar de nubes”.

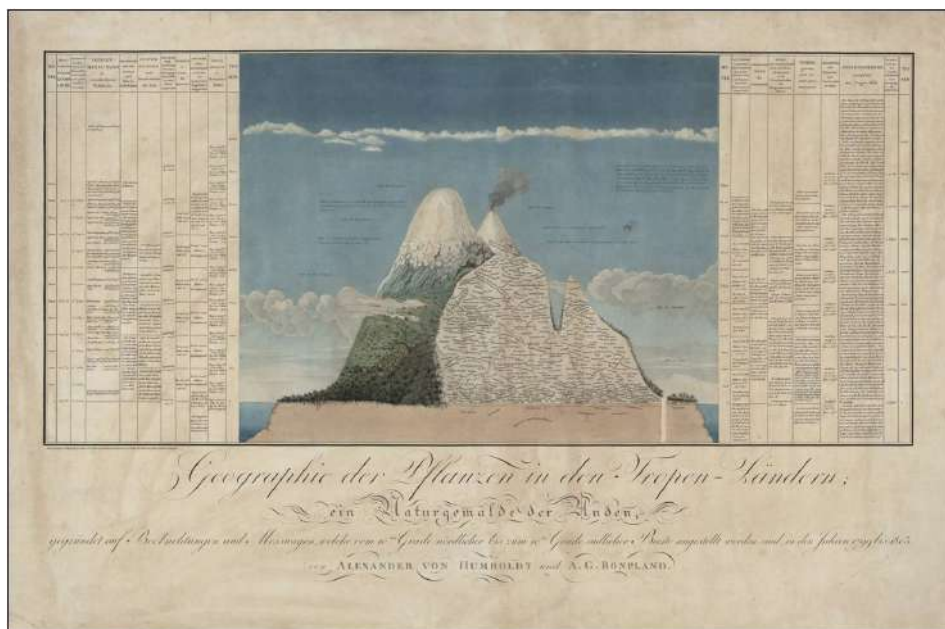
Es una zona de mucha nubosidad, pero hay instantes en que se abre para ver al fondo un fragmento de glaciar. Mi primer encuentro con el glaciar Conejeras fue en 2016 a través de la dimensión del sonido, que con tanta nubosidad apenas era visible su borde. El sonido de las aguas resonaba urgente corriendo entre las cavidades de hielo y roca. Solo en el descenso fue que retorne la mirada y obtuve una primera perspectiva de la masa completa del glaciar Conejeras, un relleno blanco y alargado que se ata enroscado detrás de la cumbre centro. Esta masa cubría la cuenca dejando ver sólo un fragmento de la arista. Ahora es una pared de roca imponente, bajo la cual el charco de hielo se resguarda.

En mi último viaje, pude recorrer este relictos del Conejeras. Caminamos diagonalmente hacia su antigua pasarela, la cual ya rota, abrazaba la cumbre central. La mayoría de las grietas son visibles, por lo cual es posible caminar

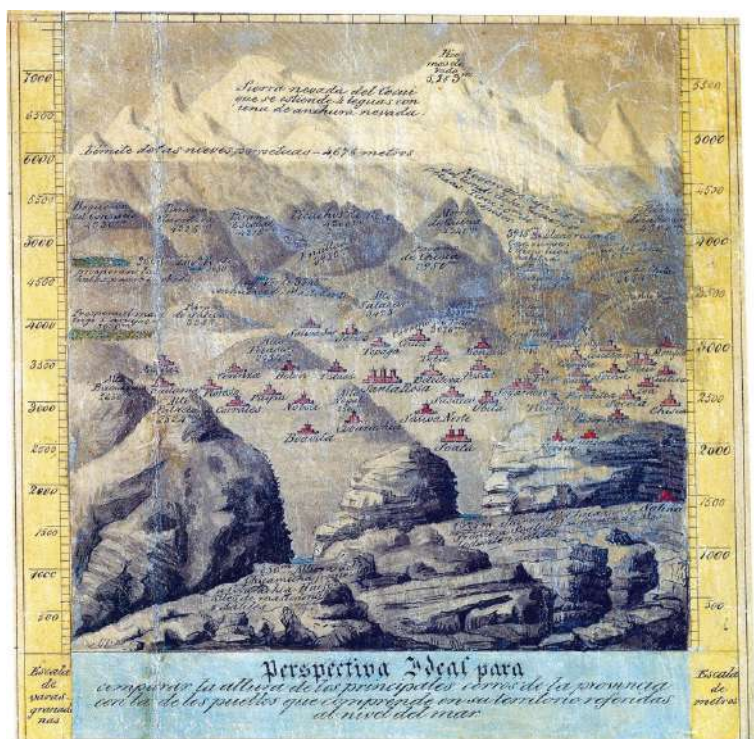
sin crampones. Cada paso resuena al contacto con el hielo, descomponiendo los fractales en líquido. El agudo sonido de cada gota brilla entre la cavidad y el ruido de la corriente subterránea. Este resonar se mezcla con el ruido de la evidencia y la advertencia, que comienza a tener eco y dar visibilidad a un ecosistema frágil y esencial dentro del territorio.

¿Cómo cartografiar un ecosistema en extinción?

La cartografía ha sido la metodología para trazar el recorrido de los lugares de investigación, el medio para proyectar el territorio de estudio y modelar perspectivas ideales, que interpreta y proyecta los volcanes desde la distancia para su comprensión geográfica y trazado de viaje. En un ejercicio de intercambio entre arte y ciencia se realizó *Perspectiva ideal de Poleka Kasue*, una cartografía que compone el perfil oriental y occidental del nevado Santa Isabel, y cuenta el retroceso del glaciar y los siete relictos que quedaban en el 2020.



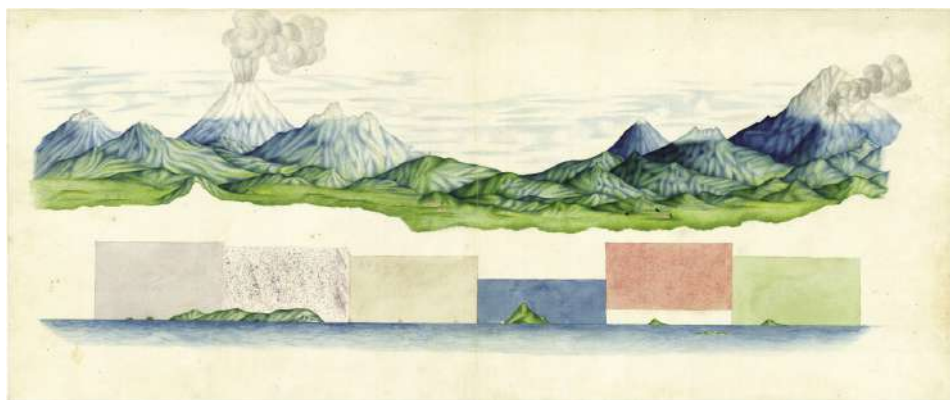
Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, *Géographie des plantes équinoxiales: Tableau physique des Andes et Pays voisins*, 1805.



Agustín Codazzi, *Perspectiva ideal*, en *Mapa corográfico de la provincia de Tuquerres*, 1853.

Mapa manuscrito en colores 74 X 52 cm.

Fuente: Archivo General de la Nación, Bogotá, Colombia Sección Mapas y Planos, Mapoteca 6 Ref. 22.



Francisco José de Caldas, *Cartografía de los Andes* (alrededor de 1803)

Fuente: Banco de la República de Colombia, Historia natural Política.

Este ejercicio de reconocimiento cartográfico conecta arte y ciencia en función de la representación de un territorio montañoso, un ecosistema en tensión que tiende a convertirse en leyenda: los glaciares, dando cuenta de la vertiginosa inestabilidad climática. El mapa trae el nombre ancestral del nevado *Poleka-Kasue* y ofrece una interpretación gráfica de la topografía montañosa que el retroceso del glaciar ha dejado expuesta, para observar y comprender las dinámicas del agua y de la roca. Ofrece una mirada relacional, sensible y científica para conocer la complejidad del territorio, entender la urgencia de su transformación e incentivar un cuidado a través de su difusión y conocimiento. Tener el mapa en las manos permite apreciar la montaña desde sus dos costados y desde la distancia para comprender su topografía como montaña y adentrarse en el detalle del ecosistema en extinción. El costado oriental amplifica la vista que se tiene desde el nevado del Tolima. El costado occidental es una perspectiva reconstruida a partir de fotografías aéreas por el camino de Conejeras. Esta *perspectiva ideal*, como encuadre, permite una imagen de montaña inspirada en aquellas de la Comisión Corográfica del siglo XIX, que supone la distancia para visualizar el perfil montañoso, definir el camino de ascenso, identificar cada cumbre y cada uno de los relictos del glaciar que restan, conocer las herramientas de medición atmosférica y dinámica histórica del glaciar, así como detalles específicos de la vegetación propia del ecosistema del Santa Isabel. El mapa, publicado por Nómada Ediciones, fue posible gracias al intercambio y generosidad del glaciólogo Jorge Luis Ceballos (1963), científico que ha liderado el monitoreo por parte del Ideam, en la Subdirección de Ecosistemas, de los glaciares colombianos. Además, ha impulsado una campaña científica por el conocimiento de estos ecosistemas tan especiales en países ecuatoriales, que tienen una tendencia a la desaparición en solo algunas décadas. Para mí es importante resaltar la labor de Ceballos, quien ha promovido un trabajo conjunto entre científicos, activistas, comunicadores, artistas, montañistas y campesinos en la difusión del estado actual de los nevados colombianos.

Perspectiva ideal del Poleka-Kasue sigue la herencia de *Naturgemälde* – un microcosmos en una imagen, como lo definió Alexander von Humboldt – la cual constituye una representación de naturaleza que va más allá del paisaje y del mapa, al conjugar una perspectiva sensible y geográfica al mismo tiempo, capaz de sumergirnos en el territorio y sus detalles, y ofrecernos la distancia para contrastar y comparar zonas altitudinales. Cabe anotar asimismo la influencia de la *Cartografía de los Andes* de Francisco José de Caldas,

la visualización de la cadena montañosa, comprensión alargada, de la sucesividad y elongación de la cordillera de los Andes a través de toda Sudamérica. Una particularidad geológica de la conexión latinoamericana a través de la cordillera y que para la visualización de estos tres nevados, nos permite conectar y comprender la conexión profunda del cinturón de fuego del Pacífico, de los cuales estas tres montañas son volcanes activos. Las *Perspectivas ideales* de la Comisión Corográfica de la Nueva Granada realizadas a mediados del siglo XIX constituyen los referentes más directos para un mapeo del territorio desde una interpretación recompuesta desde diversos documentos, para la proyección imaginada y en perspectiva del territorio montañoso. Estas perspectivas despliegan el espacio tridimensional y complejo de la topografía andina, que parte de una ramificación de la cordillera, amplía la quebrada morfológica del centro de Colombia, y retrata o imagina la complejidad geográfica de estas regiones. Componen una *Perspectiva ideal para comparar la altura de los principales cerros de la provincia con la de los pueblos que comprenden en su territorio referidas al nivel del mar*, cuyo mapa, por ejemplo aquel de la Sierra nevada del Cocuy, marcaba el límite de las nieves perpetuas a 4.657 msnm., que hoy está sobre el borde de los 5.000 msnm.





Perspectiva ideal del Poleka Kasue. Volcán Nevado Santa Isabel. Natalia Castañeda, en colaboración con editorial Nómada, 2021, Bogotá. Se realizó con el apoyo de la Beca de Publicaciones artísticas independientes de Ideartes, Instituto de Cultura y Turismo de la alcaldía de Bogotá. <https://www.nomada-ediciones.com>

¿Cómo entender y habitar mi cuerpo como extensión de la montaña?

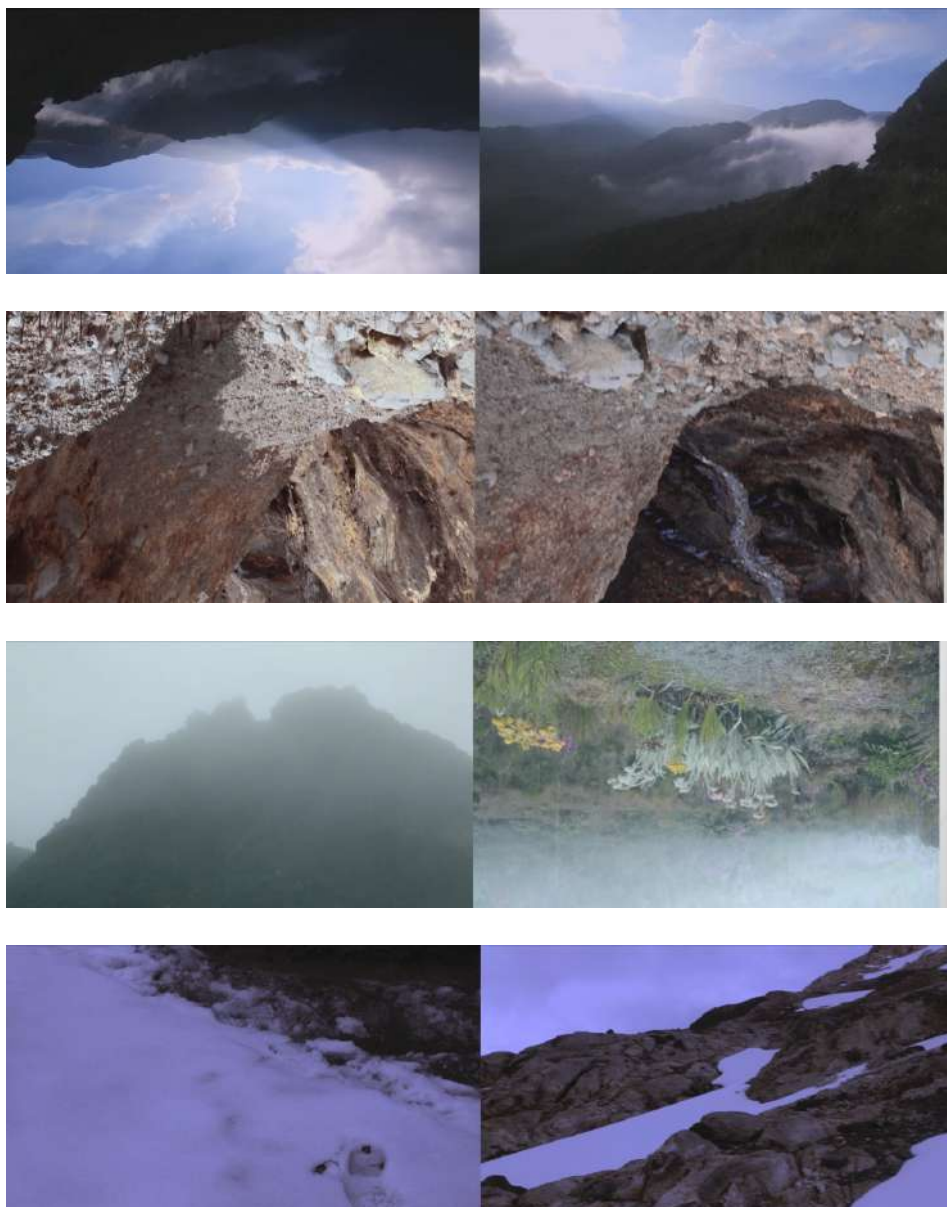
Durante los últimos seis años he documentado mi experiencia en la montaña a través del vídeo, grabando cuanto he podido. Como la simulación en este caso no existe, las imágenes que entrego registran una mirada que por momentos es desenfadada, que sigue el camino de la alta montaña al ritmo de mis pasos y aliento. Una mirada vivencial que se entrega a los detalles, al agua corriendo bajo el glaciar, a los lupinos que adornan los altos jardines o a la herida dejada por el lahar.

En un compromiso con el territorio he propuesto un espacio narrativo para sumergirse en las diferentes atmósferas, desde un ejercicio documental que parte de la experiencia individual hacia un relato de cámara en mano, que camina por la montaña, que le habla, la toca y ofrece un viaje en sí con

la montaña y su luz. En forma de video-ensayo, en *Entre el volcán y la vertiente* entablo una conversación con la montaña para materializar la dimensión instalativa de la proyección, para expandir el video al espacio, para rodear el cuerpo, invertir la imagen y sugerir el vértigo de la alta montaña. A través de la imagen en movimiento, se dilata el espacio temporal de la contemplación, tanto del paisaje externo como del interno, y así se evidencia lo que sucede en medio: la transformación del sujeto y del entorno. Se crea una ficción que parte de lo pictórico y de lo documental para arrojar preguntas sobre problemáticas geográficas y ecológicas.

El video abre la posibilidad de trazar una temporalidad comparada a través del documento, entre el tiempo de la montaña de miles de millones de años y la transitoriedad de mi propio ser. Estas duraciones tan absurdamente diferenciadas se cruzan en la experiencia del viaje en busca de un relato personal donde el cuerpo es pulso y aliento para sostener la mirada y detenerse en el conflicto que supone nuestro avanzar sobre la naturaleza, en contraste con la indiferencia de la montaña frente a nuestro andar. Así el video permite una performatividad donde el cuerpo da ritmo a la ficción. *Entre el volcán y la vertiente* emplaza la montaña como protagonista, como objeto de estudio. El registro periódico da cuenta de unos cambios que son visibles y otros que no lo son. Y es en ese espacio, donde el ejercicio documental, sigue e interroga a la montaña, da la vuelta y vuelve a recorrerla, como buscando pistas de una transformación inevitable.

Enlazo la vida personal con la montaña con una mirada que rota en el territorio e invierte la perspectiva, un dispositivo para experimentar el vértigo de la cumbre, rodar por la vertiente y fugarse en detalles que componen la experiencia. Sentir el territorio como un reflejo y una extensión de mi cuerpo. Una aproximación que apela a un valor espiritual, un ser vivo que rige y regula la vida sobre sus laderas, una fabulación especulativa que rinde homenaje y a la vez cuestiona al ser complejo y activo de la montaña, un Apu, un ser de derechos, regulador de aguas, tan adverso e inasequible como indiferente.



Natalia Castañeda, Stills de video, *Entre el volcán y la vertiente*, 2022.
 Dos canales, video proyección, 42 min.

Cuestiono y a la vez utilizo el artefacto de representación como una herramienta de comunicación con la montaña. Abro un diálogo crítico y a la vez poético, que se rinde a la fascinación por el detalle de los líquenes, los pajo-

nales, las rocas, las cuencas, los perfiles, como capas que cubren la montaña y soportan mi cuerpo. Como posibles receptores de una simbiosis futura, que de igual manera reconoce el territorio como un ser de derechos, e interroga las formas humanas de conversar con esa entidad (ente sistémico) que es la montaña.

¿Cómo asumir el cambio y entregarnos a él? ¿Cómo extender filamentos sensoriales que abonen la empatía en diversas existencias y cooperaciones? ¿Cómo habitar futuras conexiones en un paisaje invertido?

La especulación surge en medio de preguntas por habitar aquel lugar inhóspito, recientemente despojado de la solidez de aguas milenarias. Como la vida de los líquenes que conquistan la roca descubierta por el derretimiento de los glaciares, líquenes que nos datan sus pericias para entender la rapidez del cambio y unirse a esa fabulación en una dinámica de supervivencia. Se busca un parentesco que nutra la comunicación y el intercambio con la naturaleza, donde la ficción nos entrelaza a probables conversaciones que comprendan una concepción ancestral, un cuerpo compartido y un cuidado conjunto. Y también, como los líquenes, un desapego a las aguas congeladas donde el glaciar se agota, la vegetación asciende y las piedras se erosionan. Esta obra puede ser comprendida como una plegaria o un breve recuento de afectos y atmósferas cromáticas, en una fabulación de paisajes y fenómenos cambiantes para tejer una idea a través de imágenes de lo que ha sido esta experiencia vincular.

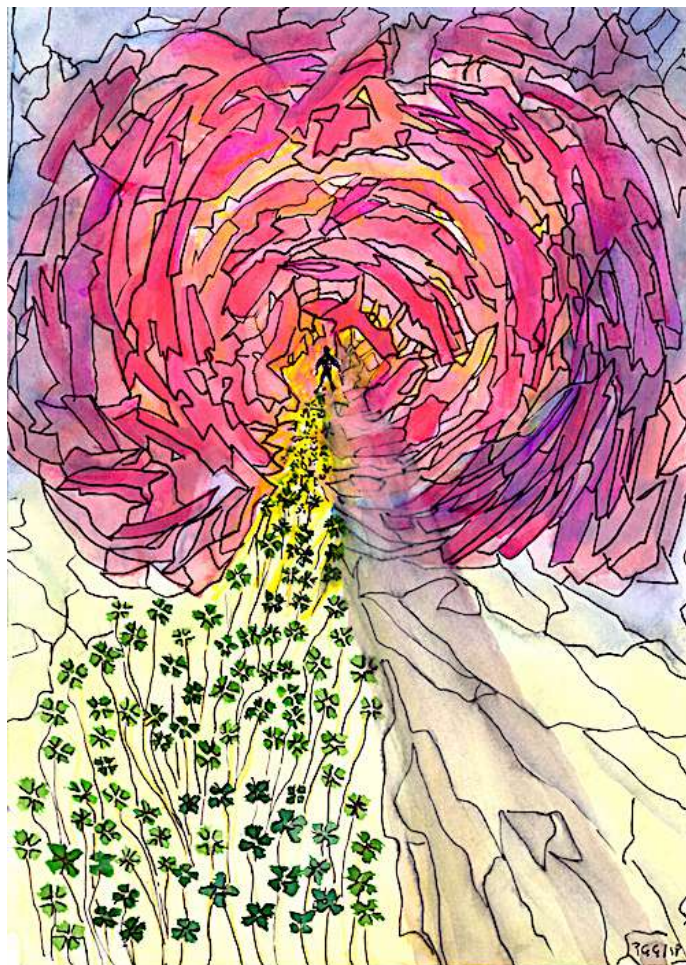


Natalia Castañeda-Arbeláez, Poster de la película: Entre el volcán y la vertiente, 2023

Bibliografía

- Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales IDEAM. 2012. *Glaciares de Colombia, más que montañas con hielo*. Bogotá: IDEAM.
- IDEAM, 2017. *Informe de estado de los Glaciares Colombianos*. Bogotá: IDEAM.

- IDEAM -UNAL. 2018. *Variabilidad Climática y Cambio Climático en Colombia*. Bogotá: IDEAM-Universidad Nacional de Colombia – UNAL.
- IDEAM. 2020. *Informe del estado de los glaciares Colombianos 2019*. Bogotá. IDEAM.



Pilar González-Gómez

Robert Walser: Viaje de invierno

Diego Castillo-Serrano

La historia cuenta que la muerte lo sorprendió en uno de sus paseos habituales por las montañas, en una ladera del Rosenberg, el día de navidad de 1956, cerca del sanatorio de Herisau, cantón de Appenzell, Suiza, donde había sido huésped por más de veinte años. En un paseo suyo, uno de él, porque la muerte también pasea por las montañas, inexpugnable y constante nunca cesa, pero no solo persigue lo que él buscaba con ingenua concupiscencia: el detalle feliz y la vida minúscula y rebosante, la explosión aquiescente y fugaz, la errancia narrativa.

Pero la historia también cuenta que él, Robert Walser, sorprendió a la muerte en uno de sus libros, sin saberse futuro augur. En efecto, la forma de esa muerte —la del poeta Sebastián, el personaje de su novela *Los hermanos Tanner*—, idéntica a la del mismo Walser y anticipada medio siglo, fue como si el destino del escritor, ávido de bellas simetrías, admitiera la tempestiva intromisión del azar y concertase lo que él pignoró en la ignara construcción de su mito. ¿O morir como un personaje suyo fue la anuencia irónica de un dios, su estornudo fortuito, su melancólica risa?

También su muerte tuvo la aviesa inspiración del invierno, con su proceloso teatro y la muda pertinacia de la nieve. Inescrutada en su arribo, unos niños encontraron el cuerpo a la orilla de un campo: una mueca terrible cruzaba su rostro. La muerte yacía



boca arriba, con los ojos abiertos, envuelta en un largo abrigo negro, con botas gruesas y el viejo sombrero a un par de pasos; pero no era la primera vez que la dama se rendía y se descubría ante una discreta majestad. Y, Walser, tal vez dichoso porque ya nadie podría mirarlo, hizo lo contrario: se fugó, tímidamente rauda, como pidiendo permiso, y desde ese instante tan solo nos miraría, sibilino y locuaz, en los vagabundeos liminares de su escritura y sus libros.

Una fosca sonrisa cruzaría su rostro, si ahora él viese la posteridad, el encumbramiento de su obra. Aunque nada sabemos... Con Walser, en quien un despótico imperio de la modestia no era menor que un excelso talento, pero siempre tan presto a encomiar la diversidad del mundo en su caligrafía, a exaltar los seres y objetos de su camino, desbaratando aquella tensión de lo diferenciado, lo estratificado, y nivelando, por ejemplo, la Historia con el detalle “ínfimo”, humorístico, con Walser no sabemos si en aquella eternidad donde pervive se encogería de hombros por los elogios de su posteridad.

Alguien que aun antes de ingresar al sanatorio de Waldau, en 1929, tenía una vida pródiga y activa, pero que siempre aspiró al bajo perfil, a tener la consistencia de un fantasma, así deseara vivir de la literatura, y que fuese más leído —¡oh contradicción!—, ¿pensaría que su novela *Jakob von Gunten* podría leerse como una invitación a la rebeldía o una indulgencia al poder o que se la asociaría con un viejo mito o alegoría?, ¿qué pensaría al ver que *El ayudante* podría ser una convocatoria a la resistencia o una ficción conservadora?

El escritor argentino Juan Rodolfo Wilcock llegó a decir, menos bromista que serio, que sus dos autores preferidos eran Robert Walser y Ronald Firbank, y todos los autores preferidos por ellos, “y todos los autores que éstos, a su vez, preferían”. Máxima ideal para que viajemos, laberinto de los senderos que se bifurcan, sería hermoso y acaso monstruoso que leyéramos de tal modo, como también nos sugería Joseph Campbell. Así tendríamos que tomar el camino de los amores literarios de Walser, en contrapunto de su obra: comenzar por Kleist o Stifter, o por su adorado Stendhal... y tal vez llegar al cínico Diógenes.

No es raro que Wilcock, poeta guasón y ventrílocuo, “maximalista” de la prosa breve como el mismo Walser, tal vez lo descubriese cuando tradujo los *Diarios* de Kafka, donde el checo dice que había una “conexión de Walser con Dickens en el impreciso uso de metáforas abstractas”; y según Max Brod, Kafka amaba leer a Walser en voz alta, “saboreando el giro particular de cada

frase, asegurándose de repetirlo”, y que le producía gran hilaridad, además de hacerlo como si estuviera ante cientos de personas; y cuando Brod da un ejemplo del modo en que Kafka cambia una palabra de su novela *El desaparecido* por la sonoridad, porque también le abría otro mundo semántico, piensa que Walser habría hecho seguramente el mismo cambio, reconociendo la influencia en su amigo. Así, tampoco es raro que Robert Musil viese al primer Kafka de las *Contemplaciones* como una imitación de Walser, y que admirase la fantasía y la riqueza moral de la obra del suizo.

De este modo, la obra de Walser se admiró y se leyó en vida y ciertas figuras lo hicieron con avidez: Elias Canetti, Walter Benjamin y Thomas Mann, entre otras. Y aunque al inicio parecía la obra de un escritor para escritores, nunca ha sido nada difícil, sino muy al contrario: su obra “no requiere una educación literaria”, nos dijo Roberto Calasso, “sino tal vez una educación sentimental, entendida en un sentido muy amplio, y percibir y entender lo que se esconde tras la superficie”. Tras setenta años de su muerte, y ya desde sus últimos años de vida, su obra fue ganando más fervores y se ha traducido y reeditado cada tanto a diversas lenguas.

Este triunfo calmo y cataléptico de Walser es una victoria que parece disimular su descendencia, su prosapia y su perennidad, que no alteran sin embargo la violencia adjetiva: una victoria subversiva. Pero subversiva de convicciones “disueltas” para quien asocia la palabra con un adjetivo adicional a la serie: defensiva. Es decir, una victoria de la preterición.

Porque la prosa de Walser avanzaba como cháchara y arabesco, proliferaba, la siguiente palabra cortaba las amarras de una catástrofe anterior, contra la amenaza del Minotauro imponía a las heridas mortales el matiz de gracia del silencio, la asociación libre del funámbulo. Y los impulsos para escribir venían de cualquier parte, casi nada es lo que parece en sus textos: la visita a una dama se transforma en reseña teatral, la biografía de un personaje zafio en ensayo sobre el estilo literario, la trama de una novela barata se desbarata en fragorosa broma histórica. Si bien casi toda su obra urdida en parpadeos, en visiones fugitivas.

El mito suyo también deriva de aquella escritura en fuga. El erotismo de Walser abre las piernas del mundo, recorre su cuerpo: su prosa anticipa o retarda el conflicto, el giro, la sorpresa, que rebotan como un eco en los bordes del relato; se abre en espiral o calidoscopio, se torna la historia de la historia: o, mejor aún, la historia de la antihistoria; el relato abre una, tres, siete puer-

tas, o interrumpe y nos dice adiós, bufo y melancólico: la pompa de jabón revienta o continúa, flotante.

Lo cierto es que el mito de Walser no es tan oscuro y supersticioso, y de lejos destella algunos rasgos en el perfil de su vida: el cambio en su escritura que pasó de la pluma al lápiz a principios de los años veinte y que derivó en los secretos y magistrales *Microgramas*; su cuestionable esquizofrenia; su amplitud de ideas sobre el amor y su fetichismo; su obsesión con servir, con autodisminuirse y subyugarse al resto del mundo; y el modo en que sorteó sus apuros económicos, además del fracaso literario, pues Walser descubrió muy rápido que la literatura era fracaso y placer antes que nada, al menos para él, y, por supuesto, perplejidad.

La vida de Walser, como su obra, podría haber sido más romántica, pero ninguna de las dos llegó a tal extremo. Todo poseía un tinte ligeramente romántico en su vida, pero no todo se revestía de un interés trágico. Como todo el mundo, desde su infancia tuvo aficciones, no sin venturas ni placeres que llenaron su cotidianidad. La literatura y la compulsión caligráfica, los paseos habituales y los trabajos de ayudante o subordinado, modularon gran parte de sus deseos y su sensibilidad, aun después del “insuceso” de los cuarenta y siete ejemplares que se habían vendido de su primer libro, *Los cuadernos de Fritz Kocher*, al año de publicarse. Con ilustraciones de su hermano Karl, lo escribió en Zurich, en un apartamento poco iluminado que daba al patio trasero de la calle Trittligasse 6, “no muy lejos de donde estuvo Lenin y murió Büchner”, otro santo de su devoción. Lo contrario de este fracaso en su trayecto tal vez fuera *Vida de poeta*, de 1917: en dos años vendió alrededor de once mil ejemplares y al cabo de un mes tenía dieciocho reseñas elogiosas, donde alguien como Hermann Hesse escribió: “si los poetas como Walser se contaran entre los espíritus que gobiernan, no habría guerras. Si tuviera cien mil lectores, el mundo sería mejor. Sea como fuere, el mundo está justificado por haber gente como Walser”.

Poco después, en 1907, Walser entró como secretario de la Secesión de Berlín, a la que pertenecía su hermano pintor Karl, y cuyo director era el marchante Paul Cassirer. Del mismo modo que caminaba quince o veinte millas entre Solothurn y Biel –caminata mediocre a sus ojos–, para tomar té con su hermana Lisa o para ver el progreso del peinado de su hermana Fanny, sabemos que Robert podía pasarse horas de pie, inmóvil y abismado, observando cómo Karl aplicaba colores y pintaba sus cuadros. Desde su juventud

siguió las huellas del carismático y exitoso hermano, tanto en las ideas que discutían como en los sitios adonde Karl se trasladaba. Ciertas mudanzas de Robert son traslados precedentes de Karl, prácticamente sus tres primeros periodos artísticos: el primero a Zurich, el tercero a Biel, aunque en medio estuvo la vida en Berlín y la Secesión, su intelectualidad y bohemia, entre 1905 y 1912. Allí Robert asistió a ciertas exposiciones históricas del modernismo que liberaron el color y la luz, el clima y el movimiento: Renoir, Van Gogh, la gran Käthe Kollwitz, Pissarro, Grönvold, Cezanne; y en otros museos conoció obras de Cranach, Manet, Monet, Tiziano, etc.

De allí provienen las exquisitas prosas de arte que nos dejó dispersas en su obra.

No sabemos si fue aquel contacto, amén del vuelo estilístico al que lo elevaban la persistencia y el arrebató caligráfico, lo que lo salvó en su escritura de los pantanos del realismo como un Dédalo que sostiene a Ícaro para fugarse de Creta. Pero allí confirmó que para hablar de un cuadro de memoria no podía quedarse en la visión pasiva, sino que necesitaba transformarlo y fantasear: amar la naturaleza y hartarse de ella, aunque evitar su peligrosa visión en cierto grado para que no lo anestesiasse, hasta crear una segunda naturaleza.

En esa injerencia del mundo visivo hubo un caricaturista que admiraba, un grabador consanguíneo al humor de su prosa: Honoré Daumier. Walser escribió un poema sobre dibujos suyos y recortó esas imágenes de una revista para ilustrar una carta a Frieda Mermet, entre los cientos que le escribió a ese amor y amistad que duró más de doce años. Este ángel de la guarda, imprescindible para Robert, fue una interlocutora aguda y esencial en sus vaivenes que declinó su propuesta de matrimonio en 1918. Frieda Mermet era “comandante en jefe de la lencería” (Walser) en el hospital psiquiátrico de Bellelay, y la conoció por ser amiga de su hermana Lisa.

Su relación con Frieda tuvo picos y llanuras donde llaman la atención pasajes como este que nos recuerdan su afinidad con el polaco Bruno Schulz y, de nuevo, aquella con Kafka: “si fueras una señora gentil y hermosa, yo sería tu doncella y llevaría un delantal de sirvienta y te serviría, y cuando estuvieras insatisfecha conmigo, cuando provocara tu disgusto de algún modo, me darías un puñetazo en las orejas, ¿no?, y reventaría a reírme de estas dulces bofetadas en la cara. Esa sería una vida más atractiva para mí que la existencia de un escritor, que tampoco es mala”.

Otra mujer a la que Walser le habló de matrimonio fue Rosa Schmid, una profesora de piano bernesa que también declinó la propuesta, pues quería conservar su tiempo y energía para una posible carrera de canto. Sin embargo, desde que Walser entrevió el rostro de su destino literario ya no pensó más que en dar forma poética a la “epopeya de lo minúsculo” y en incorporar cualquier “elemento” que se interpusiera en su objetivo.

Por otro parte, el hábito de Walser de escribir a mano y con pluma, como un adicto a la caligrafía, rayaba en el placer místico de la pintura china. La escritura con pluma y, sobre todo, el método del lápiz, eran análogos a la pincelada de pintores chinos como Shitao. Es como si el vacío antecediera, habitase y atravesara el trazo y la pincelada de Walser y de Shitao; introduce una discontinuidad, una fisura en el espacio tiempo, una reversibilidad y circularidad, y, como un oxímoron, creaba un continuo en lo dicotómico y lo dual, modificaba la oposición. El vacío de Shitao y de Walser estaba en el cuerpo y en la mente, y ambos jugaron a tener otros nombres y pseudónimos –Walser en cartas y Shitao en sus estancias en lugares distintos buscando una identidad en la multiplicidad del mundo–, en su errancia caligráfica, y, digámoslo desde esta otra perspectiva, en su errancia cósmica –y también cómica en el caso del suizo–. El impulso de escribir de Walser y la rapidez para llegar a la versión definitiva había fluido siempre, con sus energías concurrentes, semejante al gesto ideal del pintor o dibujante, sin cambiar una coma, pero esta “facilidad” empezó a mutar poco antes de la primera guerra.

El genio de corregir “en exceso” salió de su lámpara para concederle un deseo por algo a cambio: al comenzar a escribir a lápiz y pasar el borrador de *Vida de poeta* a tinta editó y reelaboró cada frase: revisó ritmo, tiempo y estilo en lugar del contenido, lo que implicó alterar las estrategias narrativas y menos autorreflexividad. Pero también revisó viejas prosas, y en su relato “El paseo” dio compacidad a las frases y redujo el charloteo; y a la sazón su “modelo” pasó a ser más nuestro amigo Dickens que su paisano Gottfried Keller.

Ciertamente hacia 1918, en el periodo de Biel, parece que adoptó de a poco su famoso método del lápiz, porque su cansancio inicial iba de consuno con otros factores. Sintió nostalgia de su época de Zúrich, donde su vida había transcurrido con doble máscara: mitad poeta y mitad empleado, vivía con encanto, lecciones y fuerza, muy estricto y puntual, sustancialmente nada frívolo como hacía creer en sus libros. Y otro factor fue la frecuencia y longura de sus caminatas.

No es extraño que esos tres aspectos de su vida se retrotraigan a esa misma época de Zurich: el trabajo como empleado, ayudante o subalterno; la obsesión caligráfica y visual de la página donde escribe para editarla igualmente en sus libros, pero que inicia en sus cartas; y el saludable y maníaco hábito de caminar.

Walser dijo que aquel tiempo en Zurich y en otros lugares como empleado había sido el tiempo más feliz y hermoso de su vida. Y lo recordaría desde los años veinte en adelante, cuando el abismo de la nada empieza a llamarlo con susurros de paraninfo.

Entonces ahora sí llega el episodio de su internamiento en el primer sanatorio, gracias a su hermana. Cuando pensamos la angustia que hubo de acuciarlo al dormir en soledad –pues rechazó el dormitorio privado y prefirió el comunal– porque las alucinaciones acústicas y visuales –horrisonas manos, asfixiantes ojos voces–, en aquel primer sanatorio de Waldau, persistían y hundían todavía más sus garras, logramos asociarlo extrañamente a sus deliciosas prosas, desde las más tempranas; aunque, paradójicamente, el autor siempre supo filtrar y contener, ladinamente, la luz descompuesta y templada, la colorida refracción de aquel delicado telón entre vida y obra. Ahora pensamos que si Walser hubiera exhalado imágenes pretéritas en aquella oscuridad trémula, quizá habría contemplado el forzoso abandono de la escuela por menester económico a los catorce años para irse como aprendiz de empleado de banco en su Biel natal, mientras albergaba sueños de convertirse en actor; habría recordado la muerte de su padre en 1914, y dos años después la de su hermano Ernst, tras vivir dieciocho años en la misma clínica psiquiátrica de Waldau por “*dementia praecox*”; y también habría visto, hipermétrope, las recientes propuestas de matrimonio a las hermanas Häberlin, en días sucesivos, seguidas por aquel pedido inmediato de que lo apuñalasen hasta la muerte.

Pero a pesar de su melancolía y de esa pulsión de muerte y “locura”, o tal vez por causa de estas, llegó a coronar su obra póstuma con los *Microgramas* cuyos 526 manuscritos van desde el año 1924 hasta 1932, un año antes de que lo obligaran a mudarse al sanatorio de Herisau.

Walser franqueó su Última Thule, perfeccionó el método del lápiz y lo llevó al extremo por el tamaño de la letra, escribiendo al final solo para él. Sabemos que desde muy joven había escrito cartas de todo tipo, incluidas algunas para buscar empleo, donde ya se ejercitaba como un escolar aplica-

do con una caligrafía romana y otros tipos de letra, por puro placer visual y caligráfico. Sabemos que redujo la letra de a poco hasta escribir en una letra gótica microscópica, imposible de leer sin lentes de aumento, y en hojas que no pasaban los 8×17 centímetros, escribiendo varios textos a la vez en los distintos espacios de la hoja. Y los especialistas que los transcribieron especulan que, gracias a la ausencia de tachones y correcciones, Walser escribía y memorizaba antes los textos mentalmente, para luego verterlos al papel con su invisible y prolija caligrafía, cuya belleza y estro nos recuerdan algo de su paisano Paul Klee.

Otro rasgo que nos causa asombro es que usara papeles diversos: facturas, volantes, sobres, postales usadas, hojas de almanaque, etc., pues utilizaba lo que encontrase a mano. Y todo en una escritura secreta, como dueño y soberano de un reino escondido semejante al de los elfos, o como un Gulliver que escribiese a la sazón para una Liliput de nonatos acezantes. Escribía en el anverso y el reverso y aprovechaba al máximo aquel soporte para vagabundear privadamente.

Se dice que dejó de escribir a partir de 1933, por lo que Walser le contó a su mecenas y amigo Carl Seelig, desde el momento en que vivió en Herisau. Pero también se dice que continuó escribiendo. Cierta gente que vivió en su entorno habla de un hombre mayor, casi un fantasma, que compraba papel y lápiz en los alrededores del sanatorio, en lugares como el correo postal o alguna papelería, durante ciertos periodos, antes de su muerte.

Por último, se dice que César Vallejo vaticinó su propia muerte en París en un soneto. También se dice que Shelley prefiguró la suya en *Alastor* —el protagonista de su primer poema relevante, cual arboladura lanzada al cielo de su anatema como un reto a la tempestad—, cuando murió al volver en esquife, desde Pisa a su residencia de Lerici, entre Livorno y el Golfo de La Spezia. Y ya sabemos que el punto final de Walser es parecido. En paseos entre el campo y las ciudades, en paseos con su escritura y su imaginación, sabemos que vivió; en un paseo invernal, llamado por el dedo de un dios o de un fin columbrado en su literatura, sabemos que murió.

Cavilaciones

En la contingencia de las ambiciones
el azar tiene su desempeño

La gloria de los traspiés engalana
la imperfección del vivir ajeno
a los asombros
y el deseo recrudece lo triste
de la espera

Lo sutil en el pensar
desata la preocupación por el retraso
en el tiempo
de las cavilaciones

Carlos-Enrique Ruiz

La memoria es un recuerdo del futuro

Jorge-Alberto Gutiérrez



Mientras narraba la historia de la venta de la casa materna en Aracataca, en la cual estuvo acompañando a su madre para realizar el negocio, García-Márquez a la sazón con 22 años afirmó: ... *La memoria tiene más interés en el futuro que en el pasado.*

La memoria es algo más que recordar, es la posibilidad de crear, planificar, anticipar el futuro. Modelarlo es posible a partir de conocer las experiencias ya vividas para entender la dimensión de su significado, en ellas se soporta el desarrollo de la historia, bien se trate de los márgenes aparentemente inéditos de una vida o del conjunto de una sociedad. Por ello, es lugar común recalcar que quien no la conoce o hace caso omiso consciente o no, está destinado a repetirla. Basta mirar los movimientos ultranacionalistas de la Europa contemporánea o lo que está sucediendo en los Estados Unidos en el disruptivo e iconoclasta gobierno de Donald Trump, para comprender cómo la negación o desconocimiento adrede de su pasado está creando o reviviendo posturas políticas indiscutiblemente fascistas que, atentan impunemente contra cualquier condición democrática, en particular contra los derechos adquiridos, a fuerza de una lucha sin tregua por comunidades humanas que comparten rasgos culturales, históricos y

sociales distintivos, o un mismo color de piel, o aquellos que practican la sexualidad conforme a la libido propia de su naturaleza.

La memoria es una construcción colectiva producto de la tensión que se establece entre el pasado y el futuro, confrontada día a día en el sorprendente e irrepetible presente, es el lugar donde se activan las claves de la evolución, constituyéndose en el espacio que alberga los argumentos de esa incesante búsqueda que llamamos historia porque “... la memoria es lo que resiste al tiempo y a sus poderes de destrucción, y es algo así como la forma que la eternidad puede asumir en ese incesante tránsito”, según palabras de Ernesto Sábato.

La ciudad es resultado de su propia memoria, las nuestras en particular, resultado de siglos y siglos de elaboración cultural, son la edición siempre vigente de unos orígenes que se remontan mucho más allá de cuando los romanos hincaron sus tiendas de campaña en gran parte del territorio europeo, y en la costas de África sobre el mediterráneo para ampliar las fronteras del imperio. El cardo (norte-sur) y el decumano (este-oeste), ejes de esas estructuras transitorias en cuyo encuentro se configuraron más adelante las plazas y los mercados se fueron consolidando como una manera de reconocerse en los espacios urbanos.

La ciudad como producto cultural se elabora cotidianamente, es la expresión de las visiones construidas por los ciudadanos a lo largo del tiempo en los distintos momentos de su historia, de sus aciertos o equivocaciones, de su negligencia o apatía o, del esfuerzo común que da cuenta de la manera como entendieron y decidieron encarar el futuro. Ella construye su propia historia que se ve materializada en edificios, calles, parques, lugares públicos y privados, fiestas, procesiones y de indudable recordación, un testimonio de la memoria colectiva, intangible pero vívida y operante que los antiguos llamaban el *genius loci*, el espíritu del lugar.

Cuarenta mil ciudades en la América Hispana dan testimonio de esa memoria. En los apartes urbanos de las leyes de Indias, diseñados por la corona española para sus territorios de ultramar en el reinado de Felipe II, se tendieron las tramas de un tejido destinado a convertirse en el escenario de relación de los habitantes de un lugar, de un país, de un continente y junto con el lenguaje constituyen la impronta cultural más significativa del nuevo mundo.

Recorrer, alentados por la curiosidad de desentrañar las historias que encierran sus calles y plazas por ciudad de Guatemala, Montevideo, Santiago de Cuba, Santa Fe de Bogotá o cualquiera otra derivada de la adaptación que de las leyes de indias hicieron los colonos antioqueños de mediados del siglo XIX, entre muchas otras del continente americano, puede asombrarnos como si se tratara de una especie de “deja vu”, en cuanto entraña esa sensación de haber vivido una situación similar en el pasado o en el futuro, aunque tan solo sea una fundamentada ilusión de la memoria.

PD: Sesenta años acopiando lo mejor del pensamiento filosófico, el desarrollo de las artes, el devenir de la cultura, son garantía de que la memoria consignada en las páginas de la Revista Aleph, seguirá siendo el punto de referencia al que habrá de dirigirse el futuro para comprender la historia de la cual hemos sido sujetos.



Pilar González-Gómez

Razones del héroe

Clinton Ramírez C.

San Juan de la Ciénaga apareció a estribor, bajo un cielo alto y transparente, recortado contra las verdes montañas de la sierra.



Palacios le acomodó la manta sobre los hombros por segunda o tercera vez. Avanzaban a poco más de dos nudos, paralelos a la costa, sobre aguas profundas y cálidas. Las velas del bergantín producían un sonido cada vez más seco al golpear la brisa fría del océano. Quizá fuese tiempo de regresar al camarote, tras una hora de exposición al sol y a la brisa.

«Es un pueblo de sueños», anotó para sí —la única persona a la que podía abrir su mente, sobre todo bajo los estragos de las fiebres—. «Solo hay perros en sus calles soleadas».

Pero no solo había perros, como notó un paciente José Palacios, al pie de la silla de manos, sino también gallinazos que hurgaban en los basurales.

El pueblo se extendía sobre una llanura calcinada, entre la costa y los ramales montañosos de la sierra. Le costaba aceptar que los valles, ríos y salinas de San Juan de la Ciénaga hubieran sido el hogar de unos indígenas que prefirieron morir en una batalla desigual antes que sumarse a su causa.

«Cabezas duras», puntualizó, a punto de ceder a un ataque de ira. «¿Qué quisieron probar esos coños de madre? ¿Defender a un rey que nunca vieron? Merecieron su exterminio».

Sin embargo, San Juan de la Ciénaga, con su costa irregular y sus viviendas tristes, dispuestas alrededor de la plaza de tierra de la iglesia, permanecía en pie: con o sin razón, al final —o al principio— de un mar de aguas revueltas y espumosas para ofrecer su naturaleza de pueblo de muchas vidas y cruces de caminos. Eso sabían él y Palacios, cauto de palabras, bien puesto en su uniforme.

«Es un pueblo próspero» —le había informado el general Santander al final de una reunión en la que evaluaron el estado de los territorios del litoral recién liberados—. «Tenemos amigos allí».

Había viejos y nuevos amigos, más del bando de Santander, quien supo interceder por hacendados, comerciantes y militares realistas de San Juan de la Ciénaga y Santa Marta que habían perdido la guerra, pero que se las ingeniaron para negociar con las nuevas autoridades. Era el oficio del general: cultivar amistades ricas para su partido personal. Cómo lo hacía tampoco constituía un misterio cuya resolución exigiera consultar las estrellas.

«Ellos son propietarios, pagan impuestos y controlan a sus pueblos».

En París, Londres, Roma, o dondequiera que disfrutara su destierro, seguro vivía al tanto de su abandono del gobierno y del estado de su enfermedad. Quizá preparaba los baúles para regresar al país. Tenía oídos y ojos en todas partes: una fórmula que nunca podía faltar en la vida diaria de un hombre de poder. Ni siquiera en uno como él, que ya sin poder, continuaba teniéndolos en los rincones de un territorio que se desmoronaba con cada levantamiento.

Cerró los ojos y recostó la cabeza. Palacios le ajustó el gorro de lana con el que dormía. La brisa empezaba a irritarle la piel.

—¿Quiere que regresemos al camarote?

Estaba al tanto de las riquezas de los valles de San Juan de la Ciénaga. En sus bosques del sur se alzaban árboles de maderas finas. En sus tierras, próximas a los ríos, podían sembrarse cacao negro y tabaco. Había, además, pastos suficientes para introducir nuevas variedades de ganado. Conocía también el coraje de sus indígenas durante las guerras de independencia del litoral samario. Derrotar a sus ejércitos letales y astutos había sido una prioridad

desde los tiempos del gobierno cartagenero de Manuel Rodríguez Torices, cuyas tropas sufrieron más de una derrota mortal al intentar tomar las costas de San Juan de la Ciénaga, ante los cuchillos, lanzas y flechas de sus bravos indígenas. Planeó, por ello, tomar la aldea por tierra y mar, y por los caños de la Ciénaga Grande, con la orden de guerra a muerte. Celebró con secreta alegría, igualmente, la noticia de su rápida destrucción, pues, roto al fin el bravo escudo de la católica Santa Marta, esta se rendiría —como en efecto sucedió unas horas más tarde—, asegurándose de paso buena parte del control patriota de la costa.

Declinó visitar Santa Marta y San Juan de la Ciénaga. La primera invitación la recibió poco después de concretarse la rendición de la primera. Recuperar Cartagena era entonces su única razón en el mundo, y por ella vivió más de un insomnio, inmune a las tomas de toronjil, el vino tibio y la leche con panela. Volvieron a invitarlo algo más tarde, cuando sus ejércitos aseguraron la toma de Venezuela, sin decirles nunca que no, ni que sí, a sus amigos más leales.

¿Habían combatido borrachos los indígenas de San Juan de la Ciénaga? Nada podía objetarles. Sus hombres, soldados veteranos de batallas extenuantes, bebían incluso durante los combates. Beber, decían, les infundía ánimos. Ebrios o sobrios, los indios de la Ciénaga, hombres y mujeres, habían luchado a muerte, en los pantanos del sur, La Barra, las costas y la plaza del pueblo, sin esconder el rostro ni eludir las bayonetas de un ejército superior en fuerza, en razón de cinco hombres a uno, según informó a Mariano Montilla un ecuanime José María Carreño, en su caligrafía pulcra y directa, más propia de un funcionario de los tribunales que de un militar de oficio.

Vio poco. Una llanura reverberante de cactus, lagunas salinas dispersas y perros escarbando en las basuras, delante de unas pocas viviendas de material con techo pajizo y la iglesia, alta y ligera, a punto de emprender el vuelo hacia un lugar donde la luz solar fuese menos intensa y el salitre no carcomiera sus muros de argamasa.

El capitán bajó del puente para proponerle desembarcar en Santa Cruz de Papare, en el puerto de la hacienda de Joaquín de Mier, su anfitrión. Allí podía estirar las piernas, mirar los trapiches, las destilerías y descansar en el balcón principal de la casa. ¿Le habían hablado de ella? Era una magnífica construcción. El doctor McKnight, en la cubierta del *Grampus*, esperaba señal para pasar al *Manuel*, *desembarcar con él y acompañarlo. Le sentaría bien hacerlo.*

Aún había mucho sol. Estarían antes de las ocho en la bahía de Santa Marta. «Una hora muy apropiada para arribar» —puntualizó—, sin explicar por qué lo era. Escuchó al hombre en silencio, sin sacarle la vista, como cuando escuchaba de Briceño o Silva informes sobre los negocios de la capital. Rehusó la invitación del capitán con un leve movimiento de la mano derecha, donde tenía el pañuelo con el que disimulaba los ataques de tos y el mal aliento.

—Es muy amable, capitán, pero deseo llegar a Santa Marta antes de las seis. Así, una vez usted fondee el bergantín, el doctor McKnight podrá pasar a examinarme una última vez, y yo apreciaré la bahía y las montañas que rodean la ciudad. ¿Está de acuerdo?

Habló con el pañuelo cerca de los labios, temeroso —como advirtió Palacios— de que hasta las narices del capitán llegaran restos de su aliento enloquecido, contra el que nada podían los constantes enjuagues de vinagre y sal que le preparaba.

Afortunadamente, la peste de sus gases, que la noche anterior obligó a Palacios a mantener abierta la puerta del camarote, había cedido luego de varias tomas de bicarbonato prescritas por el doctor McKnight, poco antes de regresar al *Grampus*. Ni siquiera él podía soportarlos después de tres días sin visitar una letrina.

Deseaba —insistió— apreciar la ciudad con suficiente luz en la bahía y en sus cerros. Sacó a relucir, además, la carta de su amor por la naturaleza, aunque sabía, por informes de Mariano Montilla, que arribaría a un sitio hostil, rico en intrigas catedralicias y ajeno a las mil bondades de su paisaje.

Francisco Carmona, el mismo Montilla y hasta el prudente José María Carreño acostumbraban a burlarse del fundador y de la ciudad, tanto en sus informes como en charlas informales en una mesa de juego. Rodrigo de Bastidas se había equivocado al echar sus restos sobre las playas de la futura ciudad y al bautizarla, más cínico que miope. Santa Marta debía llamarse, más bien, Muerte Santa, bromeaban.

Él, sin oponerse nunca —estuviera presente o leyera sus informes matizados—, discrepaba de ellos. Sabía, por dibujos y relatos de ilustres hombres de ciencia, que la ciudad era pequeña y acogedora, situada en una bahía de aguas magníficas y al pie de los últimos ramales de la imponente Sierra Nevada, más allá de la persuasiva inmovilidad de su élite, católica y conservadora. Como sucedía con las élites de Santa Fe, Cartagena, Popayán o

Lima, la de Santa Marta también había perdido la guerra, pero no el poder. Una ciudad, por otra parte, estaba formada por muchos retazos que se las ingeniaban para tolerarse.

—Usted dispone, señor. Mi función es servirlo.

Sonrió. El capitán lo había llamado *señor*. De ninguna manera *su excelencia*, ni mucho menos *general*. Tampoco hizo, al despedirse, la reverencia prolongada de sus oficiales, sino una inclinación de cabeza, propia de compañeros que han servido juntos durante mucho tiempo.

Vio al capitán subir sin prisa al alcázar, donde lo esperaban, en la muralla, dos vigías que, con sendos catalejos, enfocaban en dirección de la corbeta, que se había retrasado media milla. Era un hombre alto, recio, pero de movimientos tranquilos. Usaba la chaqueta abierta, los calzones apenas ajustados y la gorra algo ladeada hacia la izquierda. Había atravesado varias veces el Atlántico, al frente de otras naves, y, sin embargo, hacía cinco años —según le explicó Ibarra a Palacios— que se movía entre los puertos de Riohacha, Santa Marta y Portobelo, al servicio de Joaquín de Mier.

El Grampus, la nave de guerra americana, cumplía la misión de escoltar al Manuel entre los puertos de Sabanilla y Santa Marta. Había sido un viaje muy lento durante la mañana y la tarde del día anterior, cuando dejaron atrás la desembocadura del Magdalena y enrutaron en dirección noreste a lo largo de la costa. Además de examinarlo en el camarote del bergantín, poco antes de partir de Sabanilla, el médico de la fragata había pasado de la cubierta del *Grampus* a la del *Manuel* dos veces. La última, en la mañana del primero, a cuatro millas de la costa de San José de Pueblo Viejo. Habían permanecido fondeados dos horas, que aprovechó para ayudarlo a expectorar y aplicarle compresas con agua fresca en la frente, el cuello y las axilas.

En un español neutro, más amable que correcto, le había insistido —delante de Palacios y de sus oficiales— sobre la conveniencia de que fuese instalado en San Pedro Alejandrino, al día siguiente del desembarco, en una habitación amplia y bien iluminada. Le había prometido, asimismo, volverlo a examinar al fondear en la bahía.

A las nueve, luego de despedirse del capitán del *Manuel*, había pasado a la cubierta del *Grampus*, acompañado de los mismos dos marinos altos y rubios que le ayudaron a cruzar el puente de tablas, retirado apenas cruzó el último de ellos.

—Gracias, capitán.

Decidió observar las montañas de la Sierra Nevada. Eso era mejor que someter a su gente y a la tripulación a un desembarco penoso para solo mirar, desde el balcón de la casona, a los esclavos de la plantación moverse en los trapiches y la destilería.

Eran una sucesión de colinas más imponentes que las descritas en los relatos ásperos del general Francisco Carmona o en los líricos del senador Juan Munive Mozo, uno de los pocos samarios afectos a su causa, por la que había sufrido persecuciones y prisión en las mazmorras del castillo de Bocachica. Aguzó la vista.

Buscó, más en la imaginación que en la realidad a la vista, los picos nevados. Era fama que el barón Humboldt los había medido de pie en una canoa de pescadores en la bahía de Taganga, hacía ya treinta años. Solo divisó capas de azules, menos densas cuanto más se alejaban los cerros, tras los lagos de nubes donde vivían los espíritus superiores. ¿Existirían? ¿Serían tan sabios como para curarles los males de la conciencia?

Sus hombres, durante los altos de la travesía de los Andes, habían hablado —algunos con verdadero entusiasmo— de los espíritus que vivían en todas las cumbres nevadas, pero él jamás había pensado en ellos. Pensaba solo en los espíritus de la tierra que debía combatir a sangre y fuego.

San Juan de la Ciénaga quedó atrás, con sus calles de tierra calcinada, casas de paredes tristes y perros gallinazos, a la vuelta de los ríos Córdoba y Toribio, cuyas aguas —que imaginó frías e infestadas de caimanes— penetraban furiosas varios cientos de metros en el mar; el bergantín, sin embargo, las sorteó casi sin tocarlas, entre el estrépito de la vela del trinquete.

Tenía apenas varios cientos de habitantes —en su mayoría foráneos—, pero seguía siendo un pueblo difícil. Al menos eso indicaban los informes de Mariano Montilla, comandante de los Ejércitos del Litoral, alimentados con datos de la vida cotidiana suministrados por el impulsivo Francisco Carmona y el calculador Gerónimo Carbone, propietarios, como otros oficiales más, de haciendas y casas en una región que habían limpiado de realistas, indígenas o no, mulatos o blancos.

Allí él, pese a sus dignidades, podía perder una fortuna al tresillo, ser blanco de malos chistes y hasta víctima de una cogida de culo al salir de una taberna. Eso, al menos, había comentado el general Hermógenes Maza

durante una noche de cuartel en Bogotá, cuando alguien de la tropa, para certificar la ferocidad de la batalla de Ciénaga, exhibió, ante sus compañeros de juegos y tragos, cicatrices producto de varios lanzazos indígenas.

«Usted hubiera visto, su excelencia. No vi nunca mayor valentía ni locura. El infierno corría en sus ojos».

Sonrió con el último brillo de una alegría extinguida. Nada podía hacer para modificar el pasado más reciente de un país adicto a la sangre, mucha de la cual había corrido por cuenta de sus sueños de libertador y señor de un continente que se ignoraba a sí mismo. Ni siquiera podía alterar el suyo. En ese pasado, adondequiera que sus hechos fuesen a parar, Maza y sus hombres seguirían enfrascados en una partida de cartas y recordarían, a la luz de lámparas y mechones, sus hazañas de guerra.

El presente tampoco pintaba mejor, ni para sus hombres, ni para él, aunque todavía quería suponer que podía controlarlo. Volvió a pensar, otra vez, en los picos nevados, ocultos tras alguna cadena de montañas del macizo, en lugar de seguir traficando con las devaluadas monedas de una confrontación rica en actos de sevicia, hijos legítimos y bastardos de sus decretos de terror.

Aclaró la garganta. La brisa le erizaba el cuerpo. Le pidió un nuevo pañuelo a Palacios, que aprovechó la solicitud para ajustarle la manta hasta unos hombros tan magros que podían sentirse los huesos. Estaba muy enfermo y demasiado viejo —lo sabía bien— para aventurarse en alguno de los garitos o prostíbulos de San Juan de la Ciénaga. Nadie, ebrio o no, valiente o gracioso, lo ofendería:

—A mí nadie me coge el culo. Ni vivo ni muerto —masculló, tan fuerte que José Palacios se le acercó aturdido—. Yo mando en mi cuerpo, carajo.

Eso hubiera querido decirles a Carmona, Carreño y Maza: coroneles audaces y letales instrumentos, una década atrás, de sus decretos de guerra a muerte contra los realistas, a los que traspasaron a bayoneta limpia sin reparar en edad ni sexo, en una batalla que él habría preferido no planear con un cuidado tan extremo.

Tal vez visitara Ciénaga en los sueños de la muerte, alcanzó a pensar, casi en voz alta, sin disimular el dejo de un humor tan perdido como sus luchas. Sería, además, una visita inútil. ¿A quién le sirve que un muerto pasee por su ciudad si nadie puede verlo ni hablarle? Quizá a otro majadero como él.

—¿Necesita algo? —insistió Palacios—. ¿Quiere que bajemos al camarote? La fiebre empieza a subir otra vez.

Solo necesitaba morir de una vez y para siempre, pensó, pero prefirió tragarse la amargura y la bilis de las palabras, siempre inoportunas. Había que cuidar las formas, incluso a las puertas de la muerte.

—Nada, José —contestó, con una voz cavernosa, desprovista de los acentos de su habla—. Estoy bien, chico.

Se ajustó la corta ruana boyacense que traía debajo de la manta y apretó las piernas, como acostumbraba a hacerlo cuando cabalgaba, aunque ya no habría más caballos para él. Quiso volverse para tener una última visión de aquellas costas despobladas, indomables y valientes, que de tantos sueños los habían privado a él y a su estado mayor; pero, bien acomodado en la silla de manos, de espaldas al océano y con la mirada fija en las estribaciones de la sierra, renunció a llevar consigo la imagen final de un pueblo al que, diez años atrás, en el pico de su genio militar, planeó exterminar sin temblor en la mirada.

Nunca pisaría el pueblo de la Ciénaga ni escucharía misa en su iglesia de paredes mordidas por el salitre. Como nadie, tampoco conocería las razones verdaderas por las que movilizó a medio mundo a luchar por unas ideas abstractas a las que otros habían dado las formas de sus intereses.

Quiso levantar la mano con que apretaba el pañuelo para hacerle un saludo, flojo y tardío, pero esa misma mano, con la que firmó decretos de vida y de muerte, se negó a cumplir su voluntad.

Conocía todo sobre el amor, la guerra, la política, el juego del tresillo y las artes de salón como para que cualquiera le viniera con pendejadas de última hora. Ya era también un veterano de la muerte, pensó con violencia. Al diablo las mujeres elegantes, los militares, tahúres y judíos a los que había vendido el alma. Tanta joda para nada. Las guerras solo le habían regalado una tisis crónica y un callo en el culo.

—Llévenme al camarote —le ordenó a Palacios, próximos ya a las costas de Gaira, con un tono de voz de otros tiempos—. Vamos. Debo arreglarme. Llama a Briceño y a Silva. Limpia mis botas, prepárame un enjuague con vino. ¿Cepillaste la guerrera? Aún estoy vivo, coño. Todavía yo mandó en mí.

Tosió durante el resto de la travesía. Tenía fiebre y la bilis revuelta al arribar a Santa Marta. MacKnight subió una última vez al *Manuel*.

Escribió, sin prisa y con letra de trazos elegantes, unas instrucciones básicas para el médico francés que lo trataría durante su permanencia en la ciudad. Explicó que su responsabilidad terminaba allí. Ordenó prepararlo para el desembarco y, ya en la cubierta, se despidió de él antes de que cuatro marinos lo bajaran, en la silla de brazos, al bote en que sería conducido hasta la playa. Quiso agradecerle al médico sus esmeros, cruzar un par de palabras en inglés, pero no las encontró en ninguna parte de su memoria. Tampoco las halló en francés: una lengua más afín, más de su gusto galante. Apenas pudo levantar la mano derecha en señal de despedida.

Estaba muy mareado y, aunque hizo el esfuerzo, tampoco pudo contemplar la luna de diciembre recortada sobre los cerros que encerraban la ciudad en una herradura frente a las aguas de la bahía, apenas iluminadas por el faro de la fortaleza del Morro.

—Ha sido un buen viaje —escuchó decir al capitán a un joven alto, de patillas blancas, que se presentó como el doctor Próspero Réverénd, su médico. Este dijo algo más, pero él ya no pudo escucharlo, encogido en la silla de brazos, incapaz de soportar las estampidas de la brisa, sus bramidos entre los árboles, demasiado intensa y helada para sus huesos.

Casi perdió la conciencia durante el traslado del puerto hasta la antigua casa de la Aduana. Era un caserón encalado de dos plantas y largos balcones, en el que De Mier le había acondicionado una habitación para él y Palacios por petición expresa de Mariano Montilla. La encontró cálida, demasiado grande y olorosa a maderas recién pintadas. La voz de un sirviente los invitó a subir.

En San Pedro Alejandrino, adonde fue conducido en una berlina, cinco días después, solo recordaría, en medio de sus delirios, las palabras francas de Mariano Montilla, entre los saludos y zalamerías del recibimiento en la playa:

—Bienvenido al paraíso, mi general.

Había sido, en realidad, lo contrario. Sus pulmones no expulsaron los males de su cuerpo ni los de una patria despedazada, como confiaban sus hombres, dispuestos a llevarlo de vuelta al poder, así tuvieran que meter al país en una guerra a muerte aún más atroz que la decretada contra los realistas. Una flema persistente, en cambio, le impidió incluso respirar el aire frío y seco que, por las tardes, mecía con ligereza las ramas de las ceibas de la hacienda, tan altas y frondosas que parecían sostener el cielo mismo.

Nada más, coño, podían esperar de él, salvo su cadáver: un desecho de humores del que tendría cuidado de testar a favor de los gallinazos y los perros de la brava costa de San Juan de la Ciénaga. Eso les debía.



Pilar González-Gómez

¡Ah, de médicos poetas!

Antonio-María Flórez

¿No es también la escritura una forma de escucha,
de atención minuciosa a los murmullos imperceptibles de las cosas,
a su respiración, a sus latidos?

La creación del sentido. Basilio Sánchez

En *De güelfos y gibelinos*, un interesante artículo del médico extremeño Basilio Sánchez publicado en *La creación del sentido* (Pretextos, 2015), este planteaba la eterna disyuntiva que significa ser a la vez médico y escritor (y particularmente poeta). Mucha gente no entiende, no concibe, que un galeno, científico por antonomasia, pueda dedicarse a la literatura porque esto puede significar que su actividad creadora vaya en detrimento de su capacidad analítica y curativa. Todo lo contrario, desde muy joven he entendido que ambas actividades pueden ser perfectamente compatibles y hasta complementarias. Un médico sin hálito espiritual, sin humanidad, creo que pierde en buena medida la esencia de su ser como profesional porque a su conocimiento científico siempre debe agregar lo intuitivo, lo mágico, la sensibilidad intrínseca que le permite un mejor acercamiento al paciente, a sus circunstancias vitales y emocionales, entender su dolor y ayudarlo en la curación o a que asuma con entereza el proceso natural de una enfermedad crónica o incurable que lleva ineluctablemente a la muerte.



Desde muy joven sentí una clara inclinación por la medicina, quizás influido por mi padre que desde bien niño me llevaba con él a su consultorio donde yo campaba a mis anchas entre sus libros de patología y enfermedades tropicales, y jugaba con ejércitos de soldaditos de cristal de cuerpo rechoncho y testa de caucho que no eran otra cosa más que las ampollas de penicilina ya usadas por él para tratar infecciones venéreas, de la piel o la garganta. Pero allí mismo, en su biblioteca, también empecé a tener contacto con la literatura porque, una vez aprendido a leer y devoradas un montón de fábulas de Esopo, Samaniego y Pombo y novelitas del corte de *Papaíto piernas largas* que me traía de sus viajes a La Dorada o Manizales; mi padre me empezó a dar a leer los famosos libros rojos de papel biblia que allí guardaba de Conan Doyle, William Irish, Agatha Christie de la editorial Aguilar; y el mismo Quijote, que no entendía casi por estar escrito en un lenguaje tan culto que me obligaba a acudir al diccionario cada dos líneas, pero cuyas ilustraciones de Doré me fascinaban. Ya mi madre intuía que ambas inclinaciones terminarían convirtiéndose en mis vocaciones, así la gente pensase que tendría que elegir entre una cosa y otra porque las dos juntas eran incompatibles. ¡Menudo dilema para el adolescente que acabando su bachillerato tendría que decidir si seguía por letras o ciencias! O lo uno o lo otro, pero las dos cosas a la vez no. Finalmente opté por estudiar medicina porque ello me permitiría ejercer la profesión de médico y, por los lados, escribir; actividad aquella que no podría desarrollar si estudiaba letras, condición que me impediría ejercer de galeno legalmente. Y así hice. Leer mis mamotretos técnicos en la carrera, empaparme de conocimiento científico y adquirir las habilidades necesarias para mi ejercicio profesional posterior; y, paralelamente, devorar también novelas, ensayos y poemarios, y “cometer” algunos versos y cuenticos de vez en cuando. Pero eso a mucha gente le parecía exótico y no era del todo bien visto porque no se podía ser competente en ambas tareas, según el pensamiento de muchos de ellos. ¡O médico o escritor! Y si para colmo no me vestía ni como lo uno ni como lo otro, mayor confusión todavía.

Y me gradué con digna suficiencia y empecé a ejercer con bastante dedicación y entrega cívica en tierras de conflicto en el Magdalena Medio, en Marquetalia y en la Cuba neirana, mientras que paralelamente escribía y me iba ganando por ahí algún que otro premio literario, lo que me hizo granjearme no pocas enemistades gratuitas en la ciudad donde vivía entonces, Manizales, la capital cafetera, cuna de una generación de intelectuales y políticos de renombre en el país y ya obsoleta para nosotros los más jóvenes,

los caducos grecoquimbayas. Algunos de aquéllos, lo recuerdo bien porque me lo contó un amigo tomando café en La Suiza de Manizales una mañana de enero en plenas Ferias, se burlaban de mí diciendo que mis colegas afirmaban por ahí “que como médico yo era muy buen poeta”, y que los vates aseguraban “que como poeta yo era muy buen médico”. ¡Juemadres! Me hicieron recordar aquel famoso dicho del escritor palentino Francisco Vighi, el amigo de Valle-Inclán y asiduo del café Pombo de Madrid, “*Poeta me dicen los ingenieros, ingeniero me dicen los poetas*”. Pero esto, en lugar de amilanarme, lo que hizo fue fortalecerme más en mi convicción de querer ser las dos cosas a la vez, lo más solvente posible en ambos cometidos, lo que significaba mucha más dedicación y entrega a las dos tareas, no por soberbia, sino porque con sinceridad sentía que debía y podía dedicarme a ser médico y escritor a la vez.

Entiendo que para ser médico tienes que tener, aparte de una vocación o inclinación por este campo, una voluntad de estudio y una cierta capacidad analítica, dotes para recopilar toda la información posible y sintetizarla, para llevarte esto a hacer un diagnóstico y a partir de ello prescribir un tratamiento o unas recomendaciones a la luz de lo hallado, en aras de la mejoría del paciente o su cura. Pero si todo esto no lo adobas de una cierta intuición, de una necesaria sensibilidad, difícilmente tu labor podrá obtener los objetivos deseables en el desempeño de tu labor profesional. De la misma manera, para ser escritor, tienes que tener, aparte del talento innato y la inclinación necesaria, voluntad de estudio y muchas lecturas, capacidad de análisis, síntesis y expresión; y desde ahí, prescribir (escribir), tachar y pulir para lograr la obra deseada; pero si ella no está ungida de sensibilidad, no tiene hálito poético o está impregnada de espiritualidad, difícilmente podrá cumplir la misión para la que fue creada.

Octavio Escobar Giraldo, también médico y escritor, autor de la novela *Saide* (1995), y los poemarios *Historias clínicas* (2016) y *Manual de hipcondría* (2022), en su muy interesante libro publicado por la Universidad de Caldas, *Chéjov mentía. Diez médicos escritores* (2022), se pronuncia expresamente sobre el tema, concordando con mi enfoque, afirmando: “No recuerdo presentación pública en la que no me hayan preguntado por qué un médico se dedica también a la literatura y no creo exagerar al decir que es un tema al que siempre recurren los periodistas que me entrevistan por primera vez. A través de los años he dado respuestas diferentes: son dos áreas humanísticas, son maneras complementarias de escuchar el corazón de los seres humanos; la

literatura diagnóstica a la sociedad, la medicina al individuo; son dos formas de conocerse conociendo a otros”. Dualidad sobre la que también se expresa el médico e intelectual caldense Orlando Mejía Rivera, autor de *Historia cultural de la medicina* I, II, III y IV (2022, 2023, 2024, 2025) y del poemario *Reflejos de luna (haikus)* (2019) comentando los avatares que pasó Dante en su natal Florencia para conciliar públicamente su doble condición de escritor y médico interesado en la política, tal como lo describe en *Dante Alighieri y la medicina* (Punto de Vista Editores, 2019), al verse involucrado en las disputas de güelfos y gibelinos por el poder imperial en Germania en el que se vio involucrado el papado y la Toscana medieval.

Tres razones justifican esa inclinación mía por la medicina: el deseo de saber y entender los mecanismos de funcionamiento del ser humano, mis inquietudes e incertezas con relación a la muerte y mi voluntad de ayudar a aquellos que sufren dolor y marginación social. Curiosamente, motivaciones muy parecidas a las que me inclinaron por la lectura y la escritura, a las que aquí agrego mi obsesión por comprender el universo, la búsqueda de la belleza y el deseo de desarrollar una conciencia ética y humanística que espolee transformaciones positivas en la humanidad. Vuelvo al escritor cacereño y premio Loewe en 2018 por *He heredado un nogal sobre la tumba de los reyes*, Basilio Sánchez en el libro ya citado: “quizá mi relación diaria con el dolor y la enfermedad estén en la raíz de una poesía que para mí ha sido siempre un lugar de acogida y de resistencia”, agregando que “esa función social indirecta que tiene el arte, esa misión honrada y fructífera de hacer verdaderamente fuerte a los hombres,- como decía Juan Ramón Jiménez-, ha podido moldear de alguna forma, mi relación con los enfermos”.

El escritor vasco Fernando Aramburu, autor de *Patria* (2016) y *Sinfonía corporal* (2023), con el que coincidí en la esencia de su visión de lo que es y debe ser la poesía, en una entrevista para El Mundo en 2018, expresó su creencia de que “la poesía es una experiencia y no un objeto estático. Ni siquiera la considero condicionada por la preexistencia forzosa de un texto. La poesía necesita tanto de un suscitador como de una sensibilidad activadora.... Ningún ser humano, letrado o no, se resigna de la mañana a la noche a lo feo, lo sucio, lo ruidoso, lo innoble. Esas y otras instancias negativas tienen su reverso en el valor poético, que es justamente la experiencia personal de la belleza, la armonía, la profundidad de pensamiento, la justicia. Da igual si uno lo expresa mediante unas décimas excelsas o con una simple exclamación sentimental”.

En el libro ya mencionado de Octavio Escobar, *Chéjov mentía*, éste dedica un capítulo entero a mi libro *Desplazados del paraíso* (Premio Nacional de Poesía “Ciudad de Bogotá”, 2003) donde aborda el libro desde una óptica que relaciona lo médico con el sentido ético de lo poético y el compromiso social; aproximación que expresa de esta manera (p. 109-110) : “*Desplazados del paraíso* es un poemario de imágenes y ritmos, a veces ironía, a veces descripción y encriptamiento. Muestra con claridad que estamos ante un escritor que conoce muy bien su oficio y lo ejerce sin apuntar a lecturas fáciles o estrofas recitables, un poeta que no cesa de preguntarse, como lo han hecho casi todos sus predecesores, de uno y otro lado, por los misterios de la condición humana. Quiero creer que al final de la segunda parte, “La huida” hay un poema que, para retomar los objetivos de este libro, es la expresión de las ganas de sanar, del deseo de prodigar, si fuera posible, una receta. En un libro que es, como fácilmente se deduce, resultado de una Colombia sufrida intensamente en sus múltiples y dolorosas contradicciones y violencias, testimonio de unos desarraigos personales que son también semblanza de los colectivos, surge este poema que es ruego y ensalmo, fórmula y oración:

Poema 14

Alguien tendrá que detener esto.
Alguien, no sé quién,
debería abrir alguna puerta de su morada,
-su corazón incluso-
y generoso decir, a pesar de sus heridas:
-Entra, esta es mi casa,
bebe de mi agua
y reposa para siempre de la huida.

Así sea”.

Héte aquí pues, volviendo al poeta extremeño Basilio Sánchez, en su más reciente libro *El buen lugar* (Pretextos, 2025): “Una poesía que asume una

conciencia humanista de la existencia, que intenta situar al individuo en armonía con su entorno y que, al margen de honores y beneficios, no ambiciona otra cosa que la obra bien hecha, de algún modo cuestiona la forma de vida que tenemos y subvierte muchos de los valores de nuestras sociedades actuales”. Miguel Torga, también médico y escritor portugués, tenía la idea de que la medicina favorecía y preservaba el espíritu de aceptación y comprensión de sus semejantes: “El médico, como tal médico, no puede cerrar las puertas de su alma ni apagar la luz del entendimiento. Todos los seres humanos recurren a él a todas horas: el que sufre, el que finge, el que tiene miedo, el que desvaría...la pluma que escribe y la que prescribe cohabitan armoniosamente en la misma mano...”. Por tanto, no es absurdo pensar y afirmar que en el galeno habita un escritor y en el poeta un médico, doble condición que lo enaltece y lo hace más humano desde lo mágico de la ciencia y el humanismo de su conciencia.

Bibliografía

Aramburu, Fernando. *Necesidad de poesía*. El Mundo, 4 de noviembre de 2018.

Escobar Giraldo, Octavio. *Chéjov mentía. Diez médicos escritores*. Universidad de Caldas. Manizales, 2022.

Flórez Rodríguez, Antonio María. *Desplazados del paraíso*. Secretaría de Cultura de Bogotá. Bogotá, 2003.

Mejía Rivera, Orlando. *Dante Aligheri y la medicina*. Punto de vista editores. Madrid, 2019.

Sánchez, Basilio. *La creación del sentido*. Pretextos. Valencia, 2015.

Sánchez, Basilio. *El buen lugar*. Pretextos. Valencia, 2025.

Adiós a cuanto amamos*

Fernando Sánchez-Torres

Ante la evidencia de que para mí el día del adiós a todo cuanto amamos está cerca, creo que debería comenzar a desprenderme de todo lo que amo. A lo largo de la vida he ido acumulando cosas y afectos humanos. Llegado al final y hecho un inventario de mi patrimonio, me doy cuenta de que entre lo que he amasado hay algunos tesoros valiosos. Sí, conservo viejos amigos y un número creciente de caros afectos —mis familiares más cercanos—, que constituyen un capital del cual no puedo prescindir, y a quienes no quisiera decir adiós jamás. A ellos corresponde ir acostumbrándose a vivir sin mí.



Entre los bienes materiales, escasos, adquieren la condición de tesoros los muchos libros y las exiguas obras de arte que poseo; los considero el más valioso caudal a mi haber. Comencé a amasarlo desde mi edad temprana. No tuve la costumbre de hacerme con cosas ostentosas, que además de costosas no suelen ser indispensables. A estas alturas de mi vida no poseo novedosos aparatos, es decir, no estoy al día. Por ejemplo, mi teléfono celular es de museo, pues es un Nokia clásico. Solo sirve para recibir y enviar llamadas. Me da pena usarlo en público. Mis familiares dicen que lo que yo uso es un “petrófono”, que no tiene nada que

* Ref.: El Tiempo, Bogotá (29 de abril de 2026)



Autorretrato - Fernando Sánchez-Torres

ver con el presidente Petro, sino con Pedro Pícapiedra. Deliberadamente me he privado de cargar uno de alta gama, no obstante guardar un par de ellos que me han obsequiado. Así evito contagiarme de la fotomanía (adicción a retratarlo todo, incluyéndose uno mismo, es decir, la selfmanía), o de estar pendiente de cuanto chisme circula.

Desde niño fui ‘libroadicto’, y lo sigo siendo. Llegué a acumular buena cantidad de volúmenes que, ya de salida, he comenzado a donar. He abierto mi biblioteca para que familiares y amigos pasen a ser propietarios de la que he considerado mi verdadera fortuna, física y espiritual. Sus orígenes me conmueven: como no disponía de dinero para saciar mi sed de lectura, cuando salía del colegio rumbo a casa solía entrar a una librería de viejo, grande, situada a la diagonal del Palacio Presidencial, cuyo propietario era un señor Jaramillo, paisa y fumador empedernido, quien me permitía traspasar el mostrador y revisar cualquier libro de la inmensa cantidad que reposaba en los anaqueles.

Por supuesto que para mí era un goce y un sufrimiento a la vez sostener entre mis manos joyas literarias que apenas podía hojear sin poderlas adquirir, pues mi pobreza era cuasifranciscana. Me hechizaba ver alineadas colecciones enteras, impecablemente empastadas en cuero natural, de lomos con tejuelos rojos o verdes y con títulos y viñetas dorados.

De pronto, un día el señor Jaramillo se apartó de la tertulia que, rociada con aguardiente, acostumbraba a convocar y presidir tras el mostrador, y se acercó para preguntarme cuál libro me interesaba. Yo le respondí que todos, pero que no podía adquirir ninguno por no tener dinero. “Escoge uno —me dijo— y me lo pagás después. Te doy un precio especial”. Al lunes siguiente le llevé los centavos que mi padre solía darme los domingos para los gastos de la semana.

Comprobada la calidad de cliente cumplidor, el generoso librero me facilitó adquirir al fiado obras famosas —de segunda mano, claro está— que para mí son reliquias que acostumbro a releer. Particularmente aprecio unas bellas ediciones de la *Divina Comedia*, de *La Iliada* y *La Odisea*, las *Memorias* de Benvenuto Cellini, publicadas por Garnier Hermanos, en París, y la *Guía de*

pecadores, de Fray Luis de Granada, de la misma editorial. Platón decía que la felicidad es la posesión de las cosas buenas. Siendo así, el señor Jaramillo me hizo feliz.

Cuando uno se hace viejo, gusta más releer que leer. Con frecuencia me parece que algunas obras las estoy leyendo por primera vez. Entonces viene a mi memoria la reflexión de Schopenhauer: “Exigir que se acuerde uno de todo lo que ha leído es como exigir que se lleve consigo todo lo que se ha comido”.



Pilar González-Gómez

A la tristeza

Lou Andreas-Salomé

(Trad. del inglés: Lia Master)

¿Quién puede escapar cuando está en tus garras,
cuando tus ojos oscuros se enfrentan a uno?
No deseo huir cuando me apresas,
nunca creeré que solo destruyes.
Sé que debes atravesar la vida de todos
y nada terrenal permanece sin ser tocado por ti,
¡aunque la vida sin ti sería hermosa!
Y, sin embargo, vale la pena experimentarte.
De hecho, no eres fantasma de una noche;
vienes a recordarle al espíritu su fuerza;
es la batalla la que engrandece a los más grandes
en caminos escarpados hacia la meta.
Por eso, y la felicidad y la alegría,
dame solo una cosa: el dolor que presta la verdadera grandeza.
Así que ven y luchemos pecho contra pecho;
ven, aunque signifique la vida o la muerte.

Ven y sumérgete en el interior más profundo del corazón
y hurga por las profundidades de la vida.
Llévate la ilusión y la alegría del sueño;
llévate aquello que no vale los desvelos sin límite de uno.
Tú no eres el vencedor final de la humanidad.
Aunque exponamos nuestro pecho a tus golpes
y aunque colapsemos en la muerte,
tú eres el pedestal de la grandeza de nuestra alma.

(Título original en alemán: *An den Schmerz*)

Ref.: Lou Salomé. *Nietzsche*. Trad. del alemán al inglés: Siegfried Mandel. University of Illinois Press, 2001

Oración a la vida

Lou Andreas-Salomé
(Trad. del inglés: Lia Master)

Tan verdaderamente como un amigo ama a un amigo,
te amo a ti, vida llena de enigmas.
Tanto cuando me he regocijado o cuando he llorado contigo,
o cuando me has dado dolor o placer,
aún así, con toda tu dicha y tu daño, te amo.
Y si debes destruirme,
Con dolor me retiro de tus brazos,
como un amigo se desgarrar del pecho de un amigo.

Te abrazo con toda mi fuerza.
¡Deja que tu llama encienda mi espíritu!
Déjame encontrar en el fulgor de la batalla
la respuesta al enigma de tu esencia,
y déjame meditar y vivir miles de años.
Arroja todo lo que tengas a la batalla.
Si no queda más alegría,
pues bien, dame tu angustia.

(Fragmento del poema *Lebengebet*)

Ref.: Lou Salomé. *Nietzsche*. Trad. del alemán al inglés: Siegfried Mandel. University of Illinois Press, 2001



Pilar González-Gómez

Pintura homenaje al Jardín Aleph

La historia de resiliencia de muchas maestras

-Ni mal de vereda, ni mal de pobreza-

María Cristina Marín-Valdés



Hace algunos días recibí un reconocimiento importante y profundamente significativo por los procesos educativos que desarrollo en mi institución y por mi trayectoria docente, la mención de honor Angela Restrepo. Este galardón se suma a más de diez distinciones obtenidas a lo largo de mi carrera. Para algunos podrá ser fruto de la suerte; para otros, el resultado de procesos educativos sólidos, extensas jornadas de trabajo, liderazgo y sentido de pertenencia, entre muchas otras cualidades.

En mi caso, considero que es la conjunción de todos esos factores, junto con otros que no siempre son visibles. Solo quien ejerce la docencia sabe que detrás de cada logro hay sacrificios, horas de arduo trabajo, procesos de resiliencia, renunciando a momentos personales igualmente significativos, aciertos y, también, múltiples desaciertos.

En esta ocasión quiero compartir mi historia: una historia de logros, retos y errores, marcada por una fuerte carga emocional, pero, sobre todo, atravesada por procesos de resiliencia que anteceden incluso a mi ejercicio profesional y que, de alguna manera, han permeado mi labor en el aula. Al analizarla en retrospectiva, comprendo mejor muchas de las situaciones que he vivido y el sentido profundo de mi andar por el mundo de la educación.

Para comenzar, debo decir que soy hija de una docente. Es allí donde encuentro mi primer y mayor referente de resiliencia: mi madre. Su historia me lleva a viajar a la década de los setenta, época en la que, desde mi perspectiva, se forja la esencia de la verdadera maestra y del más auténtico espíritu de superación. Mi madre era una joven mujer, la tercera de cuatro hermanos huérfanos de padre desde muy temprana edad. Vivían con su madre y sus abuelos, en medio de profundas carencias económicas. Aun así, gracias a un enorme esfuerzo familiar, a su buen desempeño académico y a algunas ayudas esporádicas de familiares, logró avanzar en sus estudios de bachillerato, siendo la única de sus hermanos que alcanzó a cursar hasta quinto de bachillerato (hoy grado décimo).

Fue en Semana Santa del año 1970 cuando se presentó para ella una oportunidad decisiva para cambiar su historia y la de nuestra familia. El párroco del municipio, presbítero Gerardo Montoya, la esperó a la salida de una misa y le hizo un ofrecimiento inesperado: irse como maestra a fundar una pequeña escuela sostenida por los padres de familia, ubicada en una vereda lejana, a más de cinco horas a caballo. Solo había un terreno para construir la escuela, un grupo de niños que necesitaba iniciar sus estudios de primaria y padres dispuestos a pagar una maestra y brindarle hospedaje mientras se levantaba la edificación. Tras reflexionarlo profundamente, decidió aceptar. Era la posibilidad de cumplir su sueño de ser maestra, hasta entonces inalcanzable por su situación económica, y, al mismo tiempo, la oportunidad de convertirse en el sustento de su hogar, conformado por sus abuelos, su madre y sus hermanos. Con determinación, se trasladó a la vereda La Manguita para iniciar ese camino.

Con el paso de los años, mi madre no solo fundó la escuela La Manguita, sino también la escuela Las Ánimas. Posteriormente, tras superar exámenes de desempeño, fue vinculada oficialmente por el Estado como docente de planta y se propuso como meta culminar sus estudios en la Normal (así se conoce al instituto donde estudian para formarse como docentes) para ascender en el escalafón docente.

Sin embargo, como suele ocurrir, la vida le presentó nuevos giros. En Las Ánimas llegó lo que en mi territorio se conoce, de forma coloquial y jocosa, como “el mal de vereda”: cuando una maestra se enamora de alguien del lugar donde trabaja. En su caso, se enamoró de un militar destacado en la zona, un cabo del Ejército asignado al municipio de Amalfi. Aquel hombre, un

costeño, cuidadoso de su presentación, elocuente, detallista y carismático, en pocas palabras, un verdadero Romeo, se convirtió con el tiempo en su esposo y en el padre de sus hijos. Yo, su primogénita, nací un Viernes Santo, mientras se pronunciaba el sermón de las Siete Palabras. Así se consolidó otro de sus sueños: formar su propia familia.

Sin entrar en detalles que no me corresponden, cuando yo tenía cerca de dos años, mi madre enfrentó una de sus pruebas más difíciles: la solicitud de mi padre de que renunciara a su labor docente para asumir plenamente su rol de esposa y madre, acompañándolo a Girardot, cerca de la base militar de Tolemaida. Aunque fue una decisión dolorosa, renunció a su trabajo, a su vocación y a ser el sustento económico de su familia, priorizando lo que en ese momento se entendía como su deber.

Años después, en 1979, tomó quizá la decisión más valiente de su vida: separarse y regresar a su pueblo natal, Amalfi, con una niña de cuatro años, otro hijo en camino, un reloj de pulso, un televisor de tubos (que por cierto llegó dañado), con las manos vacías, desempleada y con sus sueños rotos y frustrados. Sin embargo, tuvo la determinación suficiente, para dejarme a cargo de mi abuela y mis tías y salir a la ciudad de Medellín a buscar empleo, con escasos pesos o centavos, embarazada, con problemas de salud y emocionales, allí tocó puertas buscando la oportunidad de trabajo, aunque fuera haciendo aseo, de auxiliar de almacén o ayudante de cafeterías. Pasó múltiples necesidades tratando de hacer rendir el poco dinero que tenía y utilizarlo solo en lo estrictamente necesario mientras recorría las calles de la ciudad en búsqueda de una posibilidad de salir adelante.

Tocó innumerables puertas hasta que el destino volvió a cruzarla con quien consideró su ángel guardián, el señor Leonel Roldán, quien por recomendación del párroco de la época, la había ayudado a vincularse por primera vez al magisterio, ahora, después de echarle la cantaleta como decimos en términos antioqueños, él volvió a interceder para que pudiera ella regresar a la docencia, aun estando embarazada, haciendo el mayor acto de caridad. Gracias a su intermediación, mi madre logró reincorporarse a la docencia. Poco a poco retomó su profesión, volvió a estudiar y se consolidó nuevamente como el sustento económico de su familia. Ejerció la docencia durante 32 años, hasta que, por voluntad propia y al cumplir su edad de jubilación, decidió retirarse.

Mi propia historia también se fue tejiendo bajo esa herencia, mis primeros años los pasé al lado de mi madre y de mi padre, siendo la base militar de

Tolemaida uno de los sitios frecuentes de mi cotidianidad, allí, no recuerdo por qué, era recurrente que mi madre y yo asistiéramos, un lugar rodeado de militares, de órdenes, de poca sensibilidad y de rigor, acontecimientos que creo que de alguna manera marcaron mi carácter fuerte y de disciplina, pues siempre considero el respeto hacia la norma como algo esencial, y esto lo transmito en mi aula de clase, situación que me ha traído halagos, pero también grandes retractores.

Durante mi infancia, en ocasiones asistía a la escuela donde mi madre era docente, en una vereda llamada Boquerón, una comunidad de personas maravillosas y de las cuales guardo los mejores recuerdos, allí, mi madre trabajaba en calendario B y yo estudiaba en calendario A. Era común que los docentes llevaran a sus hijos a su espacio de trabajo, y en mi caso, no fue la excepción, allí compartía con los niños de la escuela, recibía algunos obsequios por parte de los estudiantes que querían halagar a la hija de la profesora (frutas), quizás para ellos era algo común obsequiar productos de su tierra, para mí, fue de las cosas más significativas, que aún conservo como hermoso de mi niñez. En casa, jugaba a ser maestra con mi hermano y mis primos, aunque con una rigurosidad tal que mi madre solía advertirme que no tenía paciencia para ser profesora.

Contrario a sus presagios, inicié mi carrera docente a finales de 1998, tras superar el concurso correspondiente, ocupando los primeros puestos. Fui nombrada en el bachillerato nocturno de mi propio municipio y en la institución donde cursé mis estudios secundarios. Aquella etapa fue profundamente gratificante: impartía matemáticas, física y química a estudiantes adultos, muchos mayores que yo, personas comprometidas, detallistas, respetuosas, la gran mayoría trabajaba en el día y por eso era tan importante su espacio de estudio en la noche, tenían muy claro a que iban al colegio y eran conscientes del valor de su proceso educativo.

Años más tarde, por disposiciones del Ministerio de Educación, se suprimieron los cargos docentes en la jornada nocturna y fui trasladada a la jornada diurna. Allí comenzó uno de los periodos más complejos de mi vida profesional. Al principio no fue fácil empezar a trabajar con adolescentes, pero después fue espantoso, la personalidad habitual de ellos, sumado a mi carácter rígido y a metodologías poco flexibles, generó un choque constante con estudiantes, padres de familia y directivos, situación que por poco me lleva a renunciar a mi rol de docente. Los altos índices de reprobación, re-

pitencia y deserción se hicieron habituales. En retrospectiva, reconozco que mi ego me impedía aceptar que estaba fallando en los procesos pedagógicos.

Durante años, mi sola presencia en el aula imponía silencio, pero no necesariamente aprendizaje, las dificultades de aprendizaje de mis estudiantes eran notorias, algunos aprendían con facilidad, a otros les costaba muchísimo superar la nota básica, lo que, si era claro, es que había un profundo respeto hacía mí, lo que hoy considero, que más que respeto, era temor, creo que mis estudiantes me veían más como a un estricto militar que como a su profesora. Poco a poco se empezó a generalizar el comentario que, si les correspondía clase con Cristina, ya perdieron y cuando ingresaba al aula de clase, aun sin pronunciar una palabra, mi sola presencia traía consigo un profundo silencio.

Pasaron varios años en esa tensa situación, sin embargo, por azar, y atendiendo a una de las prácticas de mis estudios de postgrado y después de un día de una fuerte discusión con padres y directivos, y una noche de reflexión, decidí por primera vez incorporar una estrategia pedagógica de gamificación en el aula, la cual consistió en hacer una serie de adaptaciones a juegos tradicionales y vincularlos al aprendizaje de los números enteros, allí se generó un gran cambio; por primera vez, en varios años, vi a mis estudiantes disfrutar una clase de matemáticas, hacían con facilidad cuentas, se divertían, hasta en los descansos mientras disfrutaban sus comestibles, hablaban del tema; pero lo más grande y realmente significativo, sucedió cuando ellos se acercaban a mí a preguntarme, a hablar del tema, a contarme cosas de su cotidianidad, y sin darme cuenta, los vi reír a mi lado, bromear y sentí como el respeto o temor que muchas veces vi en sus miradas y sentí en sus voces, estaba desapareciendo. Así, poco a poco me di cuenta de una gran verdad, que quizás a muchos docentes nos suceda y por orgullo no admitamos, me di cuenta de que, la raíz del verdadero problema de aprendizaje era yo, eran mis métodos de enseñanza, mi fuerte carácter y mi ego elevado que entorpecía los procesos.

A partir de allí, incorporé progresivamente nuevas estrategias pedagógicas en matemáticas y geometría. Los resultados fueron mejorando: disminuyó la pérdida del área, la repitencia y la deserción escolar. En 2014, estas transformaciones se reflejaron en mis primeros grandes reconocimientos docentes, entre ellos una mención de honor de la Fundación Compartir y el premio Antioquia la Más Educada, por primera vez para mi institución y municipio.

Este reconocimiento trajo consigo, lógicamente una motivación, pero sobre todo un fuerte compromiso a continuar trabajando, a dar lo mejor, y así

fue, se convirtió en una bola de nieve que día a día me lleva a querer implementar algo nuevo, a propiciar mejores espacios de aprendizaje, a capacitarme constantemente para estar a la vanguardia de los cambios educativos, a transformar significativamente los espacios de aprendizaje. Mis estrategias de enseñanza han revolucionado la forma de enseñar matemáticas, la han convertido en el área de mejor desempeño en pruebas externas, mis estudiantes obtienen altos desempeños a nivel municipal, superan exámenes de admisión de importantes universidades y obtienen grandes logros, siendo las matemáticas, su base principal. A nivel profesional he obtenido muchos reconocimientos y oportunidades de llevar mis estrategias a otros espacios y que sean replicadas en otras instituciones, lo cual es una hermosa forma de dejar huella y trascender en la historia.

Este proceso también se ha fortalecido a través de la investigación escolar. Actualmente lidero dos grupos: uno enfocado en el uso de simulaciones PhET en la enseñanza de la geometría analítica, con importantes logros a nivel departamental, y otro, profundamente significativo para mí, denominado *Infinito Rosa*, conformado exclusivamente por mujeres, cuyo objetivo es estudiar problemáticas matemáticas relacionadas con la equidad de género y contribuir a la reducción de brechas educativas.

Después de 26 años de ejercicio docente, he comprendido que la docencia no es solo una profesión, sino una vocación. No concibo mi vida sin el acto de enseñar, dentro o fuera del aula. A mis colegas docentes quisiera dejarles un mensaje claro: la pasión es indispensable; sin ella, la docencia pierde sentido. Reconocer los errores, corregirlos y asumir el compromiso ético de formar es parte esencial de nuestra labor. Podemos frenar o impulsar vidas. Que siempre nos quede la tranquilidad de haber dado lo mejor, porque, al final, las huellas que dejamos en nuestros estudiantes también hacen parte de nuestra propia historia.

Angustia en una experiencia docente

Jairo Ruiz-Mejía



Al salir, ofuscado, me recuesto en el muro del pasillo a mirar los techos de las casas vecinas, de espaldas al bullicio. Los saludos amables y rutinarios, los repele mi perplejidad y se pierden en medio de la algarabía. Cuando el silencio retorna busco las escalas rumbo al primer piso. Una hora de descanso para recobrar la calma.

Al llegar a la antesala de la puerta principal, a mis espaldas, siento un rumor extraño. Inmóvil, espero atento. La soledad del pasillo acentúa el runrún. Regreso en dirección al sonido. Paralizado como una estatua escucho la voz de tenor del profe de educación física, el tilín tilín del carro de la basura, veo el rayo de luz que se filtra por entre la rendija de la puerta que da al patio y se acomoda plácidamente en la pared; pero el ruido desconocido se sobrepone y estimula el pensamiento.

Son ocho años recorriendo los pasillos, repartiendo sonrisas y regaños, abrazos y desplantes. Pienso que la vida se nutre y se desgasta en este barullo escolar con la fogosidad de la incertidumbre. Incertidumbre que me acosa en este instante de duda. Como un imán el ruido del fondo atrae mis pasos. Y mi temeridad.

El silencio se corta con el estallido de un cristal. Una cargada breve y forzada sella el estruendo. El cimbronazo continúa

con choques de tubos metálicos y quiebres de madera. A cada golpe lo sucede un griterío: este es por la perra de Sonia; este por el cabrón de Lucho; este por la moscamuerta de Yarledy, ... Jajajajaja...

Las gafas al bolsillo, la mirada al resquicio de la puerta, los oídos al final del pasillo. A diez palmos de la puerta afino mi condición de docente. Con la mano derecha agarro la manija metálica y empujo despacio la puerta apartándola del marco. Tres gladiadores se batan con cincuenta pupitres escolares. Invisible para los diablillos, cierro bruscamente los ojos a cada sacudida violenta. El gozo supremo lo alcanzan cuando el mueble escolar se parte a la mitad y rompe al del lado. Con una mano agarran el espaldar y con la otra el sentadero, lo alzan por encima de sus cabezas, corren como locos y lo lanzan sobre los demás. La celebración es unánime y el griterío unísono.

Empujo un poco más la puerta metálica y al tiempo que identifico a los granujas mi pierna derecha temblequea sin control, una pequeñísima gota se desliza desde la frente por el borde de la nariz y se introduce, salada, a la boca abierta; las manitos sudorosas se elevan despacio hasta la calva y escarban en busca de una explicación.

Reconozco a dos de los tres atletas: Escobar de séptimo y Aguirre de octavo. La pila de sillas escolares esconde a quien apenas deja ver un par de zapatos naranja. Me llega el recuerdo del primer día de clases de aquel año cuando Aguirre, en primera fila, huesos a flor de piel y un olor a loción de pachulí, se mostraba atento y confiable. La imagen del niño aplicado, asertivo y sobre todo oloroso, contrasta con el Aguirre de hoy: corpulento y maloliente serpentea con éxito por los intrínquilis de las normas de convivencia y por entre las turbulentas lágrimas derramadas en amores fugaces derrochados en voluptuosas aventuras. Moreno, uñas largas, dientes intimidantes, boquisucio impenitente y una nariz de gancho que lo delata a leguas.

A Escobar, todos lo recordamos por la paliza que le dio a Salguero de once, defendiendo a su hermana Pilar. De huesos largos y de ideas cortas. Manilargo compulsivo y obstinado peleador.

Al entrar, el silencio apura la sorpresa. Aguirre, con la agilidad y la delicadeza del pícaro agraciado, gira el cuello y acomoda la silla en el piso con la elegancia de un avezado mesero de hotel cinco estrellas. Escobar se confunde y mira aterrado a su compañero y luego, de frente, observa mi diminuta figura al tiempo que descarga su silla en el piso y se sienta en ella como un gentil

cortesano. El de las zapatillas naranja quiebra el vidrio de la ventana que va a la calle y abandona el salón sin ser identificado.

La garganta se cierra y el consabido grito apenas sale unos segundos después:

- ☐ ¿Por qué tiran las sillas?
- ☐ Yo no he tirado nada. Responde Aguirre con firmeza.
- ☐ Yo lo vi.
- ☐ Mentiroso, las estamos acomodando.

Yo, de manos pequeñas, piernas cortas y ducho para la fuga, hábil en eludir las peleas y esconder el rabo, me paro firme bloqueando la salida de los agresores. Tres almas en pena encerrados en un salón, alterados y aterrados por el desgaste de la cordura. Intuitivos, maliciosos y acechantes, al verme, olieron mi cobardía. Olieron el miedo que rodeaba mi estúpida mirada.

Despacio, como si nada, los dos mocosos se fueron acercando a la puerta listos para la carrera por el pasillo. Antes que llegara Aguirre, mi manito derecha agarra con fuerza impensada su cuello y lo alza medio metro del piso; lo miro, desde abajo, y confronto sus negros ojos. El terror del joven, sorprendido por mi inesperada actuación, le hace abrir los brazos como crucificado.

- ☐ Profe, suélteme. Yo no hice nada, profe.

Lo bajo a los dos segundos sin dirigirle una sola palabra. Ya en el piso y con mis manos huérfanas de vigor, lívido como el pánico, miro a Aguirre y él, como si nada, sale despacio del salón sin mirarme. Se ajusta su uniforme a una elegancia simulada y entra a clase como si llegase del baño. A Escobar lo embistió la cobardía y, más veloz que mi mirada, apenas dejó el aleteo de la fuga.

Al contarle la historia a la coordinadora de disciplina, apenado y desconociéndome en esos avatares violentos, me dice:

- ☐ Arregle usted ese asunto mijito, pídale perdón.

Angustiado, salgo del colegio en busca de un café en la tienda de don Luis, al lado del parqueadero. A la tercera taza la señora compra el diario y sale mirándome con una sonrisa respetuosamente correspondida. La duda me la aclara el dueño: es doña Herminia, la mamá de Sebastián Aguirre, el pelado del colegio. Por si las dudas salgo al andén y confirmo el color de los zapatos: un naranja familiar.

“Diarios de viajes por el Amazonas 1967-1980”

-Reseña de libro de Camilo Domínguez Ossa Bogotá, 2024, 220 páginas- Editor: @bio.site/ferdominguez

Fernando Cubides C.



Un investigador que es buen conocedor de la gran región amazónica, que la ha recorrido en varios sentidos a lo largo de sus trabajos de campo, nos ofrece aquí una síntesis retrospectiva de sus experiencias, que se basa en ese registro sensorial, inmediato, que va consignando en sus diarios de campo. Además de la autenticidad que eso conlleva, el tiempo transcurrido, hace lo suyo y lleva al lector a sopesar, decantar, poner en un contexto más amplio, otorgándoles una significación adicional a las impresiones iniciales que aquí se registran. La descripción que hace es precisa, de modo, que, quiera que no, el lector de hoy se hará el interrogante acerca de cómo estarán aquellos paisajes que el viajero de entonces nos va describiendo. Y tiene el autor la fortuna de contar con un modelo clásico al cual se refiere en una de las páginas iniciales: Humboldt y sus diarios de viaje a las regiones equinocciales. A los modelos hay que saber escogerlos, y el de Domínguez Ossa, supo escogerlo y es lo que podríamos llamar hoy un clásico absoluto. Un clásico al cual lectores de varias latitudes, y de varias generaciones, sigue leyendo y disfrutando. Además del caudal de impresiones de sus experiencias sobre el terreno Domínguez Ossa tiene en su haber estancias en sedes de núcleos de especialistas como Belén del Pará, amén de formación doctoral

y participación en eventos de alto vuelo en los que ha podido alternar de modo sistemático con los principales especialistas de la cuestión amazónica de otros países.

Una ventaja adicional de éste texto, es que al ser editado por el propio autor, no cuenta con las restricciones, ni las adaptaciones al mercado que otras editoriales suelen requerir; es, pues, un texto libre en el mejor de los sentidos. Tal vez por ello, se cuida de delimitar, ya en el propio título, el período en el que fueron recogidas aquellas impresiones, una tendencia a circunscribir, a delimitar, una postura analítica que le brindará muchos dividendos al resultado. Para comenzar y dada la magnitud de la superficie a abarcar, los intereses de los países con acceso a la cuenca, diversos y en varias ocasiones contrapuestos, junto con la visión que desde otras latitudes se posee sobre la gran región amazónica, Idola Fori, la postura analítica implica en este caso distinguir, y contrastar, los distintos criterios con los que se ha optado por una definición unívoca, para así eludirla mejor. En un texto suyo anterior, y al cuál se remite en éste, Domínguez Ossa ha enunciado al menos tres acepciones posibles cuando se trata de definir a la Amazonia. Clara e incisiva enunciación que aquí se acoge, que elude la tentación unívoca y que en adelante habrá que tener en cuenta siempre a la hora de abordar la cuestión.

Algo análogo podría afirmarse respecto de ocupación del territorio amazónico, de los distintos frentes y del tipo humano que lo protagoniza; Domínguez Ossa se aparta de la montaña de literatura, testimonial o no, que se ha venido produciendo. Y que exalta o idealiza la acción de los distintos tipos de colonos. Sin pretender que nos deshagamos de aquellos personajes (podemos estar tranquilos los admiradores de José Eustasio Rivera y quienes tendamos a identificarnos con Arturo Cova) el texto nos va llevando a dimensiones más prosaicas y más genuinas que las de los personajes de ficción o de un cierto subgénero de literatura periodística que en algún momento quiso tomar a la región como escenario y tiende a exaltar a niveles épicos la acción colonizadora. Los relatos compilados como historia oral, la literatura testimonial, parece haber dado ya todo de sí y la prueba es que se la lee cada vez menos. Vayamos pues a la “prosa del mundo”. Dada su diversidad, una definición unívoca del colono no es posible; ni su idealización ni su exaltación acrítica nos aporta mucho. Y los móviles de la acción colonizadora suelen ser muy variados, por lo que las generalizaciones al respecto tienden a ser mal fundadas. Como observadores o analistas somos

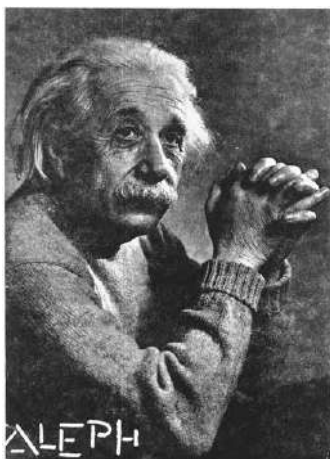
conscientes que la distancia respecto de los grandes epicentros urbanos, o la tentación por el exotismo pudo haberla justificado, eso sí. Y tal vez para comenzar, está bien postular que así sea. Pero para avanzar, vamos a necesitar definiciones más precisas. Y bien fundadas en sus experiencias prácticas sobre el terreno, su recorrido, combinando todas las vías, la mayor parte acuáticas, pero también aéreas y terrestres, las observaciones que aquí se contienen conforman entonces un caudal de impresiones, contrastado además con las de los investigadores de otras latitudes; así pues, las recomendaciones que se ofrecen en las páginas finales de éste libro equivalen a todo un programa de investigación con miras, ahora sí, al largo plazo, estratégicas en el sentido pleno del término y bien a sabiendas, como ironizaba Keynes, que a largo plazo todos nosotros estaremos muertos.

Haber conocido y alternado *in situ* con varios de esos personajes, haber compartido su cotidianidad a la vez que haber alternado con algunos de quienes han pretendido poner los términos del problema amazónico en un plano universal se palpa aquí y allá a lo largo del texto. Y el lector, cualquiera que sea el nivel de conocimiento del que parta, logra hacerse a una visión panorámica de la gran región, y logra ubicarse en la Amazonía colombiana y adquiere un sentido de sus proporciones.

Mención aparte merece el conjunto de ilustraciones que acompañan al texto; mientras que la mayoría de las editoriales fruncen el ceño cuando el autor quiere incluir ilustraciones, cartográficas o no, pensando en la relación costo-beneficio, al ser editado a sus expensas, las que aquí se contienen en número y calidad contribuyen de modo decisivo a la asimilación del contenido; un mapa como el de la región amazónica de Brasil (p.63) ilustra a la perfección el peso específico de la gran región en el conjunto de su territorio y gracias a él entendemos de un golpe de vista la lógica expansiva con la que se ha configurado el Brasil como potencia territorial. Una vez más habrá que abonarle al autor su generosidad “didáctica”. Al adentrarnos en el texto, vamos asimilando nociones de geología, y edafología, con la descripción de los suelos, así como aprendemos el nombre técnico en el sistema de Linneo, de las principales especies animales y vegetales con las que nos tropezamos. Cada espécimen aparece identificado con su nombre propio (¡también mosquitos y zancudos ¡) Un lector especialista bien podría darse por satisfecho sin que el lector común, el principiante, deje de disfrutar el recorrido.

En las etapas iniciales de la formación de sociólogos en nuestro medio se privilegiaba la sensibilidad empírica, las obras de Fals Borda el fundador son la muestra, y hay huellas de esa etapa en Domínguez Ossa, la disciplina que requiere el diario de campo es el ejemplo. Y junto a ese rasgo, la tensión por poner lo que se describe en un plano universal, el rigor analítico son a su vez la muestra de la interacción y el intercambio constante con especialistas de otras latitudes, principalmente brasileños, pues, otra definición, ha sido Brasil el país con más intereses en la cuenca, y el que mejor ha sabido cuidarlos. Y ese período de la formación brasileña del autor, y los efectos de dicha interacción se puede detectar, aquí y allá, aunque no se lo refiera de manera explícita. Por referencia, por contraste, aparecen nítidas las pautas de expansión de Brasil en el territorio amazónico.

Como se ha sabido, en el Brasil el término “geopolítica” nunca ha sido una mala palabra, nunca ha estado bajo sospecha y tanto en las etapas dictatoriales como en democracia, el peso específico del estamento militar en la delimitación de sus fronteras, como en los usos del territorio ha sido una constante. Valga la pena aquí evocar la obra de otro sociólogo colombiano, Fernando Uricoechea, editada y publicada en portugués y en inglés aunque no en español, ya en 1978, tesis doctoral que versa sobre la cuestión: *O Minotauro Imperial- A burocratizacao do Estado Patrimonial Brasileiro no seculo XIX* Difel, Río de Janeiro. Para el siglo XIX, allí es nítido el asunto. Y, reitero, a éste texto de Domínguez Ossa, háyaselo propuesto o no, y así sea por contraste, también llegan ecos de esa gran cuestión. Y en el caso del texto al que nos referimos, sin que haya sido su propósito dilucidarlo, el valor de la región en su conjunto para el equilibrio de los ecosistemas se hace perceptible, evidente, cualquiera que haya sido el interés con el que el lector se acerque al texto y cualquiera que sea el nivel de conocimiento del cual parta. Editado por el autor a sus expensas, por su valor didáctico y sus proyecciones bien valdría la pena que una editorial académica, universitaria, lo retomara y acometiera una edición y una difusión más amplia de un texto tan valioso.



Notas

Edgar Morin (1921-2026; Escrito por Álvaro Lobo-Urquijo): París amaneció hoy un poco más silenciosa. A los 104 años ha fallecido Edgar Morin, una de las figuras intelectuales más influyentes del último siglo y una de las voces que con mayor lucidez intentó comprender las contradicciones, las incertidumbres y las esperanzas de la condición humana.

Con su muerte desaparece algo más que un filósofo. Se extingue un testigo excepcional de la historia contemporánea. Morin vivió las tragedias y los sueños del siglo XX: la ocupación nazi de Francia, la Resistencia, las guerras ideológicas, el ascenso de la sociedad tecnológica y las grandes transformaciones culturales de la modernidad. Durante más de un siglo observó el mundo sin dejar de interrogarlo.

Su nombre quedó unido para siempre a la idea del «pensamiento complejo», una invitación a desconfiar de las explicaciones simplistas y a reconocer

que la realidad humana está tejida por múltiples relaciones, contradicciones y matices. En tiempos de certezas estridentes, Morin defendió la duda; en tiempos de fragmentación, defendió la interdependencia; en tiempos de fanatismos, defendió el diálogo.

Autor de obras fundamentales como *El Método*, *Introducción al pensamiento complejo* y *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, dejó una huella profunda en universidades, escuelas y centros de investigación de todo el mundo, especialmente en América Latina, donde sus ideas encontraron una recepción entusiasta entre educadores, científicos sociales y pensadores.

La noticia de su muerte ha provocado expresiones de pesar en distintos países. Muchos recuerdan no solo al intelectual brillante, sino también al hombre que nunca renunció a la esperanza. Incluso en la vejez insistía en que la humanidad debía aprender a vivir con

la incertidumbre sin abandonar la solidaridad.

Hay algo profundamente simbólico en la partida de Edgar Morin. Con él se va uno de los últimos pensadores cuya vida abarcó prácticamente toda la historia del siglo XX y una parte significativa del XXI. Fue contemporáneo de guerras mundiales, revoluciones, crisis económicas, avances científicos extraordinarios y transformaciones tecnológicas inimaginables.

Quedan sus libros, sus entrevistas y una obra inmensa dedicada a recordarnos que el mundo es siempre más complejo de lo que creemos. Queda también una lección de humildad intelectual: comprender no es simplificar, sino aceptar la riqueza y la dificultad de lo real.

Hoy la cultura universal pierde a uno de sus grandes maestros. Y quienes alguna vez encontraron en sus páginas una brújula para orientarse en medio del desorden del mundo sienten que se ha apagado una de esas raras luces cuya claridad parecía destinada a acompañarnos para siempre. (París, 30.V.2026)

La veterana y gloriosa Aleph (Gustavo Páez-Escobar). Conozco la revista *Aleph* casi desde su inicio. Poco a poco fui llegando a sus páginas, y después la leía con regularidad. Fue fundada en Manizales por un grupo de estudiantes de la Universidad Nacional liderados por Carlos Enrique Ruiz,

quien más tarde se quedó al frente de la empresa. Corría el año 1966. Es la revista cultural independiente más antigua del país.

Ha tenido momentos difíciles, y siempre ha salido adelante. A los 20 años, estuvo a punto de clausurarla. “Esperaré unas semanas más –dijo–, a ver qué rumbos toma esta crisis. En mi intimidad deseo que sobreviva, ¿pero podrá vivir del aire?”. Superado el apuro, el fundador abrumado tomó un nuevo aliento y continuó el camino.

La subsistencia de una revista constituye una labor colosal. La mayoría de ellas desaparece en corto tiempo. De apuro en apuro y de sacrificio en sacrificio, *Aleph* corona la cumbre de los 60 años, hecho encomiable –e insólito– que resuena en el país culto como ejemplo relevante. En este empeño lo han acompañado su esposa Livia González, mezzosoprano y gestora cultural, y un dinámico consejo editorial. Todos son merecedores de un cálido reconocimiento.

Carlos Enrique Ruiz, oriundo de Manizales, es ingeniero civil, escritor, ensayista, poeta y profesor universitario. Fue rector de la Universidad Nacional en Manizales y de la Universidad de Caldas, director de la Biblioteca Nacional y viceministro de Educación Nacional. Conquistó el título excelso de profesor emérito y honorario de la Universidad Nacional. Es miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y de otras academias, y ha recibido numerosas distinciones.

En el campo de la creación lo apasiona el área de la poesía, en la cual es autor de varios libros: *Las lluvias del verano*, *Tregua al amanecer*, *Los signos de la espera*, *El velo de la ensoñación*, *El clamor de la clepsidra*, *La redondez del alba*, *Umbral de sueños*, entre otros. En sus versos se percibe un aliento emocional y realista que transmite encanto y sosiego. Puede decirse que su vida vibra bajo el ritmo contemplativo del ensueño y la belleza.

Con esa música en el alma, su revista vive abierta a las diversas tendencias del humanismo y el arte, con todos los estilos y matices implícitos en el ancho mundo del pensamiento y la creatividad. El acervo que guardan las ediciones de los 60 años que aquí celebramos representa una riqueza invaluable, que ojalá se preserve como patrimonio nacional. *Aleph* es el alma, el nervio de la provincia, y la provincia conforma la sustancia nacional. Esa ha sido la bandera de Carlos Enrique Ruiz desde cuando se lanzó a la aventura heroica de crear su *alter ego*.

Para corroborar lo anterior, quiero anotar que al escribir estas líneas tuve la suerte de hallar en mis archivos una carta suya, de febrero de 1982, donde me dice: “Es la provincia colombiana la que representa la esencialidad en todos los órdenes. Mi lema es: Colombia es la provincia”.

Un singular cruce de mensajes...
Les cuento lo que me pasó ayer (sáb-

bado 20.VI.2026). Estando en mi biblioteca me topé por casualidad con el libro *Un café al amanecer* de nuestro compañero Farid Numa. Le eché una mirada rápida y alcancé a leer algún párrafo al azar. Lo que leí fue una intervención del alcalde de Marsalia (que vendría a ser Marsella - Caldas). Y lo que me impresionó fue que el contenido y el estilo de esa conversación eran literalmente como si fuera De la Espriella el que estaba hablando. (Era como si Abelardo hubiera leído la novela y hubiera dicho “¡Ese alcalde soy yo!”). Y sentí como un pinchazo en el cerebro. Sentí la necesidad de volver a leer la novela completa. Y lo hice inmediatamente en una sentada (a mitad de la tarde y otro espacio en la noche). Me pareció increíble que todo lo que ocurre en la novela fuera exactamente igual a lo que estamos viviendo en la presente coyuntura electoral. ¡Tal cual! Increíble esa visión de Farid. Todavía estoy como en shock. Qué berraquera! Vuelvan a leerla!

(Ahora sólo me falta que Farid me autografe este texto que, por cierto, está en regular estado porque se me mojó por una gotera). *Daniel Arias-Tabor-da* (Manizales, 20.VI.2026)

R/. Mi querido Daniel, que alegría leer tus comentarios del alma, bien sabes que esa historia la obtuve cuando estábamos haciendo en Marsella la “investigación acción” (el crédito para el maestro Fals Borda, creador de esa teoría sociológica). Y soñábamos que podía haber un mundo más fraterno y

feliz para todos. Que el cielo nos lo tomaríamos por asalto con la música, el amor y la esperanza.

Grató escuchar por segunda vez de tu parte, la emoción que la literatura aviva en nuestros corazones. Tu primera lectura, te conmovió por lo allí narrado y las lágrimas (de la barraquera que sentiste) te hicieron cerrar el libro. (Varios amigos, lo manifestaron y vibraron con la historia y también leyeron la novela de un “tirón”).

Te prometo firmar ese ejemplar, fruto del premio obtenido en el concurso de novela de la UIS y sobreviviente de las inclemencias del tiempo y la barbarie; también prometo obsequiarte, un nuevo ejemplar de la segunda edición de Planeta, de muy buena recepción en la presentación en la FILBO de este año.

Cuando logramos que la historia narrada, surja del corazón y el espíritu, e incorpore al lector en ella, haciéndolo sentir como un personaje más en la novela, que a su vez se apropia de la historia; quizá hemos cumplido con el deber.

Por ello las voces y los personajes deambulan como espectros. Con la fuerza de nuestras palabras y la firmeza de nuestros actos conjuraremos el odio y la maldad de ellos.

Es un camino largo, plagado de paciencia, pues está comprobado que la energía y la información, no se destruyen, se transforma; por tanto seremos siempre portadores de esas buenas

energías; no podemos cesar en nuestro empeño. *Farid Numa-Hernández* (Bucaramana, 20.VI.2026)

Hemos recibido... De Albio Martínez-Simanca, Editor, los siguientes libros: 1. “Guillermo Valencia-Salgado – El Compae GOYO del folclor colombiano”. Contiene escritos valorativos de José-Manuel Vergara, José-Luis Garcés, Juan-Luis Mejía A., Antonio Mora-Vélez, William Fortich-Díaz, Carlos Crismatt-Mouthon e Ignacio Verbel-Vergara. Dispone de especial Presentación del Editor, donde dice: “Con este libro pretendemos saldar parcialmente nuestra deuda de gratitud con Guillermo Valencia-Salgado (1927-1999). Su legado no cabe en ningún libro porque su obra sintetiza la idiosincrasia de un pueblo, su forma de ser, de pensar y actuar. Aquí solo hay un esbozo, porque el cuadro totalizante de la región de Colombia a la que dedicó sus estudios es inmensa, está regada por los ríos Sinú y San Jorge, y es besada por el mar Caribe. 2. “Antolín Díaz en Magangué”.

En la Presentación Albio dice: “Antolín Díaz (1895-1968) fue un periodista inscrito en el liberalismo de los años 20. Cuando llegó desde la provincia a Bogotá, en junio de 1929, para trabajar en *El Espectador* y *El Tiempo*, nada del oficio le era desconocido. Tenía 34 años, ya había recorrido un largo camino en el periodismo; era buen lector, estaba bien informado de la situación del país y era profundo

analista del desarrollo de la política nacional.” Y 3. “Colombia – México: Encuentro de Ciencia Ficción e Inteligencia Artificial”. Obra en homenaje a la memoria de José-Félix Fuenmayor (1885-1966). El libro acopia las conferencias de ese evento académico, con especialistas de ambos países, realizado en Bogotá el 30 de abril de 2025. En el tema de Ciencia Ficción, por México: Gabriela Damián-Minarete y María-Fernanda Mendoza; por Colombia: Pedro Badrán, Claudia Amador, Rodrigo Bastidas-Pérez, Luis Cermeno Cristancho, Farid Numa-Hernández, Albio Martínez-Simanca y Jorge Trujillo-Navarrete. En el tema de Inteligencia Artificial, expusieron: Juan-Camilo Higuera, Lina Trigos-Carrillo, Beatriz-Helena Amador, Diana Benavides, Blanca-Yanet González, Adriana Gordillo, Magda Pardo-Carreño, Adriana Pérez, Elizabeth Lara y Miguel-Ángel García.

En la parte final hay un ensayo cuidadoso de Albio sobre José-Félix Fuenmayor y una selección de artículos sobre este eminente escritor. Nata-

lia Gómez-Vargas en la Presentación dice: “Este certamen se realiza en homenaje al escritor barranquillero José-Félix Fuenmayor, cuyo aniversario 140 de su nacimiento se cumplió este 7 de abril. José-Félix es considerado pionero de la ciencia ficción en Colombia; en su obra titulada *Una triste aventura de 14 sabios* (1928), destaca las diferencias entre una humanidad de seres gigantes, con respecto a otra humanidad de seres minúsculos, diferencia abismal causada por un fenómeno astrofísico de agigantamiento de nuestro planeta. Las dos humanidades finalmente no pueden entrar en contacto, a pesar de los avances de las ciencias de ese momento, para colocarlas como vehículo de comunicación. En esta preocupación se observa que el autor está marcado por resolver problemas humanísticos, ecológicos y ambientales; a su vez los sabios, que son seres excepcionales, muestran su interés por aplicar sus conocimientos e ideas en bienestar de los seres humanos para salvarse como grupo y sociedad.”

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía (✉), Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira (✉), Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Urbe (✉), Gustavo Duque-Franco (✉), Santiago Moreno-González, Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero (✉), Eduardo López-Villegas, Carmelita Millán de Benavides, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Pepe Cánovas (✉), Livia González, Graciela Maturo (✉), Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis Eduardo Mora-Osejo (✉), Carmenza Isaza-Delgado, Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo Páramo-Rocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora-Osejo (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez-Arbeláez, Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón-Atehortúa., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G. (✉), Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo-Ocampo, Carlos-Alberto Ospina H., María-Helena Delgado, Marta-Cecilia Betancur G., Lia Master, Jairo Ruiz-Mejía, Fabio Rincón-Cardona., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Omar-Darío Cardona A., Jorge Maldonado (✉), Maria-Leonor Villada S. (✉), Maria-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano (✉), José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez-López, Pedro Zapata P., Alejandro Dávila-Arias, Ángela García M., David Puerta-Zuluaga (✉), Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Farid Numa-Hernández, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F.

Colaboradores

Pilar González-Gómez. Dibujante y pintora, con formación de Escuela. Psicóloga clínica en ejercicio. Reside y labora en Madrid (España).

Fernando Barbosa. Escritor, columnista de prensa, politólogo de la Universidad de los Andes, ha dedicado gran parte de su carrera profesional a Japón, destacándose en diplomacia, academia, periodismo y consultoría internacional. Inició su trayectoria en Sumitomo Corp. en 1973 y en 2018 fue galardonado con la Orden del Sol Naciente, una de las distinciones más importantes del gobierno japonés, por su valiosa contribución al fortalecimiento de las relaciones entre Colombia y Japón.

César Bisso. Además de escribir poemas y ensayos, es sociólogo y periodista independiente. También fue profesor universitario durante 30 años. En poesía ha publicado *La agonía del silencio*; *El límite de los días*; *El otro río*; *A pesar de nosotros*; *Contramuros*; *Isla adentro*; *De lluvias y regresos*; *Las trazas del agua*; *Coronda*; *Permanencia*; *Cabeza de Medusa*; *Un niño en la orilla*; *La Jornada*; *De abajo mira el cielo*; *Haikus felinos*; *Andares*; *El susurro que tañe*; *Ciertos ayer*. En narrativa, *Memorial de los abismos* (ensayo) y *La maldición de los carbones* (ensayo), escritos junto al poeta brasileiro Floriano Martins.

Juan-Gabriel Ocampo H. Arquitecto, Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia, con aplicaciones a la docencia y la investigación en la Sede Manizales. Maestría en Multimedia Educativo (Universidad de Barcelona); Doctor en Arquitectura, Diseño y Urbanismo (Universidad de Morelos, México). Autor de las siguientes publicaciones, entre otras: Gabrielli, entre el arte y la ciencia; El puente como tema de aprendizaje; Didáctica y percepción de la Arquitectura; La lectura de textos clásicos fenomenológicos en la formación de arquitectos; Fragmentos de un retrato: La ciudad narrada; Fuego, arquitectura y ciudad; Lógica y arquitectura; El lugar de la ciudad arqueológica – Acrópolis de Xochicalco. Ha desarrollado un volumen con investigación detallada sobre la vida y la obra de Don Juan Hurtado, educador y gestor de formación en ciudadanía (“Juan Hurtado-Henao: itinerario de formación, creación y legado”, 2025).

Claudia De Greiff. Escritora de poesía y microrrelatos (publicados en diversos medios). Maestría en Educación y TIC en la Universidad Obrera de Cataluña. Sus libros de poesía: *El amor con aroma de café* (1976), *Muros de vidrio* (1983), *Cuando se astilla la piel* (1989), *En el trazo del sueño* (1995), *Tatuajes en la memoria* (1997); *Un grito de silencios*, cuya primera edición fue 1972 y reimpreso en España en el 2025. Realizadora de cortos audiovisuales: “Anteojos: Jóvenes y Memoria”, “Carta inédita a Simón”, “Se hace camino al danzar” y clips promocionales de proyectos artísticos y culturales. Amplia trayectoria en el sector del Arte y la Cultura.

Omar Ardila. Poeta, ensayista, analista cinematográfico e investigador en temas históricos y literarios. Ha publicado *Alas del viaje en un instante* (2005), *Palabras de cine* (2006), *Corazón de Otoño* (2010), *Espejos de niebla* (2012), *Antología de poesía anarquista – Tomos I y II* (2013), *Cartografías cinematográficas* (2013), *Esquizoanálisis y pensamiento libertario* (2015), *Devenires menores* (2015), *Luces sobre las piedras* (2016), *Las cinco letras de Deseo – Antología latinoamericana de poesía homoafectiva del siglo XX* (2016), *Pensar es no pensar lo mismo* (2017), *A la sombra del abismo* (2017), *El gesto exterminador de un anarquista-Aforismos de Vargas Vila* (2018), *Tinta y celuloide* (2019) y *Al amparo del bosque – Antología colombiana de poesía homoafectiva* (2020). Es creador de los blogs *Cine Sentido* y *Pensar*, crear, resistir.

Mario Yepes-Londoño. Desde 1972 docente de actuación, de dirección y de historia del teatro, y en particular de puesta en escena de ópera en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, donde fundó la carrera de teatro. Dirigió grupos teatrales de obreros y de reclusos. En 1988 recibió el título de Maestro en Arte Dramático Honoris Causa, y en 1999 el Magíster en Ciencia Política. Ha sido fundador de los grupos *Taller de Artes* y *El Tablado*. Ha sido editor y traductor.

Natalia Castañeda-Arbeláez (Manizales, 1982). Artista visual, con Maestría en Bellas Artes de la Universidad de los Andes; Diploma de la National Supérieur D’Art Plastique, en École National Supérieur de Beaux Arts (ENSBA) Paris; Maestría y Doctorado en Creación Artística Contemporánea, Universidad de Barcelona (España). Exposiciones individuales y colectivas en Colombia y otros países (Ecuador, Brasil, República Dominicana, Chile,

Cuba, España, Vietnam). Galardonada con menciones y premios en diversas oportunidades. Profesora de planta en la Universidad de Barcelona.

Diego Castillo-Serrano. Músico, pianista, escritor. Estudios en el Conservatorio de la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad Marc Bloch en Estrasburgo (Francia). Profesor en especial de Apreciación de la Música, con enfoque integrador, en la Universidad de los Andes y en la Universidad Distrital. Como investigador y conferencista ha profundizado en múltiples estilos y tradiciones musicales, en conexión con la experiencia viva del concierto y la interpretación. En virtud de su formación y dedicación forma oyentes informados y críticos, e inspira a valorar la música como un lenguaje universal que conecta emociones, culturas y generaciones.

Jorge-Alberto Gutiérrez. Arquitecto, profesor jubilado de la Universidad Nacional de Colombia (sede Manizales). ExPresidente de la Sociedad Colombiana de Arquitectos. ExSecretario de Planeación en Manizales. Diseñador en ejercicio. Consultor privado. Columnista del diario “La Patria”.

Clinton Ramírez-Contreras. Nació en Ciénaga, Magdalena (1962). Es economista y magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe. Se ha desempeñado como docente universitario en la Universidad del Atlántico, la Universidad del Magdalena y la Universidad Sergio Arboleda. Es editor asesor de la Editorial Unimagdalena de la Universidad del Magdalena. Autor de las novelas *Las manchas del jaguar* (1988, 2005 y 2007), *Vida segura* (2005), *Hic zeno* (2008), *Un viejo alumno de Maquiavelo* (2014) y *Otra vez el paraíso* (2018). Ha publicado, además, los libros de cuentos *La mujer de la mecedora de mimbre* (1992), *Estación de paso* (1995), *Prohibido pasar* (2003), *La paradoja de Jefferson* (2007) y *El chico del correo* (2019). La Colección Zenócrates reunió todos sus cuentos, en 2017, en el volumen: *¿Te acuerdas de Monín de Böll?*

Antonio-María Flórez. Médico, escritor (poeta y narrador). Nacido en Don Benito (Extremadura, España). Infancia en Colombia, con vida en Marquetalia y Manizales. Ha tenido residencia en Barcelona, Madrid, Bogotá, Porto Alegre, Manizales, Badajoz. Ha sido profesor universitario, con gran bagaje internacional, promotor de intercambios culturales, por ejemplo entre México, Venezuela, Brasil, Argentina, España. Entre sus libros están: *Zoo* (Poemi-

llas de amorantiecológicos), Bajo tus pies la ciudad, El arte de torear, El arte del paraíso, Dalí: el arte de escandalizar, Transmutaciones: literatura colombiana actual, Corazón de piedra. Ha sido traducido al italiano, inglés, francés, portugués, danés y catalán.

Fernando Sánchez-Torres (Bogotá, 1930). Médico, académico, humanista, dibujante y pintor. Profesor titular, emérito y honorario de la Universidad Nacional de Colombia, rector de la misma (1982-1984). Miembro fundador del Instituto Colombiano de Estudios Bioéticos y de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina, presidente de la Academia Colombiana de Medicina. Obras publicadas: Temas de ética médica (1985), Acerca de la muerte – Curso de tanatología (2002), Recuerdos dispersos (2004), Curso de bioética – Juicio crítico (2007), La medicina en la obra de Gabriel García-Márquez (2007), Meditaciones de un médico a través del tiempo (2022), Meditaciones de un nonagenario (2022). Columnista del diario “El Tiempo”.

Lou Andreas-Salomé (1861-1937). Fue una de las mentes más brillantes de la generación de finales del siglo XIX. Hizo de puente entre la literatura, la filosofía y el psicoanálisis, y se ganó el amplio reconocimiento de los intelectuales de su época. Autora de más de doce novelas, un centenar de artículos y cincuenta ensayos. Tuvo en especial relaciones, mutuamente estimulantes, con Nietzsche, Rilke y Freud.

Lía Master. Antropóloga de la Universidad de Antioquia, Cineasta, Docente de idiomas, residente en Tel-Aviv.

María Cristina Marín-Valdés. Docente de matemáticas con más de 26 años de experiencia en educación secundaria. Especialista en Pedagogía y Docencia, se ha destacado por la adopción de estrategias innovadoras para la enseñanza de las matemáticas y la investigación escolar. En la actualidad lidera procesos pedagógicos e investigativos orientados a la equidad, la innovación y la transformación de los espacios de aprendizaje. “Mención de Honor” (2026), en el Premio Ángela Restrepo del Capítulo Antioquia de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Jairo Ruiz-Mejía. Ingeniero electrónico UN, Licenciado en Educación UdeC. Docente de carrera en el sistema público del Ministerio de Educación

Nacional. Autor del libro “El sutil arte de enseñar” (2023), con sus experiencias pedagógicas. Aficionado al dibujo, la pintura, la talla en madera. Escribe.

Fernando Cubides C. Sociólogo, Profesor Titular (jubilado), Universidad Nacional de Colombia. Entre 1975 y 2012 se desempeñó como docente e investigador, en el campo de la Sociología. Especializado en sociología política y adelantó investigaciones en colonización, conflicto, violencia e historia de las ideas políticas.



Pilar González-Gómez

julio/septiembre, 2026. ¡Año 60!

-Ilustraciones de Pilar González-Gómez-

Sin tiempo suficiente – Poema en manuscrito autógrafo <i>/Fernando Barbosa/</i>	1
Por la senda – Poema en manuscrito autógrafo <i>/César Bisso/</i>	2
Juan Hurtado: formación, creación y legado <i>/Juan-Gabriel Ocampo H./</i>	3
Antonio Gaudí y la Poesía <i>/Claudia De Greiff/</i>	21
La poesía en la Vorágine <i>/Omar Ardila/</i>	24
Novecento Bertolucci <i>/Mario Yepes-Londoño/</i>	34
Poleka-Kasue – Relicto de glaciér (Nevado Santa Isabel) <i>/Natalia Castañeda A./</i>	39
Robert Walser: Viaje al invierno <i>/Diego Castillo-Serrano/</i>	55
Cavilaciones <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	63
La memoria es un recuerdo del futuro <i>/Jorge-Alberto Gutiérrez/</i>	64
Razones del héroe <i>/Clinton Ramírez-Contreras/</i>	67
De médicos poetas <i>/Antonio-María Flórez/</i>	77
Adiós a cuanto amamos <i>/Fernando Sánchez-Torres/</i>	83
Dos poemas de Lou Andreas-Salomé /Trad. del inglés: <i>Lia Master/</i>	86
Historia de resiliencia de muchas maestras <i>/María-Cristina Marín V./</i>	89
Angustia en una experiencia docente <i>/Jairo Ruiz-Mejía/</i>	95
Diarios de viaje por el Amazonas (Reseña) <i>/Fernando Cubides C./</i>	98
N O T A S /Edgar Morin; por <i>Álvaro Lobo-Urquijo/</i> La veterana y gloriosa Aleph; por <i>Gustavo Pérez-Escobar/</i> Un singular cruce de mensajes; <i>Daniel</i> <i>Arias y Farid Numa/</i> Hemos recibido.../	102
Patronato histórico de la Revista	107
Colaboradores	108